





ESTRELLA DOBLE

ROBERT A. HEINLEIN

TERCER



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Annotation

¿Podría un miserable actor sustituir al político más famoso del imperio? Lorenzo Smith sintió un hormigueo en su cuerpo cuando le propusieron el trabajo, ya que Bonforte era el político más reputado en la Galaxia. Sería un gran desafío dar vida a este personaje, por supuesto. Pero cuando estudió el papel vio muy claro que se encontraba ante una peligrosa misión de cuyo resultado dependía el destino del Sistema Solar…

La obra de Robert A. Heinlein se caracteriza por un dominio absoluto de la trama y los diálogos, que confieren gran agilidad a sus relatos esencialmente de acción y marcado realismo. Alcanzó muy pronto la celebridad en el género y se convirtió, merced a lo ingente, en calidad y cantidad de su producción, en una de las figuras norteamericanas más influyentes y controvertidas.

Robert A. Heinlein

Estrella doble

1

Si hace su aparición un hombre vestido como un paleto y con aires de ser el amo del lugar, no cabe la menor duda de que nos hallamos ante un piloto espacial.

Se trata de una deducción lógica. Su profesión hace que se sienta el rey de la Creación; para él, poner los pies en tierra significa codearse con patanes. Y por lo que respecta a su forma de vestirse, tan falta de elegancia, no es de extrañar que un hombre que va de uniforme la mayor parte del tiempo y que está más habituado a vivir en el espacio abierto que en la civilización, ignore todo lo referente a la moda masculina. Obviamente, constituye una presa fácil para los mal llamados “sastres”, que invaden todos los espaciopuertos vendiendo “trajes para tierra”.

Al momento me di cuenta de que el individuo alto y corpulento que acababa de efectuar su entrada había sido vestido por Omar, el fabricante de tiendas de campaña. No cabía error posible: hombreras acolchadas y demasiado grandes, pantalones tan cortos que al sentarse dejaban al descubierto buena parte de sus velludos muslos, y una camisa arrugada que le hubiera sentado mucho mejor a una vaca.

No obstante, me guardé mis opiniones y con el último medio imperial que me quedaba le invité a un trago, pensando que hacía una buena inversión, ya que los pilotos espaciales tienen fama de no ser precisamente avaros con su dinero.

- ¡Calentemos los motores! -dije cuando entrechocamos nuestras copas; me dirigió una rápida mirada de suspicacia.

Ése fue el primer fallo en mi relación con Dak Broadbent. En lugar de responder: “¡Espacio despejado!” o “Buen aterrizaje”, como hubiera sido lo lógico, me estudió un momento y dijo suavemente:

- Un buen brindis, pero dedicado a la persona equivocada. Jamás he estado en el espacio.

De nuevo debí mantener la boca cerrada. Los pilotos espaciales no suelen aparecer a menudo por el bar de Casa Mañana. No se trata precisamente de uno de sus hoteles preferidos, y además queda a varios kilómetros del espaciopuerto. Si uno de ellos se deja caer por

allí vestido de paisano, se refugia en un rincón obscuro y no desea ser reconocido como piloto, eso es asunto suyo. Yo también había elegido aquel rincón porque desde allí podía ver sin ser visto; debía algún dinero aquí y allá, nada importante, pero hubiera resultado embarazoso que mis acreedores me reconocieran. Debí imaginar que él tenía también sus razones, y haberlas respetado.

Pero mis cuerdas vocales tenían vida propia, y no pude retener las palabras.

- A otro perro con ese hueso, amigo -repliqué-. Si usted es un topo de tierra, entonces yo soy el alcalde de Tycho City. Apuesto a que ha tomado más tragos en Marte que en la Tierra -añadí, notando con qué cuidado alzaba su vaso, lo cual denotaba su costumbre de beber en lugares de baja gravedad.

- ¡No levante la voz! -me interrumpió, hablando entre dientes-. ¿Por qué está tan seguro de que soy piloto? Ni siquiera me conoce.

- Mire, por mí puede ser lo que quiera -repuse-. Pero tengo ojos en la cara. Se descubrió en cuanto entró aquí.

Lanzó una maldición en voz baja.

- ¿Qué le hizo darse cuenta?

- No se preocupe por eso. Estoy seguro de que nadie más se fijó. Pero yo veo lo que los demás no pueden ver -le entregué mi tarjeta, con un inocultable gesto de orgullo-. Sólo existe un Lorenzo Smythe, el único. Yo soy “el Gran Lorenzo”, cine, televisión, vídeo, teatro clásico, “Extraordinario Actor y Mimo”.

Leyó mi tarjeta y se la guardó en un bolsillo, lo cual me molestó un poco, porque aquellas tarjetas me habían resultado bastante caras; eran una perfecta imitación de grabado a mano.

- Comprendo -dijo tranquilamente, y añadió-: ¿Y qué hay de raro en mi forma de moverme?

- Se lo demostraré -dije-. Iré hasta la puerta como un topo de tierra y después regresaré caminando tal como lo hace usted. Observe.

Hice lo que le había dicho, exagerando un poco a la vuelta su manera de andar, a fin de que pudiese captar la idea: los pies

arrastrando ligeramente por el suelo, para no perder la estabilidad, el cuerpo un poco echado hacia adelante y equilibrado desde las caderas, las manos separadas del tronco, listas para asirse a cualquier parte a la menor oscilación.

Había una docena más de detalles difíciles de precisar; uno tiene que ser un piloto espacial para hacerlo, con el cuerpo siempre alerta, manteniendo el equilibrio inconscientemente; es preciso vivirlo. El hombre de las ciudades se mueve toda su vida sobre suelos lisos y firmes, con una gravedad terrestre normal, y sin duda tropezará con el primer papel que encuentre a su paso. No así el piloto espacial; éste sabe dónde pone los pies.

- ¿Comprende ahora? -pregunté, cuando volví de nuevo a su lado.

- Me parece que sí -admitió, sonriendo-. ¿Es posible que camine de ese modo?

- Ya... Entonces, quizá convendría que me diese usted lecciones.

- En efecto, no le vendría mal -asentí.

Me contempló con atención y luego pareció que iba a decir algo, pero cambió de idea e hizo un gesto al camarero para que nos sirviera más bebida. Cuando llegaron nuestras copas, las pagó, se bebió la suya y se levantó, todo ello sin transición.

- Espéreme aquí -pidió en voz baja.

Con la bebida que él había pagado ante mí, no podía negarme. Tampoco deseaba hacerlo; aquel hombre había despertado mi interés. Me era simpático, aunque apenas acababa de conocerle; era la clase de tipo fuerte y feo, pero atractivo, de quien se enamoran las mujeres y al que obedecen los hombres.

Atravesó el bar discretamente, pasando junto a una mesa ocupada por cuatro marcianos, próxima a la puerta. A mí no me gustan los marcianos. No consigo convencerme de que una cosa que recuerda a un tronco de árbol rematado por un salacot * pueda ser objeto de los mismos privilegios que un hombre. Tampoco me gusta la manera como agitan sus pseudomiembros; me parecen serpientes arrastrándose por el suelo. Ni su habilidad para mirar en todas direcciones a la vez sin mover la cabeza... si es que tienen cabeza, lo cual es muy discutible. Y otra cosa más: ¡no puedo soportar su olor!

* _ Sombrero usado en Filipinas y otros países cálidos, en forma de medio elipsoide o de casquete esférico, a veces ceñido a la cabeza con un aro distante de los bordes para dejar circular el aire, y hecho de un tejido de tiras de caña, o de otras materias.

Eso no significa que se me pueda acusar de tener prejuicios raciales. No me importa la religión, la raza o el color de un hombre. Pero los hombres son hombres; en cambio, los marcianos son sólo cosas. A mi modo de ver, ni siquiera puede decirse que sean animales. Prefiero tener cerca a un jabalí verrugoso que a uno de esos marcianos, y encuentro ofensivo que se les permita la entrada en los bares y restaurantes frecuentados por hombres. Pero existía el Tratado, así que ¿qué podía hacer?

Aquellos cuatro marcianos no se encontraban en el bar cuando yo entré, de lo contrario habría reparado en ellos. Tampoco estaban sentados a su mesa hacía un momento, cuando llevé a cabo mi recorrido de ida y vuelta hasta la puerta. Sin embargo, ahora nadie podía negar que estaban allí, sentados en sus pedestales en torno a la mesa, tratando de pasar desapercibidos. Ni siquiera había notado la aceleración del aparato del aire acondicionado.

La bebida gratis que tenía ante mí no me apetecía demasiado; lo único que deseaba era que mi nuevo amigo regresase, para poder irme de una manera cortés. De pronto recordé que había lanzado una rápida mirada en aquella dirección antes de marcharse precipitadamente, y me pregunté si no serían los marcianos la causa de su partida. Volví a mirarlos, tratando de averiguar si prestaban atención a nuestra mesa, pero ¿cómo podía uno decir hacia dónde miraba un marciano o en qué estaba pensando? Ésa era otra de las razones de que no me gustasen los marcianos.

Seguí allí sentado, jugando con el vaso y pensando en qué podía haberle sucedido a mi amigo. Albergaba la esperanza de que su hospitalidad llegara hasta el punto de invitarme a cenar, y si nuestra amistad se consolidaba, incluso a que me hiciera un pequeño préstamo. Mi situación en aquellos momentos era… digamos, bastante precaria. Las dos últimas veces que había intentado comunicarme con mi agente teatral, sólo había conseguido que su autosecretario grabase mi llamada, y a menos que pudiera introducir unas cuantas monedas en la puerta, mi habitación no se abriría esa noche. Hasta ese punto había descendido mi suerte; me veía obligado a dormir en un cubículo accionado por monedas.

Mis melancólicos pensamientos se vieron interrumpidos por el camarero, que me tocaba el brazo.

- Una llamada para usted, señor.

- ¿Eh? Gracias, amigo. ¿Sería tan amable de traer el aparato a la mesa?

- Lo siento, señor, pero me es imposible transferir la comunicación. Está en la cabina doce, en el vestíbulo.

- ¡Ah! Muy bien, iré allí, pues -contesté, tratando de mostrarme amistoso, ya que no podía darle una propina.

Pasé lo más lejos que pude de los marcianos al salir del bar.

No tardé en darme cuenta de por qué no se podía transferir la llamada a mi mesa. El número 12 era una cabina de máxima seguridad; visión, sonido y modulación. En la pantalla no aparecía ninguna imagen, y siguió sin aparecer incluso cuando hube cerrado la puerta a mis espaldas. Siguió reflejando una lechosa luminiscencia, hasta que me senté y puse mi rostro delante del dispositivo transmisor; entonces las nubes opalescentes se disiparon, y me encontré frente a la imagen de mi nuevo amigo.

- Siento haberme marchado tan precipitadamente -dijo con rapidez-, pero tenía prisa. Necesito que venga de inmediato a la habitación dos mil ciento seis del Eisenhower.

No dio más explicaciones. El Eisenhower era un hotel tan poco frecuentado por los pilotos como el Casa Mañana. Todo aquello me parecía un poco raro. No se le pide a un individuo al que se acaba de conocer en un bar que acuda a una habitación de hotel… Bueno, al menos no se suele hacer con alguien del mismo sexo.

- ¿Para qué? -quise saber.

El piloto tenía esa mirada especial propia de los hombres acostumbrados a ser obedecidos sin discusión; le estudié unos instantes con interés profesional… No era de cólera, más bien algo parecido a una nube obscura que amenaza tormenta. Mi amigo se contuvo con esfuerzo y repuso con voz tranquila:

- Lorenzo, no tengo tiempo para explicaciones. Puedo ofrecerle un trabajo. ¿Le interesa?

- ¿Se refiere a un contrato profesional? -repuse, subrayando las palabras.

Por un horrible instante, sospeché que me ofrecía..., bueno, eso..., un trabajo. Hasta entonces había logrado mantener intacto mi orgullo profesional, a pesar de los golpes que me había deparado la veleidosa fortuna.

- ¡Oh, sí, profesional, por supuesto! -contestó con rapidez-. Necesito el mejor actor que pueda encontrar.

No dejé traslucir el alivio que sentía. Desde luego, estaba dispuesto a desempeñar cualquier papel... Hasta habría recitado con fervor la escena del balcón de *Romeo y Julieta*... Pero no conviene mostrarse demasiado interesado.

- ¿Cuál es la naturaleza de ese contrato? -pregunté-. No tengo muchas fechas disponibles.

Hizo un gesto de impaciencia.

- No puedo explicarlo por el videófono. Quizá usted no lo sepa, pero hasta los aparatos de máxima seguridad pueden ser interferidos, si se dispone de tiempo. ¡Venga aquí cuanto antes!

Él se mostraba interesado; por lo tanto, podía permitirme el lujo de parecer vacilante.

- Pero, vamos a ver -protesté-, ¿quién cree que soy? ¿Un ordenanza? ¿O un corista ansioso por aparecer en escena con una lanza? ¡Yo soy Lorenzo! -levanté la frente y me mostré ofendido-. ¿Cuál es su oferta?

- ¿Eh?... ¡Maldición! No puedo entrar en detalles por el videófono, ya se lo he dicho. ¿Cuánto gana?

- ¿Se refiere a mis honorarios profesionales?

- Sí, sí.

- ¿Para una sola representación? ¿Por una semana? ¿O para un

contrato opcional?

- ¡No importa! ¿Cuánto gana al día?

- Mis honorarios mínimos para una representación en una tarde son cien imperiales.

Aquello era la verdad. Bueno, a veces me había visto obligado a pagar comisiones escandalosas, pero mi contrato siempre indicaba mis honorarios formales. Cada uno tiene su categoría. Prefiero pasar hambre.

- De acuerdo -contestó en el acto-: cien imperiales al contado, pagaderos en el instante en que se presente aquí. Y ahora, ¡apresúrese!

- ¿Eh?

Me di cuenta con amargura de que podría haber pedido doscientos o quizá doscientos cincuenta.

- Pero es que aún no he aceptado su oferta.

- No se preocupe por eso. Ya hablaremos cuando llegue aquí. Los cien son suyos aunque no quiera trabajar para nosotros. Si acepta… bien, llámelo una prima, además de su sueldo. Y ahora, ¿quiere cortar y venir aquí en el acto?

Me incliné ceremoniosamente.

- Ciertamente señor. Le ruego que tenga paciencia.

Por fortuna, el Eisenhower no estaba lejos de Casa Mañana, porque no me quedaba ni siquiera dinero para tomar el subterráneo. Sin embargo, aunque el arte de pasear casi se ha perdido, pude saborear la caminata, y eso me dio tiempo para establecer mi plan de acción. Yo no era ningún estúpido; me daba cuenta de que cuando alguien tiene tanta prisa en darte dinero, hay que mirar las cartas con cuidado, porque sin duda hay algo ilegal o peligroso, o ambas cosas a la vez, complicado en la cuestión. No soy demasiado escrupuloso en cuanto a la legalidad *per se*; estoy de acuerdo con el Bardo en que la ley es a menudo una idiotez. Pero en general, siempre me he mantenido apartado de las complicaciones con la policía.

No obstante, al cabo de unos minutos comprendí que no disponía

de suficiente información para llegar a una decisión acertada; de modo que borré el problema de mi mente, lancé el vuelo de mi capa por encima del hombro y seguí caminando, disfrutando del suave clima otoñal y de los fragantes y variados perfumes de la metrópoli. Cuando llegué al Eisenhower decidí evitar la entrada principal y tomar un ascensor desde la puerta de servicio hasta el piso veintiuno; no me parecía el momento oportuno para arriesgarme a que la gente me reconociese. Mi amigo me franqueó la entrada.

- Ha tardado mucho -manifestó.

- ¿Le parece?

No hice ningún otro comentario, y miré a mi alrededor. Era una suite de lujo, tal como esperaba, pero se encontraba desordenada y por lo menos había una docena de vasos sucios, y otras tantas tazas de café vacías, esparcidos por las mesas; no se necesitaba ser muy observador para comprender que yo era el último de una serie de visitantes. Tendido en un diván, y mirándome con ojos llenos de sospecha, había otro hombre, a quien también clasifiqué provisionalmente como piloto. Le lancé una mirada interrogativa, pero nadie se molestó en presentármelo.

- Bien, al menos ya se encuentra aquí. Ahora, vayamos a nuestro negocio.

- Desde luego -repliqué-; lo que me recuerda que se ha mencionado algo de una prima o pago adelantado.

- ¡Ah, sí! -se volvió hacia el hombre del diván-. Jock, págale.

- ¿Por qué?

- ¡Págale!

Ahora sabía cuál de los dos era el jefe… aunque, como aprendí más tarde, generalmente no cabía duda sobre ello en cualquier lugar donde se encontrase Dak Broadbent. El otro individuo se puso en pie lentamente, todavía mirándome con desagrado, y me entregó un billete de cincuenta y cinco de diez. Me los puse en el bolsillo con elegancia, sin contarlos, y dije:

- Estoy a su disposición, caballeros.

El más alto se mordió los labios.

- Ante todo, quiero tener su solemne juramento de que no hablará de este trabajo, ni siquiera dormido.

- Si mi palabra no es suficiente, ¿de qué les sirve mi juramento? -lancé una mirada hacia el otro hombre, tendido de nuevo en el diván-. No creo que nos hayamos visto antes de ahora. Yo soy Lorenzo -me presenté.

El otro me miró y luego apartó los ojos. Mi amigo del bar dijo con rapidez:

- Nuestros nombres no deben importarle.

- ¿No? Antes de morir, mi querido padre me hizo tres recomendaciones: primero, que nunca mezclara el whisky con nada, excepto con agua; segundo, que ignorara las cartas anónimas, y por último, que no entrara en tratos con ningún desconocido que rehusara dar su nombre. Buenos días, señores.

Me dirigí hacia la puerta, con mis cien imperiales en el bolsillo.

- ¡Un momento! -me detuvo mi amigo; hizo una pausa, luego continuó-: Tiene razón. Me llamo…

- ¡Capitán!

- Cállate, Jock. Yo soy Dak Broadbent; ése que nos mira con rabia es Jacques Dubois. Los dos somos pilotos; pilotos de primera clase, cualquier nave, cualquier aceleración.

Me incliné.

- Lorenzo Smythe -dije con modestia-. Juglar y socio de The Lambs Club.

Recordé que aún debía las cuotas de los dos últimos años.

- Bien. Jock, trata de sonreír para variar. Lorenzo, ¿está de acuerdo en mantener en secreto nuestro asunto?

- Por mi honor. Éste es un trato entre caballeros.

- ¿Tanto si acepta el trabajo como si no?

- Tanto si llegamos a un acuerdo como en caso contrario. Soy humano, pero a menos que se me interrogue por medios ilegales, nunca revelaré sus secretos.

- Conozco los efectos de la neodexocaína sobre el cerebro humano, Lorenzo. No espero lo imposible.

- Dak -le interrumpió Dubois-, esto es un error. Por lo menos, debemos…

- Cierra el pico, Jock. No quiero ningún hipnotizador por aquí en este momento. Lorenzo, necesitamos que ocupe el lugar de otra persona. Que sea su doble. El trabajo tiene que ser tan perfecto que nadie… repito, nadie pueda sospechar que se ha efectuado el cambio. ¿Puede hacer esa clase de trabajo?

Fruncí el ceño.

- La pregunta no es si puedo hacerlo, sino si quiero. ¿Cuáles son las circunstancias del caso?

- Ya entraremos en detalles más tarde. En general, se trata del trabajo de doble que se suele hacer en el caso de una personalidad pública bien conocida. La diferencia consiste en que la suplantación tiene que ser tan perfecta que engañe a personas que le conocen bien y que le verán de cerca. No se trata sólo de asistir a una revista militar desde una tribuna de honor o de imponer medallas a unos cuantos boy-scouts -Dak me miró con ojos penetrantes-. Se necesita un verdadero artista.

- No -contesté en el acto.

- ¿Cómo? Todavía no conoce los detalles del caso. Si le preocupa su conciencia, puedo asegurarle que no hará nada contra los legítimos intereses del hombre a quien debe representar… ni contra los intereses de nadie. Es un trabajo necesario, que debe ser ejecutado en beneficio de todos.

- No.

- Pero ¡por todos los diablos! ¿Por qué? Ni siquiera sabe cuánto pensamos pagarle.

- El dinero no es lo más importante -dije con firmeza-. Yo soy un actor, no un doble.

- No le comprendo. Hay muchos actores que ganan dinero realizando presentaciones en público en lugar de algunas personalidades.

- Les considero como mercenarios, no como colegas. Déjeme explicarlo. ¿Se respeta al autor que escribe para que otro firme sus obras? ¿Acaso se respeta a un pintor que permita a otro hombre que presente sus propios cuadros como obras suyas? Es posible que usted no conozca el espíritu del verdadero artista, señor, pero quizá pueda encontrar palabras para definir mi idea, en algo que atañe a su propia profesión. ¿Estaría usted dispuesto, por dinero, a pilotar una nave mientras algún otro que no posea su capacidad técnica llevase el uniforme, recibiera el mérito y fuese públicamente aclamado como capitán? ¿Lo haría usted?

Dubois me interrumpió:

- Depende del precio.

Broadbent le lanzó una mirada irritada.

- Creo comprender su punto de vista -dijo.

- Para el artista, señor, el prestigio es lo primero. El dinero sólo representa los medios que le permiten realizar su obra de arte.

- ¡Hum…! De acuerdo. De manera que no está dispuesto a hacerlo sólo por dinero. ¿Lo haría por otras razones? ¿Si creyera que es algo que debe hacerse y que usted es el único que puede realizar este trabajo con éxito?

- Concedo esa posibilidad; no obstante, no puedo imaginar las circunstancias en que eso fuese posible.

- No necesita imaginarlas; nosotros se las explicaremos.

Dubois saltó del diván.

- Un momento, Dak, no puedes…

- Cierra el pico, Jock. Tiene que saberlo todo.

- No tiene por qué saberlo, ni en este lugar. Y no tienes ningún derecho a comprometernos, informándole de todo. No sabes nada de este hombre.

- Es un riesgo previsto.

Broadbent se volvió hacia mí.

Dubois le agarró del brazo y le hizo dar media vuelta.

- ¡Al demonio el riesgo previsto! Dak, siempre he estado a tu lado en todo, pero esta vez, y antes de que puedas decir otra palabra más, uno de nosotros dos va a tener que tragarse los dientes.

Broadbent pareció sorprendido, y luego sonrió fríamente a Dubois.

- ¿Crees que puedes hacerlo, hijito?

Dubois le miró firmemente y no dio un paso atrás. Broadbent era una cabeza más alto que su compañero, y quizá pesaba veinte kilos más. Por primera vez sentí simpatía hacia Dubois; siempre me ha gustado la audacia de un gatito, el coraje de un gallo de pelea o el valor de un hombre para morir en su puesto antes que humillarse ante el enemigo más fuerte… Y aunque no creía que Broadbent llegase a matarle, estaba seguro de que iba a ver a Dubois arrastrándose por el suelo como un trapo.

No tenía la menor intención de intervenir en aquella inminente pelea. Todo el Mundo tiene derecho a elegir el momento y la manera de su propia destrucción.

Pude ver como la tensión iba en aumento. Luego, de repente, Broadbent se echó a reír y le palmeó la espalda a Dubois.

- ¡Eres un valiente, Jock! -se volvió hacia mí y dijo tranquilamente-: ¿Quiere excusarnos un momento? Mi amigo y yo tenemos que fumar la pipa de la paz.

El departamento estaba equipado con un rincón reservado, donde había un videófono y el autosecretario. Broadbent cogió a Dubois por el brazo y le llevó hasta allí. Los dos quedaron de pie y empezaron a

hablar con excitación.

Muchas veces los lugares semejantes en sitios públicos, tales como los hoteles, están lejos de ser a prueba de indiscreciones; el sonido no llega a anularse por completo. Pero el Eisenhower era un hotel de primera clase, y por lo menos en esta ocasión, el dispositivo interceptor de sonidos funcionó perfectamente; podía ver el movimiento de sus labios, pero no pude oír nada.

Sin embargo, me bastaba con ver el movimiento de sus labios. El rostro de Broadbent estaba vuelto hacia mí, mientras que el de Dubois se reflejaba en un espejo de la pared. Cuando trabajaba en mi famoso acto mentalista, muchas veces di gracias a que mi padre me había calentado las posaderas hasta que aprendí el lenguaje de los labios; en esas representaciones, siempre trabajaba en una sala brillantemente iluminada y usaba unas gafas especiales que me permitían… Pero eso no importa ahora; basta decir que puedo leer las palabras en el movimiento de los labios.

Dubois estaba hablando.

- Maldición, Dak, eres el mayor estúpido que he conocido; aparte de otras cosas que no quiero mencionar por lo feas que son, ¿es que quieres que terminemos cargando rocas en Titán? Ese presumido charlatán acabará por irse de la lengua y denunciarnos a todos.

Casi me perdí la respuesta de Broadbent. ¡De modo que presumido! Aparte de una legítima apreciación de mi genio, siempre me había considerado un hombre modesto.

- No me importa que las cartas estén marcadas; no tenemos otra baraja -repuso Broadbent-. Jock, no hay ningún otro hombre a quien podamos usar.

- Bien, entonces trae aquí a Doc Scortia para que le hipnotice y ponle una inyección. Pero no se lo cuentes todo… por lo menos hasta que su mente esté sujeta a nosotros y nos encontremos lejos de la Tierra.

- Mira, el mismo Scortia me ha dicho que para este trabajo no podemos recurrir a la hipnosis ni a las drogas. Necesitamos que esté a nuestro lado conscientemente, que coopere con inteligencia y voluntad propias.

Dubois bufó:

- ¿Con qué inteligencia? Míralo bien. ¿Has visto alguna vez un pollo paseando por el corral? Es cierto que tiene la apariencia física que necesitamos y que su cráneo se parece mucho al del Jefe… pero no hay nada dentro. Te digo que perderá el valor, que echará a correr en cualquier momento y lo hará fracasar todo. No puede representar ese papel… ¡No es más que un actor aficionado!

Si hubiesen acusado al inmortal Caruso de dar una nota falsa no se habría sentido más ofendido que yo. Pero creo que en aquel momento me porté como un verdadero actor; seguí impasible, puliéndome las uñas en la manga de mi chaqueta, e ignoré por completo aquel injusto comentario. Me limité a decirme mentalmente que algún día haría llorar y reír al amigo Dubois en el espacio de veinte segundos. Esperé unos momentos más y luego me levanté para acercarme a su rincón. Cuando se dieron cuenta de que me aproximaba, se callaron en el acto.

- Escuchen, caballeros -dije tranquilamente-. He cambiado de idea.

Dubois pareció satisfecho.

- ¿No quiere aceptar el trabajo?

- Quiero decir que acepto su proposición. No necesitan darme más explicaciones. Mi amigo Broadbent me asegura que no habrá nada en mi tarea que pueda ofender a mi conciencia… y yo le creo. Me ha dicho que necesita un actor, y los motivos de mi empresario no deben preocuparme. Acepto su oferta, señores.

Dubois pareció furioso, pero siguió callado. Yo esperaba que Broadbent se mostrase satisfecho y aliviado; sin embargo, se mostró más bien preocupado.

- Conforme -dijo-. Ahora que ya estamos de acuerdo, debemos terminar nuestro plan. Lorenzo, no sé con exactitud por cuánto tiempo le necesitaremos. Estoy seguro de que no será más que unos cuantos días y sólo tendrá que actuar unas horas un par de veces durante ese tiempo.

- Eso no tiene importancia, mientras se me conceda el tiempo necesario para poder estudiar a mi modelo… la persona a quien debo

reemplazar. Pero ¿aproximadamente cuántos días estaré a su servicio? Necesito avisar a mi agente teatral.

- ¡Oh, no! No haga eso.

- Bien. ¿Cuánto tiempo necesitaremos? ¿Una semana?

- Tendrá que ser menos de eso… o estamos perdidos.

- ¿Eh?

- No se preocupe. ¿Está conforme con cien imperiales al día?

Vacilé un momento, recordando lo fácilmente que había accedido a pagar mis honorarios mínimos sólo para entrevistarse conmigo, pero luego decidí que aquél no era el momento de mostrarse codicioso.

- No hablemos de eso ahora -dije, haciendo un gesto de despreocupación-. No me cabe la menor duda de que ustedes me gratificarán con unos honorarios adecuados a la calidad de mi representación.

- Bien, bien -Broadbent se apartó de mi lado con impaciencia-. Jock, llama al campo. Luego llama a Langston y dile que iniciamos el plan Mardi Gras. Sincroniza con él. Lorenzo… -me hizo un gesto para que le siguiera y entró en el cuarto de baño; abrió un pequeño maletín y me preguntó-: ¿Cree que podrá hacer algo con toda esta basura?

Desde luego, era basura… la clase de equipo de maquillaje nada profesional que venden a precios fabulosos los corredores a los jovenzuelos que se creen actores. Le lancé una breve mirada con un gesto de disgusto.

- ¿Debo entender, señor, que quiere que empiece mi trabajo ahora? ¿Sin tiempo para estudiar a mi modelo?

- ¿Eh? No, no, en absoluto. Quiero que cambie su aspecto, por si alguien le reconoce cuando salgamos de aquí. Puede hacerlo, ¿no es cierto?

Le contesté con orgullo que el ser reconocidos por el público era una carga que todos los personajes célebres nos veíamos obligados a llevar. No quise añadir que era seguro que infinidad de personas reconocerían al Gran Lorenzo en cualquier parte.

- Por eso mismo, es mejor que cambie su físico, para que no parezca usted.

Me dejó solo, sin darme tiempo a contestarle.

Suspiré y volví a mirar las baratijas que me habían entregado, sin duda creyendo que eran las herramientas acostumbradas de mi profesión: pinturas propias de payasos, maloliente goma disuelta en alcohol, pelucas postizas que parecían arrancadas de la vieja alfombra de tía Maggie. No había allí ni un gramo de Silicocarne, ni cepillos eléctricos, ni ninguno de los instrumentos modernos a que estaba acostumbrado. Pero el verdadero artista puede realizar milagros con un corcho quemado, o con los materiales que se pueden encontrar en cualquier cocina… y con su propio genio, por supuesto. Arreglé las luces y me sumí en una creadora reflexión.

Hay varias maneras de impedir que un rostro popular sea reconocido. La más fácil es dirigir la atención hacia otro sitio. Vista a un hombre con un uniforme y lo más probable es que nadie se fije en su rostro. ¿Recuerda usted la cara del último policía con el que se ha topado? ¿Podría identificarle si volviera a verle vestido de paisano? El sistema de llevar la atención hacia algún detalle especial actúa por el mismo principio. Proporcione a un hombre una nariz enorme, desfigurada quizá con acné; los espíritus vulgares se fijarán con fascinación en esa nariz, mientras que los más maleducados volverán la vista hacia otro lado… Pero ninguno de los dos verá el rostro.

Decidí en contra de esa primitiva estratagema porque juzgué que mi jefe desearía que nadie se fijase en mí, con preferencia a que me recordasen por un detalle extraño aunque no me reconociesen. La tarea resultaba así mucho más difícil; cualquiera puede llamar la atención, pero se necesita verdadera habilidad para pasar desapercibido. Necesitaba un rostro vulgar, que fuese tan difícil de recordar como la verdadera cara del inmortal Alec Guinness. Por desgracia, mis rasgos aristocráticos eran demasiado distinguidos, demasiado bellos… una lamentable desventaja para un actor de carácter.

Como mi padre solía decir:

- ¡Larry, eres demasiado guapo! Si no te decides a trabajar y aprendes el oficio, vas a pasar quince años haciendo papeles de jovenzuelo, con la falsa idea de que eres un actor, y luego terminarás

vendiendo caramelos por los pasillos. Ser estúpido y ser guapo son los peores vicios en un actor teatral… y tú tienes los dos.



Ilustración 1: Vendiendo golosinas por los pasillos del teatro

Luego mi padre terminaba quitándose el cinturón para empezar a estimular mi cerebro. Mi progenitor era un psicólogo práctico, y creía que el calentar la región glútea con una correa eliminaba el exceso de sangre en el cerebro de un muchacho. Aunque su teoría fuese equivocada, los resultados justificaban sus métodos, y a la edad de quince años yo podía mantenerme cabeza abajo en la cuerda floja y recitar páginas enteras de Shakespeare o de Shaw… o conseguir que en la escena todo el auditorio se fijase en mí, simplemente encendiendo un cigarrillo.

Me encontraba sumido en mis reflexiones, cuando Broadbent metió la cabeza por la puerta.

- ¡Dios santo! -exclamó-. ¿Aún no ha hecho nada?

Le devolví la mirada fríamente.

- Creí entender que deseaba una obra maestra… y eso no puede hacerse con apresuramiento. ¿Acaso espera que un *cordon bleu* pueda preparar una nueva salsa a lomos de un caballo al galope?

- ¿Quién habla de caballos? -lanzó una mirada a su reloj de pulsera-. Le doy seis minutos más. Si no puede hacer nada en ese tiempo, tendremos que arriesgarnos a que salga tal como está.

Yo hubiera preferido disponer de todo el tiempo necesario, pero había reemplazado a mi padre muchas veces en su creación *El asesinato de Huey Long* (quince papeles en siete minutos), y una vez lo había representado en nueve segundos menos que su tiempo récord.

- ¡Quédese donde está! -exclamé-. Estaré listo en el acto.

Luego me transformé en Benny Grey, el descolorido criado para todo que comete los crímenes en *La casa sin puertas*; dos toques rápidos para dibujar unas líneas desde la nariz hasta las comisuras de la boca, unas ligeras bolsas bajo los ojos, y crema Max Factor número 5 por todo el rostro, sin emplear más de veinte segundos en toda la transformación… Podía hacerlo dormido; *La casa sin puertas* se mantuvo en cartel durante noventa y dos representaciones consecutivas antes de que la hicieran en película.

Me volví hacia Broadbent y éste se quedó sin aliento.

- ¡Dios santo! Casi no puedo creerlo.

Seguí en mi papel de Benny Grey y ni siquiera sonreí. Lo que Broadbent no sabía era que en realidad el maquillaje no era necesario. Desde luego, la pintura ayuda al actor, y yo la había usado principalmente porque él esperaba que lo hiciese: como todos los no iniciados, creía que las transformaciones se lograban con pintura y polvos.

Dak seguía mirándome.

- Es increíble -dijo con admiración-. Oiga, ¿podría hacer algo parecido conmigo? ¿Algo rápido?

Estaba a punto de admitir que no, cuando me di cuenta de que su pregunta desafiaba mi orgullo profesional. Me sentí tentado de decirle que si mi padre le hubiese tomado bajo su tutela a la edad de cinco años, ahora posiblemente estaría capacitado para vender entradas en una barraca de feria, pero luego lo pensé mejor.

- ¿Sólo quiere estar seguro de que no le reconocerán? -pregunté.

- Sí, sí. ¿No podría maquillarme, o ponerme una nariz falsa, o algo por el estilo?

Meneé la cabeza.

- No importa cómo le maquillase, siempre parecería un niño disfrazado para el carnaval. Usted no puede actuar, y nunca aprenderá a su edad. No tocaremos su rostro.

- ¿Eh? Pero con esta nariz que tengo…

- Escúcheme. Cualquier cosa que hagamos con esa nariz sólo servirá para que la gente se fije en ella, puedo asegurárselo. Sin embargo, creo que bastará con que si nos encontramos con un conocido suyo, éste le mire y se diga: "Caramba, ese tipo alto me recuerda a Dak Broadbent. No es Dak, desde luego, pero se le parece mucho". ¿Qué opina de eso?

- Pues… creo que es lo que necesito. Mientras esa persona esté segura de que no soy yo, todo irá bien. Se supone que ahora me encuentro en… Bien, en estos momentos no debería estar en la Tierra.

- Su amigo estará completamente seguro de que no es usted, porque cambiaremos su manera de andar. Ése es su rasgo más distintivo. Si su modo de caminar no es el mismo, entonces no puede ser usted… debe de tratarse de algún otro hombre alto y musculoso que se le parece.

- Bien, enséñeme cómo debo andar.

- No, nunca lo aprendería. Yo le obligaré a que camine tal como yo quiero que lo haga.

- ¿Cómo?

- Pondremos un puñado de piedrecitas o algo equivalente en la puntera de sus zapatos. Eso hará que encoja los dedos de los pies y le obligará a caminar erguido. Le será imposible deslizarse sobre el suelo con ese paso felino propio de un piloto. Mmmm… Además, le pondré una tira de cinta adhesiva de un hombro al otro para que no se olvide de sacar el pecho. Con eso bastará.

- ¿Cree que nadie podrá reconocerme sólo porque camine de

manera distinta?

- Desde luego. Un conocido suyo no sabrá explicar por qué se siente seguro de que no es usted, pero el mismo hecho de que su convicción sea subconsciente y sin explicación no le dejará la menor duda sobre ello. Bueno, le maquillaré un poco, para que se sienta más tranquilo, pero en realidad no es necesario.

Regresamos juntos al salón de la suite que ocupaban. Yo seguía en mi papel de Benny Grey; una vez que adopto cualquier papel, necesito un esfuerzo consciente de la voluntad para volver a asumir mi propia personalidad. Dubois estaba hablando por el videófono; levantó la vista, me miró un momento y se quedó con la boca abierta. Salió corriendo de su rincón y exclamó:

- ¿Quién es ése? ¿Y dónde está nuestro actor?

Después de su primera mirada, se dirigía a Broadbent, sin molestarse en examinarme con detenimiento. Benny Grey es un tipo de aspecto tan insignificante y vulgar que no hay necesidad de mirarle dos veces.

- ¿Qué actor? -contesté, con el murmullo opaco y descolorido de Benny.

Aquello hizo que Dubois se volviera hacia mí. Me miró, y luego sus ojos se clavaron en mis ropas. Broadbent estalló en una risotada y le palmeó la espalda.

- ¿Y tú decías que no podía actuar? -luego añadió, cortante-: ¿Has hablado con todos, Jock?

- Sí.

Dubois me contempló perplejo y luego apartó la vista.

- Bien. Tenemos que salir de aquí dentro de cuatro minutos. Veamos con qué rapidez puede transformarme, Lorenzo.

Dak se había quitado un zapato, y se levantó la camisa a fin de que yo pudiera colocarle la cinta adhesiva en los hombros. De pronto se encendió la luz que había sobre la puerta y el zumbador de llamada empezó a sonar. Dak se quedó inmóvil.

- Jock, ¿esperamos a alguien?

- Probablemente es Langston. Me dijo que trataría de ponerse en contacto con nosotros antes de marcharnos.

Dubois se dirigió hacia la puerta.

- Quizá no sea él -apuntó Broadbent-. Puede que…

No llegué a saber quién pensaba Broadbent que podía ser, porque Dubois ya abría la puerta. Encuadrado en el dintel, semejante a un espectro de pesadilla, apareció un marciano.

Por un segundo que pareció toda una vida de agonía, no pude ver más que al marciano. No me fijé en el humano que le seguía, ni vi la varita mortal que el marciano llevaba en uno de sus pseudomiembros.

Luego el marciano se deslizó dentro de la habitación, el humano que iba con él le siguió, y la puerta volvió a cerrarse automáticamente. El marciano graznó:

- Buenas tardes, caballeros. ¿Acaso piensan marcharse?

Me quedé helado, sin poder pensar en nada, bajo los efectos de un agudo ataque de xenofobia. Dak estaba en desventaja por hallarse a medio vestir. Pero el pequeño Jacques Dubois actuó con un sencillo heroísmo que le convirtió en mi hermano aun en el mismo momento de morir… Se lanzó de cabeza contra aquella varita mortal. De frente… sin intentar esquivar su destructor disparo.

Debió de morir, con un agujero en el vientre por el que se podía pasar el brazo, antes de llegar al suelo. Pero no soltó su presa, y el pseudomiembro se estiró como si fuese de goma y luego se partió a unos centímetros del cuello del monstruo. El pobre Jock aún tenía la varita entre las manos.

El terrestre que había seguido a aquella cosa maloliente y maligna al interior de la habitación tuvo que hacerse a un lado para poder disparar… pero cometió un error. Debió atacar primero a Dak y luego a mí. En vez de eso, desperdició su primer tiro sobre Jock, y ya no tuvo tiempo de volver a disparar, porque Broadbent le deshizo el rostro de un solo tiro. Hasta entonces no supe que Dak iba armado.

Privado de su arma, el marciano no intentó la huida. Dak se le

acercó de un salto y dijo:

- ¡Ah, Rrringriil, te saludo!

- Te saludo, capitán Dak Broadbent -graznó el marciano, y luego añadió-: ¿Avisarás a mi nido?

- Avisaré a tu nido, Rrringriil.

- Te doy las gracias, capitán Dak Broadbent.

Dak estiró el brazo, con el largo y huesudo índice extendido, e introdujo éste en el ojo del marciano, empujando con todas sus fuerzas hasta que los nudillos presionaron contra la caja craneana del monstruo. Luego retiró la mano y su dedo apareció bañado en un líquido verdoso. Los miembros nudosos del extraño ser se replegaron hasta el interior del tronco en un espasmo reflejo, pero aun después de su rápida agonía el marciano siguió erguido sobre su base. Dak se retiró con rapidez hacia el lavabo, y oí como se lavaba las manos. Yo me quedé allí plantado, casi tan inmóvil como el ya difunto Rrringriil.

Broadbent apareció de nuevo, secándose las manos con el faldón de la camisa, y se dirigió hacia mí.

- Tenemos que limpiar todo esto. No nos queda mucho tiempo.

Parecía que hablaba de un vaso de agua derramada.

Barboté una frase incomprensible, tratando de hacerle entender que yo no quería saber nada de todo aquello, que lo mejor sería llamar a la policía, que mi mayor deseo era salir de allí antes de que ésta llegase, que él podía hundirse en el Infierno con su maldito trabajo de suplantación y que en aquellos momentos planeaba hacerme crecer unas alas y salir volando por la ventana.

Dak barrió todas aquellas incoherencias con un gesto.

- No pierda el control, Lorenzo. Vamos muy retrasados. Ayúdeme a llevar los cuerpos hasta el cuarto de baño.

- ¿Qué? ¡Dios del cielo! Cerremos la puerta y salgamos de aquí cuanto antes. Aún tenemos una posibilidad de que no nos cojan con las manos en la masa.

- Posiblemente lo conseguiríamos -admitió Dak-. Pero verían en el acto que Rrringriil mató a Jock… y no puedo permitir que sepan eso. Al menos por ahora. No nos conviene que los periódicos publiquen una historia truculenta respecto a un marciano que ha asesinado a un terrestre. De manera que cállese y ayúdeme.

No me quedaba otro remedio que callarme y ayudarle. Me serené un poco cuando recordé que Benny Grey era un malvado sádico psicópata que disfrutaba desmembrando a sus víctimas. De manera que dejé que Benny Grey arrastrase los dos cuerpos humanos hasta el baño, mientras Dak cogía la varita marciana y cortaba a Rrringriil en pedacitos lo bastante pequeños para que fuesen manejables. Tuvo la precaución de hacer el primer corte debajo de la caja craneana, de modo que se derramase la menor cantidad posible de la savia vital del marciano. Sin embargo, yo no pude ayudarle en su trabajo. Tenía la impresión de que un marciano muerto olía aún peor que uno vivo.

El water estaba disimulado detrás de una mampara corrediza del cuarto de baño, al lado del bidé. No lo habríamos encontrado de no ser porque la puerta estaba marcada con el acostumbrado trébol radiante. Tras empujar los trozos de Rrringriil por la taza hasta hacerlo desaparecer (yo conseguí reunir el suficiente valor para ser de alguna utilidad), Dak se dedicó a la más desagradable tarea de descuartizar y hacer pasar los cuerpos humanos, usando la varita y, desde luego, haciendo su trabajo dentro de la bañera.

Es sorprendente la cantidad de sangre que contiene un hombre. Abrimos todos los grifos y dejamos correr el agua hasta que terminamos; a pesar de todo, fue un espectáculo de lo más desagradable. No obstante, cuando Dak quiso cortar los restos del pobre Jock, no le fue posible continuar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, cegándole, y tuve que apartarle a un lado antes de que se rebanase una mano. Dejé que Benny Grey se hiciese cargo de aquel asunto.

Cuando terminé no quedaba nada en la suite que indicase que allí habían estado dos hombres y un monstruo. Lavé la bañera con el mayor cuidado y me puse de pie. Dak estaba en la puerta del baño, y parecía tan sereno como siempre.

- Ya he limpiado el suelo -anunció-. Supongo que un técnico criminalista con los instrumentos adecuados podría reconstruir lo sucedido; pero tenemos que confiar en que nadie sospechará nada. De modo que salgamos de aquí cuanto antes. Hemos de recuperar casi

doce minutos. ¡Vamos!

No pude reunir el valor suficiente para preguntarle dónde o por qué.

- De acuerdo -dije-. Vamos a terminar con sus zapatos.

Dak meneó la cabeza.

- No. Sólo serviría para impedirme correr. En estos momentos la velocidad es más importante que el riesgo de ser reconocidos.

- Como quiera -dije, y le seguí hasta la puerta.

Dak se detuvo y continuó:

- Es posible que haya otros esperando. Si es así, dispare primero y haga las preguntas después; no le conviene hacer otra cosa.

Broadbent llevaba la varita desintegradora en la mano, oculta por la capa.

- ¿Marcianos?

- O terrestres. O los dos a la vez.

- Dígame, Dak, ¿era Rrringriil uno de aquellos cuatro que vimos en el bar de Casa Mañana?

- Desde luego. ¿Por qué cree que le llamé por el videófono para sacarle de allí y decirle que viniera al hotel? O bien le seguían a usted, igual que nosotros, o me seguían a mí. ¿No lo reconoció?

- Naturalmente que no. Todos esos monstruos me parecen idénticos.

- Y ellos dicen que nosotros somos todos iguales. Aquellos cuatro eran Rrringriil, su hermano acoplado Rrringlath y otros dos de su mismo nido, pero de linajes divergentes. Y ahora cállese. Si ve a un marciano, dispare. ¿Tiene la otra pistola?

- Sí. Oiga, Dak, no sé nada de lo que está pasando, pero ya que esas bestias están contra usted, yo sigo a su lado. Odio a los marcianos.

Dak pareció ofendido.

- No sabe lo que dice. No luchamos contra los marcianos. Esos cuatro son renegados.

- ¿Qué? En tal caso, yo…

- Cierre el pico. Está ya demasiado metido en esto para salirse. Ahora camine de prisa hasta llegar al ascensor exprés. Yo cubriré la retaguardia.

Me callé. Estaba demasiado metido en aquel asunto, eso era innegable.

Caímos como una bala hasta los niveles inferiores a la calle y nos dirigimos hacia los tubos neumáticos. Una cápsula de dos pasajeros acababa de llegar. Dak me hizo entrar de un empujón y no tuve tiempo de ver cómo marcaba el número de destino. Pero no me sorprendí cuando el cinturón automático de detención se abrió y pude ver el parpadeante anuncio luminoso:

ESPACIOPUERTO JEFFERSON

Salida

Tampoco me preocupaba mucho en qué lugar me encontrase, mientras fuera lo más alejado posible del Hotel Eisenhower. Los pocos minutos que había estado en el tubo neumático habían sido suficientes para que me formase un plan… Vago, sin detalles y sujeto a cambios sin previo aviso, como dice la letra pequeña de los contratos, pero un plan al fin y al cabo. Podía describirse con una sola palabra: ¡desaparecer!

Aquella misma mañana el plan me habría resultado difícil de realizar; en nuestra civilización, un hombre sin dinero se encuentra tan indefenso como un recién nacido. Pero con cien imperiales en el bolsillo podía ir lejos y de prisa. No me sentía en deuda con Dak Broadbent. Por sus propias razones… que no eran las mías, casi había conseguido que me mataran, luego me había hecho ayudarle a eliminar los rastros de un crimen, y me había convertido en un

fugitivo de la justicia. Pero la policía no nos había alcanzado, por lo menos hasta aquel momento, y ahora, una vez me sacudiera de encima a Broadbent, podía olvidarme de todo aquello y pensar que había sido una pesadilla. Parecía improbable que nadie me relacionase con el asunto, aunque llegasen a descubrir lo sucedido… Por suerte, un caballero siempre lleva guantes, y yo sólo me había quitado los míos para colocarme el maquillaje, y luego durante la macabra limpieza en el cuarto de baño.

Aparte de la simpatía propia de un adolescente que sentí al pensar que Dak luchaba contra los marcianos, yo no tenía ningún interés por sus planes, e incluso esa simpatía se desvaneció cuando supe que le gustaban los marcianos en general. No quería tocar su empleo para actuar de doble ni a una distancia de cien metros. ¡Al diablo con Broadbent! Todo lo que yo deseaba en la vida era el dinero suficiente para mantener juntos cuerpo y alma, y una oportunidad para poder practicar mi arte; el jugar a policías y ladrones no me tentaba en absoluto… no era más que mal teatro.

El Espaciopuerto Jefferson me pareció hecho a la medida para mis proyectos de desaparición. Lleno de gente apresurada, con muchas idas y venidas, y una red de tubos neumáticos que salían de allí con destino a todas partes. Si Dak apartaba los ojos de mi persona aunque sólo fuese medio segundo, cuando quisiera darse cuenta yo me encontraría a medio camino de Omaha. Me quedaría quieto durante unas semanas y luego me pondría en contacto con mi gente para saber si alguien me andaba buscando.

Pero Dak hizo que yo saliera de la cápsula delante de él, o de otro modo le habría cerrado la puerta en las narices y huido de allí como un rayo. Hice como si no notase nada y me pegué a él como un perrito mientras subíamos por la cinta transportadora en dirección al gran vestíbulo central. La cinta transportadora nos dejó justo entre los mostradores de la Pan-Am y de las Líneas Espaciales Americanas, pero Dak atravesó la enorme sala llena de gente, dirigiéndose hacia el despacho de Diana Ltd… Pensé que iba a comprar billetes para el correo nocturno a la Luna, aunque no pude comprender cómo pensaba hacerme pasar a mí sin pasaporte ni certificado de vacunación; sin embargo, ya había visto que Broadbent tenía recursos para todo. Decidí que el momento más propicio para perderme sería cuando sacase la cartera para pagar; cuando un hombre cuenta su dinero, siempre hay unos instantes en que sus ojos y su atención están completamente ocupados.

Pero pasamos por delante del despacho de Diana Ltd. sin detenernos y nos metimos por un pasillo con el rótulo: **Hangares Particulares**. No había nadie en el corredor, y las paredes estaban desnudas; me di cuenta con abatimiento de que había dejado pasar mi oportunidad allá atrás, en el ajetreo del vestíbulo principal, y me detuve.

- Dak, ¿vamos a salir de aquí en una nave espacial? -quise saber.

- Desde luego.

- Está usted loco. No tengo documentación, ni siquiera un pase turístico para la Luna.

- No lo necesita.

- ¿Cómo? Me pararán en Emigración. Y luego un policía grandote empezará a hacer preguntas difíciles.

Una mano del tamaño de un jamón se cerró sobre mi brazo.

- No perdamos más tiempo. ¿Por qué tiene que pasar por la oficina de Emigración cuando oficialmente usted no se marcha? ¿Y para qué tengo que ir yo por allí, cuando oficialmente nunca he llegado? A paso rápido, muchacho.

Yo era bastante fuerte y casi tan alto como Dak, pero me sentí como si un policía robot de tráfico me estuviera arrastrando fuera de una zona de peligro. Vi un letrero que decía **Caballeros** e hice un esfuerzo desesperado para terminar con aquella situación.

- Dak, un momento, por favor. Tengo que ir al lavabo.

Mi compañero me hizo una mueca.

- ¿Ah, sí? Ya fue antes de que saliéramos del hotel.

Ni detuvo su marcha ni me soltó.

- Es que estoy enfermo de los riñones…

- Amigo Lorenzo, de lo que está enfermo es de miedo. Le diré lo que vamos a hacer. ¿Ve aquel policía de allí?

Al final del pasillo, en las oficinas administrativas, un agente de la ley estaba buscando alivio para sus pies planos, apoyándose en uno de los mostradores.

- Pues me doy cuenta de que siento remordimientos por todos mis pecados -continuó Dak-. Necesito confesarlo todo… cómo usted ha asesinado a un turista marciano y a dos ciudadanos terrestres… cómo me amenazó con esta pistola y me obligó a ayudarle a eliminar los rastros de su horrendo crimen. También le diré…

- ¿Se ha vuelto loco?

- Casi completamente, por la angustia y los remordimientos de conciencia, compañero.

- Pero… no puede probar nada contra mí.

- ¿No? Creo que mi historia será más convincente que la suya. Yo conozco todos los antecedentes del caso y usted no. Yo sé toda su historia y usted no sabe nada de mí. Por ejemplo…

Luego Dak mencionó un par de detalles de mi pasado que yo hubiera jurado que estaban enterrados en el olvido. Era verdad que en dos ocasiones había participado en revistas que no eran aptas para verlas en familia, pero un hombre tiene que comer. En cuanto a aquella factura del hotel, si bien es cierto que dejar de pagar la cuenta del hotel en Miami Beach tiene la misma pena que un asalto a mano armada en cualquier otro lugar, eso siempre me había parecido una actitud muy provinciana… De todos modos, yo habría pagado si hubiese tenido el dinero. Y respecto a aquel desagradable incidente en Seattle… Bien, quiero decir que Dak sabía muchas cosas de mi pasado, pero que no las había interpretado correctamente. De todas maneras…

- Por lo tanto -prosiguió Dak-, vamos a ver al agente y se lo explicamos todo. Le apuesto siete contra dos a que sé cuál de los dos saldrá primero bajo fianza.

Por lo tanto, seguimos caminando hacia el policía y pasamos por su lado sin detenernos. Estaba hablando con una empleada, y ninguno de los dos se molestó en mirarnos. Dak sacó del bolsillo dos billetes en los que se leía: **Pase de andenes - Permiso de reparaciones - Hangar K127** y los insertó en el monitor. La máquina los examinó con un leve zumbido y luego se iluminó una pantalla rectangular con instrucciones para que tomásemos un coche subterráneo, con destino

King 127. La puerta se abrió y se volvió a cerrar detrás de nosotros mientras una voz mecánica repetía dos veces:

"Rogamos tengan cuidado y estén atentos a los avisos de radiación. La administración del Espaciopuerto no se hace responsable de los accidentes ocurridos más allá de esta puerta."

Una vez nos encontramos en el coche de transporte, Dak marcó un número de destino completamente distinto; la máquina dio media vuelta, escogió una onda de fuerza y salimos por un túnel debajo del campo de aterrizaje. Todo aquello ya no me importaba; me sentía incapaz de preocuparme por nada.

Cuando descendimos del coche de transporte, éste regresó por donde había venido. Delante de mí había una escalera que desaparecía en el techo de acero que cerraba el túnel. Dak me empujó.

- Arriba -dijo.

Al final de la escalera había una puerta con un letrero:

EXPOSICION RADIACTIVA

Optimax 13 segundos

Los números estaban escritos con yeso. Me detuve indeciso. No sentía especial cariño por mis descendientes, pero no soy ningún estúpido. Dak sonrió y dijo:

- ¿Acaso lleva zapatos de plomo? Abra la puerta, salga rápido y suba la escalerilla hasta el interior de la nave. Si no se detiene para rascarse la cabeza, podrá hacerlo con tres segundos de sobra.

Creo que me sobraron cinco segundos. Me encontré a la luz del Sol a lo largo de unos tres metros y luego me vi metido en un túnel vertical dentro de la nave. Subí los peldaños de tres en tres.

Aparentemente, aquella nave espacial era muy pequeña. Por lo menos la cabina de control era muy reducida; no había podido ver el exterior de la nave. Las únicas naves interplanetarias en que había estado eran los correos de la Luna *Evangeline* y su gemelo *Gabriel*, y

eso fue en aquella ocasión en que incautamente acepté un contrato lunar con una cláusula de participación en pérdidas y ganancias; nuestro empresario tuvo la brillante idea de que una compañía a base de gimnastas, equilibristas y acróbatas sería un éxito en la gravedad de la Luna, que es un sexto de la de la Tierra, lo cual era correcto, pero no calculó el tiempo necesario para los ensayos hasta que nos acostumbrásemos a la baja gravedad del satélite. Tuve que recurrir a la Ley de Viajeros Desamparados para poder regresar por cuenta del Gobierno, y perdí todo mi guardarropa.

La cabina de control estaba ocupada por dos hombres; uno de ellos se hallaba tendido en la más próxima de las tres literas de aceleración manipulando en los instrumentos que tenía ante sí, mientras que el otro hacía algo extraño con un destornillador. El que estaba en la litera me miró, pero no dijo nada. El otro dio media vuelta, pareció preocupado y dijo sin dirigirse a mí:

- ¿Qué le ha sucedido a Jock?

Dak surgió de la escotilla detrás de mí, como impulsado por un cañón.

- No tenemos tiempo para explicaciones -dijo cortante-. ¿Habéis tenido en cuenta el compensar su masa?

- Red, ¿tenemos ya la órbita de lanzamiento? ¿Estás en contacto con la torre de control?

El hombre de la litera contestó tranquilamente:

- He estado calculando la órbita cada dos minutos. Tenemos el permiso de la torre. Menos cuarenta… y siete segundos.

- ¡Sal de la litera! ¡Fuera de aquí! Voy a salir en esa órbita.

El llamado Red salió sin prisas de la litera, mientras Dak se instalaba en su lugar. El otro hombre me obligó a tenderme en la litera del copiloto y me ató un cinturón de seguridad por encima del pecho; a continuación dio media vuelta y se dejó caer por la escotilla. Red le siguió, y luego se detuvo con la cabeza y los hombros al nivel del suelo.

- Los billetes, por favor -dijo alegremente.

- ¡Oh, caramba!

Dak se aflojó el cinturón de seguridad, buscó en uno de sus bolsillos, sacó los pases que había usado para meternos a los dos de contrabando en aquella nave y se los tiró a Red.

- Gracias -dijo éste-. Ya les veré el domingo después de misa. ¡Buen despegue y todo lo demás!

Su cabeza desapareció por la escotilla un instante después. Oí como se cerraba la compuerta hermética y noté la familiar opresión en los oídos, producida por el aumento de presión. Dak no contestó a la despedida de su compañero, tenía los ojos fijos en los instrumentos de vuelo y estaba haciendo algunas rectificaciones de última hora.

- Veintiún segundos -dijo dirigiéndose a mí-. Despegaremos con la máxima aceleración. Asegúrese de que tiene los brazos sobre la litera y relaje los músculos. El primer salto será desagradable.

Hice lo que me decía y esperé durante horas con la misma tensión que experimentaba siempre antes de levantarse el telón. Por fin, dije:

- ¿Dak?

- ¡Cállese!

- Sólo una pregunta: ¿adónde vamos?

- A Marte.

Vi como su pulgar apretaba un botón rojo, y me desmayé.

2

¿Qué hay de gracioso en un hombre que se marea en el vacío? A esos imbéciles con un estómago a prueba de bombas siempre les causa risa… Estoy seguro de que les divertiría lo mismo que su abuela se rompiese las dos piernas.

Huelga decir que sufrí un mareo espacial así que la nave se puso a navegar en caída libre. No tardé en recuperarme, ya que tenía el estómago casi vacío: no había ingerido alimento alguno desde el desayuno. No obstante, seguí encontrándome mal durante el resto de aquel maldito viaje, que se me hizo eterno. Tardamos una hora y cuarenta y tres minutos en llegar al punto de reunión, lo cual, para un topo terrestre como yo, equivalía a mil años en el purgatorio.



Pese a todo, debo decir algo en defensa de Dak: no se burló de mi debilidad. Dak era un profesional, y consideró normal mi reacción, haciendo gala de la cortesía habitual en una azafata; no como esos cretinos de cabeza vacía y voz estridente que uno encuentra en las listas de pasajeros de los correos a la Luna. Si yo mandase, haría que todos esos estúpidos fueran olvidados en una lejana órbita hasta que se murieran de risa en medio del vacío.

A pesar de los agitados pensamientos que bullían en mi cabeza y de las miles de preguntas que deseaba formular, llegamos al punto de reunión con la gran nave interplanetaria, que nos esperaba en órbita alrededor de la Tierra, antes de que yo fuera capaz de sentir interés por nada. Creo que si alguien se acercase a una víctima del mareo espacial y le comunicase que iba a ser fusilado al amanecer, la única respuesta sería:

“¿De veras? ¿Quiere alcanzarme esa bolsa, por favor?”

Al fin empecé a recuperarme; al menos ya no deseaba morirme cuanto antes, sino que empezaba a sentir un leve deseo de seguir viviendo. Dak se mantuvo ocupado con la radio la mayor parte del tiempo, al parecer comunicando con algún punto que se hallaba en movimiento, ya que pude observar que sus manos manipulaban sin cesar el control direccional de la radio, como un artillero que tuviera muchas dificultades para apuntar su arma. No pude oír lo que decía, ni siquiera leer el movimiento de sus labios, porque mantuvo la cabeza pegada al micrófono durante toda la conversación. Presumí que hablaba con la gran nave estelar con la que teníamos que encontrarnos.

Pero cuando apartó el micro a un lado y encendió un cigarrillo, hice un esfuerzo para reprimir las náuseas que la simple vista del humo me producía y le pregunté:

- Dak, ¿no cree que ha llegado el momento de que me lo cuente todo?

- Tendremos mucho tiempo para ello durante el viaje a Marte.

- Vaya, siempre esquivando la cuestión -protesté débilmente-. Yo no quiero ir a Marte. Nunca habría aceptado su absurda oferta si me

hubiera dicho que tendría que ir a Marte.

- Como guste. No necesita ir, si no quiere.

- ¿Cómo?

- La compuerta neumática está detrás de usted. Salga y empiece a andar. No se olvide de cerrar la puerta tras de sí.

Preferí no contestar a aquella ridícula sugerencia. Dak continuó:

- Pero si, como imagino, no puede respirar en el vacío, lo mejor que puede hacer es venir conmigo a Marte… Yo me cuidaré de que regrese a la Tierra. El *Can Do*… esta nave… está a punto de entrar en contacto con el *Go For Broke*, una nave espacial a reacción de alta aceleración. Unos diecisiete segundos después de que establezcamos contacto, el *Go For Broke* se dirigirá a Marte… Tenemos que estar allí el próximo miércoles.

Yo le contesté con la obstinación propia de un enfermo.

- No quiero ir a Marte. Me quedaré en esta nave. Alguien tendrá que devolverla a la Tierra. No podrán engañarme.

- Es cierto -admitió Dak-. Pero usted no se quedará aquí. Los tres individuos que se supone que tripulan esta nave, de acuerdo con los registros del Espaciopuerto Jefferson, se encuentran ahora en el *Go For Broke*. Ya habrá observado que ésta es una nave para tres tripulantes. Me temo que ninguno estará dispuesto a cederle su sitio. Además, ¿cómo pasaría por Inmigración cuando llegase al campo?

- ¡No me importa! Al menos volveré a estar en tierra firme.

- Y también en la cárcel, acusado de cualquier crimen, además de entrada ilegal en el territorio y asalto a mano armada en una nave espacial. Como mínimo creerían que pretende entrar en el país ilegalmente, y se lo llevarían a algún lugar tranquilo donde pudieran clavarle una aguja detrás del globo ocular para hacerle decir la verdad. Ellos sabrían las preguntas que debían hacerle y usted no podría evitar contestarles. Pero no podría complicarme a mí, porque el bueno de Dak Broadbent no ha regresado a la Tierra desde hace mucho tiempo, y tiene excelentes testigos para probarlo.

Reflexioné sobre sus palabras, sintiéndome mareado de nuevo,

tanto por los efectos del miedo como por la sensación de flotar en el vacío.

- ¿De modo que me denunciaría a la policía? Sucio y escurridizo…

Me interrumpí, por falta de un insulto adecuado.

- ¡Oh, no! Mire, hijo, yo puedo meterle el miedo en el cuerpo y hacerle creer que le entregaré a la policía… pero la verdad es que no soy capaz de ello. Sin embargo, Rrringlath, el hermano acoplado de Rrringriil, sabe con certeza que éste entró por aquella puerta y no volvió a salir. Denunciará el caso a la policía. Los hermanos acoplados constituyen un parentesco tan íntimo que nunca podremos comprenderlo, ya que nosotros no nos reproducimos por escisión.

A mí no me importaba que los marcianos se reprodujeran como los conejos o que la cigüeña los trajera en un pañuelo colgado del pico. A juzgar por las palabras de Dak, no me cabía la menor duda de que nunca podría regresar a la Tierra, y así se lo dije. Dak meneó la cabeza.

- Nada de eso. Tenga confianza en mí y volveremos a hacerle entrar del mismo modo que salió de allí. Dentro de unos días saldrá del mismo espaciopuerto, o de algún otro, con un permiso de salida que dirá que usted es un mecánico que acaba de realizar una reparación… e irá vestido con un mono manchado de grasa y llevará las herramientas adecuadas para demostrarlo. ¿Acaso un actor como usted no podrá representar el papel de un mecánico durante algunos minutos?

- ¡Pues claro que sí! Pero…

- Entonces estamos de acuerdo. Usted no se separe del viejo Dak, y él tendrá cuidado de que no le pase nada. Tuvimos que movilizar nada menos que a ocho miembros del Gremio de Pilotos para este asunto, a fin de que yo pudiera llegar a la Tierra y los dos pudiéramos salir de allí; cuando sea necesario, volveremos a hacerlo. Pero usted no podría hacer nada sin que los pilotos le ayuden -sonrió-. En el fondo, todo piloto es un poco un contrabandista. Tal como está el negocio del contrabando en estos días, todos nosotros nos hallamos siempre dispuestos a ayudarnos frente a los guardias de los espaciopuertos. Sin embargo, una persona que no pertenezca a nuestra asociación generalmente no obtiene semejante ayuda.

Traté de dominar los movimientos de mi estómago y pensar en todo aquello.

- Dak, ¿acaso se trata de un asunto de contrabando? Porque yo…

- ¡Oh, no! La única mercancía ilegal que llevamos es usted.

- Iba a decir que no considero el contrabando como un crimen.

- ¿Y quién lo hace? Sólo aquellos que ganan dinero limitando el libre tráfico de mercancías. Pero aquí sólo se trata de representar el papel de otra persona, Lorenzo, y usted es el hombre que necesitamos. No fue una casualidad que nos encontrásemos en aquel bar; le seguíamos desde hacía dos días. Tan pronto como llegué a la Tierra me dirigí directamente a donde sabía que podía encontrarle -frunció el ceño-. Quisiera poder estar seguro de que nuestros honorables enemigos me estaban siguiendo a mí, y no a usted.

- ¿Por qué?

- Si me seguían a mí es porque trataban de descubrir lo que me traía entre manos, lo cual no tiene importancia, ya que nuestras respectivas posiciones están perfectamente definidas; sabemos que somos enemigos. Sin embargo, si le seguían a usted, entonces conocían el propósito que me guiaba… conseguir un actor para representar el papel.

- Pero ¿cómo iban a saberlo, a menos que usted se lo dijera?

- Lorenzo, este asunto es muy importante, mucho más de lo que pueda imaginar. Yo no lo sé todo; y cuanto menos sepa usted de todo ello hasta que necesite la información, mucho mejor para usted. Pero puedo decirle esto: se ha proporcionado a la gran computadora electrónica del Centro Censal del Sistema en La Haya una lista de características personales, y la máquina las ha comparado con las características personales de todos los actores profesionales existentes en el Sistema Solar. Se ha hecho con toda la discreción y el secreto posibles, pero siempre cabe que alguien haya adivinado nuestro propósito y haya hablado. Las especificaciones se referían a la identificación del original y del actor que debía actuar como doble, ya que el trabajo tiene que ser perfecto.

- Ya. ¿Y el cerebro electrónico decidió que yo era el hombre

adecuado para este trabajo?

- Sí. Usted… y otro actor.

Aquélla era otra magnífica ocasión para que yo mantuviera la boca cerrada. Pero no me habría contenido aunque me fuera en ello la vida… lo que en cierto modo era verdad. Necesitaba saber quién era el otro actor considerado competente para desempeñar un papel que requería mis condiciones únicas de artista.

- ¿Otro? ¿Quién es?

Dak me contempló durante un momento. Pude ver como vacilaba antes de contestar.

- Pues… un individuo llamado Orson Trowbridge. ¿Le conoce?

- ¡Ese aficionado!

Por un momento me sentí tan furioso que llegué a olvidar el mareo.

- ¿Es posible? He oído decir que es muy buen actor.

No pude evitar sentirme indignado ante la idea de que alguien pudiera pensar ni por un momento que aquel ignorante de Trowbridge podía desempeñar un papel destinado a mí.

- ¡Ese molino de viento!… ¡Ese escupepalabras!

Me callé, comprendiendo que era más digno ignorar a semejantes colegas… si la palabra "colega" podía aplicarse a tales actorzuelos. Trowbridge era tan engreído que si la obra indicaba que debía besar la mano de una dama, el muy presumido evitaría hacerlo y besaría sus propios dedos. Un narcisista, un vanidoso, sin alma de artista… ¿Cómo era posible que semejante hombre pudiera llegar a vivir su papel?

Sin embargo, los caprichos de la fortuna le habían hecho rico, mientras los verdaderos artistas pasaban hambre.

- Dak, no puedo comprender cómo llegaron a pensar en él.

- Verá, nosotros no lo deseamos, se encuentra ligado a un largo

contrato que haría su ausencia muy evidente, y difícil de explicar. Tuvimos suerte de que usted estuviera disponible. En cuanto usted aceptó nuestra oferta, Jock dio instrucciones para que retirasen el equipo que trataba de llegar a un acuerdo con Trowbridge.

- ¡Naturalmente!

- Sin embargo, Lorenzo, quiero ser sincero con usted. Mientras usted se encontraba mareado, llamé al *Go For Broke* y les dije que revocasen esas instrucciones y que nuestros hombres volvieran a tratar con Trowbridge.

- ¿Qué?

- Usted tuvo la culpa, amigo. Mire, cuando alguien de mi profesión se compromete a llevar una nave hasta Ganímedes lo hace dispuesto a llegar hasta allí con la carga o morir en la empresa. Uno de nosotros no se desanima y trata de desertar mientras todavía están cargando la nave. Usted me dijo que aceptaba el trabajo… sin condiciones ni reservas… usted lo aceptó. Unos minutos más tarde hubo una pelea y perdió el valor. Más tarde trató de huir de mi lado en el espaciopuerto. Hace sólo diez minutos estaba aquí gritando que quería volver a la Tierra. Es posible que sea usted mejor actor que Trowbridge. No lo sé. Pero sé que necesitamos un hombre que no pierda la cabeza si hay problemas. Tengo entendido que Trowbridge es de esa clase. De modo que si llegamos a un acuerdo con él, le daremos el trabajo, le pagaremos a usted por las molestias que le hemos causado, no le contaremos nada más y le devolveremos a la Tierra. ¿Me comprende?

Le comprendí perfectamente. Dak no había usado la palabra adecuada; era posible que no la conociese, pero me estaba diciendo que yo no me portaba como un buen artista. Lo más amargo era que tenía razón. No podía enfadarme con él, sólo me sentí avergonzado. Había sido un idiota al aceptar el contrato sin conocer más detalles… pero me había comprometido a desempeñar un papel, sin condiciones ni cláusulas evasivas. Ahora trataba de retirarme, como un aficionado que siente miedo del público.

“El espectáculo debe continuar” es una de las más viejas reglas del teatro. Quizá no tenga una justificación filosófica, pero las reglas por las que se rigen los hombres rara vez están sujetas a las normas de la lógica. Mi padre había creído en ello; yo le había visto representar dos actos con un ataque agudo de apendicitis y luego salir a saludar

antes de permitir que le llevaran a un hospital. Aún podía recordar su rostro mientras me miraba con el orgullo del verdadero artista hacia los mal llamados actores, que se permiten defraudar al público.

- Dak -dije humildemente-, lo siento mucho. Estaba equivocado.

Me miró fijamente.

- ¿Quiere decir que hará el trabajo?

- Sí -lo dije con sinceridad; pero de repente recordé un factor que me impedía representar el papel, tanto como si tuviera que actuar de Blancanieves en *Los siete enanitos*-. Bien… oiga. Quiero hacerlo. Pero…

- Pero ¿qué? -dijo con desdén-. ¿Otra vez su maldito temperamento?

- ¡No, no! Sin embargo, me ha dicho que íbamos a Marte. Dak, ¿es que tendré que realizar mi papel rodeado de marcianos?

- ¿Cómo? Desde luego. ¿Qué otra cosa hay en Marte?

- Pero, Dak, ¡no puedo soportar a los marcianos! Me ponen enfermo. No quisiera… Trataré de no fracasar, pero es posible que eche a correr en cuanto los tenga a mi lado.

- ¡Oh! Si es eso lo que le preocupa, ya puede olvidarlo.

- ¿Eh? Pero es que no puedo olvidarlo. Es algo superior a mí. Yo…

- Le he dicho que lo olvide. Amigo, sabíamos que era un patán en estas cuestiones… lo sabemos todo respecto a usted, Lorenzo. Su miedo a los marcianos es tan irracional e infantil como el horror a las arañas y a las serpientes. Pero ya lo hemos previsto y nos ocuparemos de ello. Así que puede olvidarse del asunto.

- Bien… de acuerdo.

No me sentía muy seguro, pero Dak había pronunciado una palabra que aún me dolía, "patán" ¡Los patanes son los del público! De modo que me callé.

Dak se acercó al micro y no se molestó en procurar que yo no

oyese su mensaje.

- Dandelion a Tumbleweed. Anulen el plan Inkblot. Proseguimos con el plan Mardi Gras.

- ¿Dak? -dije cuando cortó.

- Luego -respondió-. Estamos a punto de unir las órbitas. El contacto puede ser un poco violento, pero no podemos perder tiempo evitando los baches. Ahora cállese y agárrese bien.

Y fue violento. Cuando me encontré dentro de la gran nave espacial me sentí satisfecho de volver a estar en caída libre; el mareo de la aceleración es aún peor que el producido por flotar simplemente en el vacío. Pero no estuvimos en caída libre durante más de cinco minutos; los tres hombres que tenían que regresar en el *Can Do* estaban ya en la cámara de transferencia, mientras Dak y yo flotábamos hacia el interior de la otra nave. Los momentos que siguieron me parecieron muy confusos. Supongo que en el fondo soy un topo de tierra, porque me desoriento fácilmente cuando no puedo distinguir el techo del suelo. Alguien gritó:

- ¿Dónde está?

Dak replicó:

- Aquí.

La misma voz insistió:

- ¿Éste? -como si no pudiera creer lo que veía.

- Sí, sí -repuso Dak-. Está maquillado. No os preocupéis, todo va bien. Ayudadme a colocarle en el prensa-uvas.

Una mano me agarró del brazo, remolcándome a lo largo de un estrecho pasillo, aún flotando, y me metió en un camarote. En uno de los extremos, y colocadas junto a la pared, había dos literas de las llamadas prensa-uvas; unos tanques de presión hidráulicos, en forma de bañera, usados en las grandes naves a reacción de alta aceleración. Nunca había visto uno, pero en la obra *Ataque a la Tierra* usamos unos modelos de guardarropía bastante convincentes.

En la pared, detrás de las literas, había un letrero:

AVISO

No se sometan a más de tres gravedades sin un traje antipresión.

Por orden de...

Giré lentamente en el aire sobre mí mismo antes de que pudiera acabar de leer el letrero, y alguien me empujó dentro de una de aquellas bañeras. Dak y el otro hombre me estaban atando a toda prisa los cinturones de seguridad cuando un altavoz colocado cerca de allí lanzó un bramido horrísono. El ruido continuó durante varios segundos, y luego se oyó una voz:

- ¡Atención! ¡Dos gravedades! ¡Tres gravedades! ¡Atención! ¡Dos gravedades! ¡Tres minutos!

Y el bramido volvió a empezar.

En medio de aquel estruendo pude oír como Dak preguntaba:

- ¿Tenéis el computador preparado? ¿La órbita de lanzamiento calculada?

- Desde luego.

- ¿Dónde está la inyección? -Dak dio media vuelta en el aire y se dirigió a mí-: Oiga, compañero, vamos a ponerle una hipodérmica. No es nada peligroso. Está compuesta de Antigrav y un estimulante... porque tendrá que estar despierto muchas horas para estudiar su papel. Al principio notará cierto ardor en las órbitas de los ojos, y es posible que sienta algo de picazón, pero no será nada grave.

- ¡Espere, Dak, yo...!

- No queda tiempo. Tengo que ir a encender los fuegos de esta caldera.

Giró en el aire y salió de la habitación antes de que yo pudiera terminar mi protesta. El otro hombre me levantó la manga del brazo izquierdo, colocó el aparato de aire comprimido contra la piel y antes de que yo pudiera pronunciar otra palabra, ya había recibido la inyección hipodérmica. El hombre salió de allí sin decir nada. El alarido del altavoz se interrumpió y una voz anunció:

- ¡Atención! ¡Dos gravedades! ¡Dos minutos!

Traté de mirar a mi alrededor, pero la droga empezaba a hacer sentir sus efectos. Los ojos me ardían y tenía la boca seca, y empecé a sentir un intolerable picor a lo largo de la columna vertebral; los cinturones de seguridad me impidieron aliviar aquella tortura, y quizá también evitaron que me rompiera un brazo por la súbita aceleración. El rugido volvió a apagarse, y esta vez oí la voz firme y llena de confianza de Dak:

- ¡Atención! ¡Ultimo aviso! ¡Dos gravedades! ¡Un minuto! ¡Dejen de jugar a las cartas y tírense de cabeza a las literas! ¡Vamos a encender!

El alarido del altavoz fue reemplazado esta vez por un disco del *Ad Astra*, de Arkezian, opus 61, en Do mayor. Se trataba de la discutida versión de la London Symphony, con su famoso ciclo de 14 notas que se metían en el tímpano. Maltrecho, confuso y seminarcotizado como me encontraba, ni siquiera aquello pareció causarme ningún efecto… no se puede mojar el mar.

En aquel momento entró una sirena por la puerta. No tenía cola escamosa, desde luego, pero se parecía mucho a mis sueños de una sirena. Cuando mis ojos consiguieron enfocar su figura, pude ver que se trataba de una joven muy bien parecida y de formas exquisitamente femeninas, vestida con una blusa ajustada y pantalones cortos, nadando en el aire con una soltura que indicaba que la caída libre en el espacio no era ninguna novedad para ella. Me lanzó una mirada seria, sin dignarse sonreír, se colocó en el otro prensa-uvas y se agarró al pasamanos colocado al lado de aquella especie de bañera… Ni siquiera se molestó en sujetarse los cinturones de seguridad. La música atacó el estruendoso final y sentí que mi peso aumentaba de un modo desmesurado.

Dos gravedades no son difíciles de soportar, especialmente cuando uno se encuentra en un lecho líquido. La membrana plástica colocada en la parte interior del prensa-uvas se elevó alrededor de mi cuerpo, soportando mi peso con firmeza; simplemente me sentí muy pesado y con cierta dificultad para respirar. A veces se oyen historias sobre pilotos que arrancan a una aceleración de diez gravedades, quedando destrozados a los pocos minutos, y no dudo que eso sea posible; pero dos gravedades en el prensa-uvas no causan otro efecto que cierta sensación de languidez y el deseo de permanecer inmóvil.

Pasó algún tiempo antes de darme cuenta de que la voz del comunicador interior se dirigía a mí.

- ¡Lorenzo! ¿Cómo se encuentra, compañero?

- Muy bien -contesté; pero el esfuerzo me quitó el aliento-. ¿Cuánto tiempo tendremos que soportar esta aceleración?

- Cosa de dos días.

Debí de lanzar un gemido, porque Dak rió alegremente.

- No se queje, amigo. Mi primer viaje a Marte duró treinta y siete semanas, todas ellas en caída libre en una órbita elíptica. Usted va en un crucero de lujo: sólo dos gravedades durante dos días y una gravedad a la hora de dormir. Deberíamos cobrarle por el paseo.

Empecé a decirle lo que pensaba de sus bromas con unas cuantas frases escogidas, hasta que recordé que había una dama presente. Mi padre me enseñó que una mujer puede perdonar casi cualquier ofensa, incluso el asalto con violencia, pero se siente fácilmente insultada por las palabras groseras; la hermosa mitad de nuestra especie concede gran importancia al simbolismo, algo muy extraño, teniendo en cuenta su desarrollado sentido práctico. En todo caso, nunca permito que una palabra prohibida salga de mis labios, si es que puede ofender los oídos de una dama, desde la última vez que mi padre me golpeó en plena boca… Mi padre podía haberle enseñado un par de cosas al profesor Pavlov sobre los reflejos condicionados.

Dak volvía a hablar por el altavoz.

- ¡Penny! ¿Estás ahí, cariño?

- Sí, capitán -contestó la joven a mi lado.

- Bien, entonces ocúpate de que nuestro amigo empiece sus deberes escolares. Bajaré tan pronto haya colocado esta ratonera en sus raíles.

- Muy bien, capitán -Penny volvió la cabeza hacia mí y me dijo, con una voz suave de contralto-: El doctor Capek le pide que trate de tranquilizarse y que mire unas cuantas películas durante las próximas horas. Yo estaré aquí para contestar a sus preguntas cuando sea necesario.

- ¡Gracias a Dios! -suspiré-. ¡Por fin encuentro a alguien dispuesto

a contestar a mis preguntas!

Ella no replicó, pero alzó un brazo con visible esfuerzo y pasó la mano por un contacto colocado a su lado. Se apagaron las luces del camarote y se formó ante mis ojos una estereoimagen en tres dimensiones y con sonido. Reconocí al personaje inmediatamente, del mismo modo que uno cualquiera de los miles de millones de ciudadanos del Imperio lo habría reconocido en el acto… y por fin comprendí hasta qué punto Dak Broadbent me había hecho caer en la trampa.

El personaje era Bonforte.

El gran Bonforte. Me refiero al Honorable John Joseph Bonforte, ex Ministro Supremo, jefe del partido de la oposición y Presidente de la Coalición Expansionista, el hombre más querido (y también más odiado) de todo el Sistema Solar.

Mi maravillada mente dio un salto y llegó en un instante de penetración a lo que parecía una certidumbre lógica. Bonforte había escapado por lo menos a tres intentos de asesinato… eso era lo que habían dicho los periódicos. En dos de esas ocasiones se había librado de milagro. Supongamos que no existió tal milagro… Supongamos que los intentos habían tenido éxito, pero que el querido tío Joe Bonforte se encontraba en alguna otra parte en aquellos momentos…

De esa forma se puede utilizar a un buen número de actores.

3

Debo decir que nunca me había mezclado en asuntos políticos. Mi padre me previno siempre contra ello:

- Mantente apartado de eso, Larry -solía decirme con aire solemne-. La publicidad que se consigue de ese modo es una mala publicidad, y además a la gente no le gusta.

No había votado una sola vez en toda mi vida… ni siquiera cuando la enmienda del 98 hizo posible que la población flotante -la cual incluye, por supuesto, a la mayoría de los miembros de mi profesión- pudiera ejercer el derecho de voto.

Por otra parte, caso de albergar alguna preferencia política, ésta no se orientaba precisamente hacia el viejo Bonforte. Le consideraba un hombre peligroso, quizá incluso un traidor a la raza humana. La idea de suplantarle y ser asesinado en su lugar me resultaba… ¿cómo podría decirlo?… sumamente desagradable.

Pero eso sí… ¡qué gran papel!

En cierta ocasión hice el papel protagonista de *L'Aiglon*, y también había representado a César en las dos únicas obras dignas de tal nombre. Pero la idea de representar semejante papel en vida… bien, es suficiente para hacerle a uno comprender por qué un hombre puede ir a la guillotina en lugar de otro, sólo para tener la oportunidad de representar, siquiera sea durante breves instantes, el definitivo y trascendente papel de la muerte, y hacer de ello una suprema obra de arte.

Me pregunté cuáles serían aquellos colegas que habían sido incapaces de resistir la tentación en las ocasiones precedentes. No cabía duda de que eran artistas… aunque su absoluto anonimato había constituido el único tributo al éxito de su caracterización. Intenté

recordar cuándo habían tenido lugar los anteriores intentos de asesinato de Bonforte, y cuáles de mis colegas con las suficientes aptitudes para representar ese papel habían desaparecido del mapa por la misma época. Mis esfuerzos fueron vanos. No sólo ignoraba los detalles de la historia política moderna, sino que, además, muchas veces los actores se desvanecen de la escena sin que se sepa por qué; es una profesión arriesgada, incluso para los mejores de nosotros.

Entretanto, seguía estudiando concienzudamente mi futura caracterización.

Comprendí que podía representar el papel. De hecho, podía hacerlo con un pie metido en un cubo de agua y con un incendio entre bastidores. Para empezar, no existían problemas en lo concerniente al aspecto físico; Bonforte y yo podíamos intercambiar nuestros trajes sin que se notara ni una sola arruga. Aquellos conspiradores de opereta que me habían arrastrado en su loca empresa habían concedido una gran importancia al parecido físico, cosa innecesaria, ya que eso no significa nada si no está apoyado en el arte; además, el parecido no es imprescindible si el actor es competente. No obstante, admito que constituye una ayuda, y su estratagema de utilizar el cerebro electrónico había conducido, por mero accidente, a la selección de un verdadero artista, con el aliciente adicional de que éste era gemelo del político, tanto en medidas corporales como en estructura ósea. Sus rasgos faciales eran casi idénticos a los míos. Incluso sus manos eran largas, estrechas y aristocráticas como las mías; y eso es importante porque las manos son mucho más difíciles de imitar que el rostro.

En cuanto a su leve cojera, al parecer resultado de uno de los ya mencionados intentos de asesinato, no presentaba dificultad alguna. Tras estudiarle durante unos minutos, me di cuenta de que podía levantarme de la cama (con la gravedad adecuada, desde luego) y caminar exactamente igual que él sin ningún esfuerzo. La manera que tenía de rascarse el pescuezo y de frotarse la barbilla, el casi imperceptible tic nervioso que precedía cada una de sus frases, tales cosas no suponían ningún problema; habían penetrado en mi subconsciente igual que el agua es absorbida por la arena.

Desde luego, Bonforte tenía unos quince o veinte años más que yo, pero siempre es más fácil representar el papel de un hombre más viejo que el de otro más joven. En cualquier caso, para un actor, la edad no es más que un asunto de atención interior; no tiene nada que ver con la progresiva degradación de los procesos físicos.

Estaba listo para representar el papel en el escenario, o pronunciar un discurso en su lugar, al cabo de veinte minutos. Pero aquel trabajo, tal como yo lo entendía, era algo más que una sencilla suplantación. Dak me había dicho que tendría que convencer a personas que le conocían bien, quizá en circunstancias íntimas. Eso es mucho más difícil. ¿Tomaría el café con azúcar o sin él? ¿Qué mano usaba para encender un cigarrillo, y con qué gesto? Recibí la respuesta a esa pregunta aun antes de acabar de formularla; la imagen que tenía ante mí encendió un cigarrillo con un gesto que me convenció de que había usado fósforos y uno de los anticuados encendedores antes de decidirse a seguir la marcha del mal llamado progreso.

Sin embargo, lo peor de todo es que un hombre no constituye una complejidad única; es un complejo distinto para cada una de las personas que le conocen. Eso quiere decir que, para tener éxito, la suplantación debe cambiar ante cada público, ante cada conocido de la persona a quien se está representando. Eso no sólo es difícil, sino matemáticamente imposible. Hay cientos de detalles en los que uno puede estrellarse.

¿Qué experiencias comunes tiene nuestro modelo con su conocido John Jones? ¿O con cien, o mil, John Jones? ¿Cómo es posible que un doble conozca todos estos detalles?

En sí misma, una representación, como cualquier obra de arte, no es más que un proceso de abstracción, que consiste en retener sólo los rasgos más significativos. Ahora bien, en una suplantación cualquier detalle puede ser significativo. A la larga, algo tan estúpido como el no cortar la lechuga con el cuchillo podría descubrir todo el enredo.

Luego se me ocurrió el sombrío pensamiento de que mi trabajo probablemente sólo necesitaba ser convincente el tiempo necesario para que algún traidor escondido fijara su mira en mi persona.

Todavía seguía estudiando al hombre a quien debía reemplazar (qué otra cosa podía hacer), cuando la puerta se abrió y oí como Dak exclamaba alegremente:

- ¿Hay alguien en casa?

Las luces se encendieron de nuevo, la figura tridimensional se desvaneció. y sentí como si me arrancasen de un sueño. Volví la cabeza; la joven llamada Penny se esforzaba en levantar la cabeza dentro del otro tanque hidráulico, mientras Dak permanecía apoyado

en el umbral.

Le miré y pregunté asombrado:

- ¿Cómo puede permanecer de pie?

Una parte de mi cerebro, mi parte profesional, que siempre trabaja con independencia de mis otros procesos mentales, estaba ya anotando la forma en que se sostenía y archivando sus notas en una carpeta nueva, rotulada:

Forma en que un hombre se mantiene en pie bajo dos gravedades.

Dak me sonrió.

- No tiene importancia. Llevo tirantes en los pantalones.

“Puede levantarse si quiere. Generalmente no aconsejamos a los pasajeros que se levanten del tanque de presión cuando aceleramos a más de una gravedad y media; siempre existe el riesgo de que algún idiota tropiece y se rompa una pierna. Pero una vez vi cómo un tipo forzudo salió del prensa-uvas y empezó a caminar bajo cinco gravedades… sin embargo, después de aquello nunca sirvió para gran cosa. Pero dos G no tienen importancia; es como llevar a otro hombre a la espalda -lanzó una mirada a la joven-. ¿Le ha contado todo, Penny?

- Aún no me ha preguntado nada.

- ¿Es posible? Lorenzo, creía que usted era el hombre que quería saber todas las respuestas.

Me encogí de hombros.

- No llego a ver qué importancia tiene eso ahora, ya que es evidente que no viviré lo bastante para disfrutar de mis conocimientos.

- ¿Eh? ¿Qué mosca le ha picado, amigo?

- Capitán Broadbent -dije amargamente-, debo moderar mis palabras por la necesidad de expresarme delante de una dama; por lo tanto, no puedo discutir con precisión acerca de sus antepasados, su moral y su posible fin. Pero sí le diré que supe que me había tendido

una trampa desde el momento en que conocí la identidad de la persona a quien debo reemplazar. Me contentaré con una única pregunta. Quisiera saber quién es la persona interesada en asesinar a Bonforte. Hasta los muñecos del tiro al blanco tienen derecho a saber quién es el que va a tirar contra ellos.

Por primera vez vi a Dak expresar sorpresa. Luego empezó a reír con tal entusiasmo, que la aceleración de la nave le pareció excesiva; se deslizó hasta el suelo y apoyó la espalda contra la pared, mientras seguía riendo.

- No puedo comprender qué hay de gracioso en este asunto -dije furioso.

Se contuvo y se secó los ojos.

- Larry, ¿de veras ha llegado a pensar que le he contratado para que sirva de blanco a los tiros de un asesino?

- Me parece evidente.

Luego le expliqué mis deducciones a la luz de los anteriores intentos de asesinato.

Tuvo la delicadeza de no echarse a reír de nuevo.

- Comprendo. Ha pensado que se trataba de un trabajo como el de aquellos siervos que probaban los alimentos destinados al rey de la Edad Media. Bien, trataré de hacerle cambiar de idea; supongo que su actuación se resentiría si pensara que estaba a punto de ser agujereado por unas cuantas balas. Mire, he trabajado para el Jefe durante seis años. Durante todo este tiempo, me consta que nunca ha usado doble… Sin embargo, estuve presente en dos de las ocasiones en que se intentó asesinarle; en una de esas veces yo mismo derribé al asesino. Penny, tú has trabajado con el Jefe más tiempo que yo. ¿Ha usado alguna vez un doble?

Ella me miró con frialdad.

- Nunca. La idea de que el Jefe pudiera permitir que alguien se expusiera a algún peligro en su lugar… ¡Caramba, debería abofetearle ahora mismo por pensar tal cosa!

- No te irrites, Penny -dijo Dak tranquilamente-. Ambos necesitáis

trabajar juntos. Además, sus deducciones no son tan descabelladas, por lo menos para un extraño. A propósito, Lorenzo, la señorita es Penelope Russell. Es la secretaria personal del Jefe, y por lo tanto, será ahora su instructor principal.

- Es un honor conocerla, mademoiselle.

- ¡Quisiera poder decir lo mismo!

- ¡Cuidado, Penny! -exclamó Dak-, o tendré que darte una azotaina… y bajo dos gravedades. Lorenzo, debo admitir que el personificar a John Joseph Bonforte no es tan seguro como estar sentado en una silla de inválido… es cierto, y los dos sabemos que se han hecho varios intentos para que las compañías de seguros tengan que pagar su póliza. Pero no tememos nada de eso en esta ocasión. En realidad, esta vez, y por razones que comprenderá más adelante, los muchachos que están contra nosotros no se atreverán a matar al Jefe… ni tampoco a usted cuando esté representando su papel. Su juego es un poco violento… como habrá podido ver, y no tendrían reparos en matarme a mí o incluso a Penny, si eso les reportase la más ligera ventaja. También le matarían a usted ahora mismo, si pudieran. Pero cuando se presente en público como Bonforte, puede sentirse tranquilo; las circunstancias son tales, que no podrán arriesgarse a matarle entonces.

Dak contempló mi rostro.

- ¿Bien?

Meneé la cabeza lentamente.

- No lo comprendo.

- Naturalmente, pero ya lo comprenderá. Es un asunto complicado, en el que desempeñan un importante papel las costumbres y hábitos de los marcianos. Puede confiar en mi palabra; lo sabrá todo antes de que lleguemos a nuestro destino.

Aún no me gustaba nada de todo aquello. Hasta entonces Dak no me había contado ninguna mentira, que yo supiera… pero podía ocultarme la verdad al no decirme todo lo que sabía, como ya había aprendido a mis propias expensas. Le dije:

- Mire, Dak, no tengo ningún motivo para confiar en usted o en

esta joven… si me perdona, señorita. Pero aunque no siento gran simpatía por el señor Bonforte, sé que tiene la reputación de ser una persona en extremo sincera, a veces hasta el punto de llegar a ser ofensiva. ¿Cuándo podré hablarle? ¿Tan pronto lleguemos a Marte?

La simpática y fea cara de Dak se ensombreció de repente con tristeza.

- Me temo que no será posible. ¿No se lo ha dicho, Penny?

- ¿Decirme el qué?

- La razón de que necesitemos un doble para el Jefe. Le han secuestrado.

La cabeza me dolía, quizá por el doble peso que ahora tenía, o posiblemente por la sucesión de sorpresas a las que me veía enfrentado.

- Ahora ya lo sabe -continuó Dak-. Ya sabe por qué Jock Dubois no quería confiarle este secreto hasta que saliésemos de la Tierra. Se trata de la noticia más importante desde el primer aterrizaje en la Luna, y nosotros la estamos manteniendo en secreto, haciendo todo lo que podemos y más aún para que no llegue nunca a oídos de la gente. Esperamos que usted nos ayude en nuestro propósito hasta que le encontremos y podamos rescatarle. De hecho, Lorenzo, ya ha empezado a reemplazarle. Esta nave no es en realidad el *Go For Broke*; es la nave particular y oficina móvil del Jefe: el *Tom Payne*. El *Go For Broke* está ahora en una órbita de espera alrededor de Marte, utilizando en todas las comunicaciones la señal de clave de esta nave; substitución sólo conocida por su capitán y por el oficial de comunicaciones. Mientras tanto, el *Tom Payne* se ha apretado el cinturón y ha volado a la Tierra, para regresar con un substituto del Jefe. ¿Empieza a comprenderlo ahora?

Debo admitir que no comprendía nada.

- Sí, sí; pero, vamos a ver, capitán: si los enemigos políticos de Bonforte le han secuestrado, ¿por qué quieren ustedes mantener ese ultraje en secreto? Yo, en su lugar, lo gritaría a los cuatro vientos.

- Nosotros también lo haríamos en la Tierra. Igual que en New Batavia, o en Venus. Pero aquí tratamos con Marte. ¿Conoce la leyenda de Kkkahgral el Joven?

- Pues… creo que no.

- Entonces debe aprenderla; le ayudará a comprender la mente de un marciano. A grandes rasgos, el joven Kkkah debía aparecer en un lugar y hora señalados de antemano, hace miles de años, para recibir un alto honor… algo parecido a ser nombrado caballero. Aunque él no tuvo la culpa (tal como nosotros lo juzgamos), no pudo presentarse a su debido tiempo. De acuerdo con las costumbres marcianas, no quedaba otro remedio que matarlo. Pero gracias a su juventud y a su historia impecable, ciertos reformistas que se encontraban presentes argumentaron que debían permitirle volver a empezar de nuevo. Sin embargo, Kkkahgral el Joven no quiso aceptar la gracia. Insistió en el derecho que tenía de actuar como fiscal acusador de su propia causa, ganó el juicio y fue ejecutado. Lo cual se ha convertido en la misma esencia de la etiqueta y el protocolo en Marte, por decirlo así.

- ¡Es absurdo!

- ¿Por qué? Nosotros no somos marcianos. Constituyen una especie antiquísima, la cual posee una escala de valores y obligaciones sociales que tiene prevista cualquier situación… Son las gentes más formalistas posible. Comparados con ellos, los antiguos japoneses, con sus *giri* y *gimu*, eran unos verdaderos anarquistas. Los marcianos no tienen en su vocabulario las palabras “bien” y “mal”; en su lugar dicen “corrección” e “incorrección”, con un significado elevado al cubo y cargado con explosivos de reacción. No obstante, todo esto se refiere a nuestros problemas, porque el Jefe estaba a punto de ser adoptado por el nido del mismísimo Kkkahgral el Joven. ¿Empieza a comprender?

Todavía no entendía nada. Para mi aquel Kkkah simbólico no era más que un personaje de melodrama. Broadbent continuó.

- Es una cosa fácil de comprender. El Jefe es quizá uno de los mayores investigadores en costumbres y psicología marcianas. Ha trabajado en este tema durante muchos años, y uno de sus mayores deseos era precisamente éste. Al mediodía del miércoles, en el Lacus Soli, se celebrará la ceremonia de la adopción oficial. Si el Jefe se encuentra presente y cumple con su parte del ceremonial, todo irá bien. Si no se presenta a la hora convenida… y no tiene la menor importancia el porqué no se encuentra allí… su nombre será arrastrado por el barro en todos los nidos de Marte, de polo a polo, y el mayor intento político de integración racial e interplanetaria que se haya intentado jamás no será otra cosa que un fracaso. Peor aún, ese

intento se volverá contra sus autores. Creo que lo menos que puede suceder es que Marte se retire de su débil asociación con el Imperio. Posiblemente habrá represalias y muchos seres humanos morirán, quizá todos los humanos en Marte. Entonces los extremistas del Partido de la Humanidad empezarán a clamar venganza y Marte será anexionado por la fuerza de las armas… pero no antes de que todos los marcianos hayan perecido en un inútil combate. Todo esto como resultado de que Bonforte no pueda presentarse a la ceremonia de su adopción… Los marcianos toman estas cosas muy en serio.

Dak salió de la habitación con la misma rapidez con que había llegado, y Penelope Russell volvió a hacer funcionar el proyector. Se me ocurrió que hubiera debido preguntarle qué podía impedir a nuestros enemigos matarme, si todo lo que se necesitaba para conseguir sus siniestros propósitos era impedir que Bonforte (en persona o representado por un doble) acudiera a aquella salvaje ceremonia marciana. Pero no se me había ocurrido preguntárselo… Quizá sentía un terror subconsciente a conocer la respuesta.

Unos minutos después me encontraba de nuevo estudiando a Bonforte, tratando de asimilar sus gestos y movimientos, interpretando sus emociones, vocalizando los tonos de su voz, mientras me sentía inmerso en mi mejor esfuerzo creador. Estaba “absorbiendo” al personaje a toda velocidad.

El pánico me arrancó de mi concentración cuando la imagen cambió y vi a Bonforte rodeado de marcianos que le tocaban con sus pseudomiembros. Estaba tan compenetrado con aquella imagen, que pude sentir como si me tocasen a mí… y el olor era insoportable. Lancé un grito de horror y levanté los brazos para protegerme.

- ¡Párelo! -grité.

Las luces se encendieron y la estereoimagen desapareció. La señorita Russell me miraba sorprendida.

- ¿Qué le pasa ahora?

Traté de recobrar el aliento y reprimir el temblor que me dominaba.

- Señorita Russell… lo siento mucho… por favor… no vuelva a proyectar esa escena. No puedo soportar a los marcianos.

Ella me contempló como si no creyera lo que estaba oyendo, con una mirada llena de desprecio.

- Ya les dije que este ridículo proyecto no podía tener éxito - pronunció lentamente, en tono irónico.

- Lo siento muchísimo. No puedo remediarlo.

No me contestó, pero se levantó con esfuerzo del prensa-uvas. No podía caminar tan fácilmente bajo dos gravedades como lo había hecho Dak, pero era evidente que estaba acostumbrada a ello. Salió del camarote sin pronunciar una palabra, cerrando la puerta tras de sí.

La muchacha no regresó. En su lugar la puerta fue abierta por un hombre que parecía vivir dentro de unas gigantescas andaderas.

- ¡Hola, muchacho! -saludó con voz profunda y agradable.

Debía de tener unos sesenta años, y era grueso y de maneras suaves. No necesité ver sus credenciales para comprender que estaba acostumbrado a tratar con enfermos.

- ¿Cómo está usted, señor? -respondí a su saludo.

- Bastante bien. Pero me sentiría mejor a más baja aceleración - lanzó una mirada al curioso aparato sobre el que descansaba todo su cuerpo en sentido vertical-. ¿Qué le parece este armazón de ruedas? Quizá resulta un tanto ridículo, pero alivia enormemente a mi cansado corazón. A propósito, debo presentarme. Soy el doctor Capek, médico personal de Bonforte. Ya sé quién es usted. Ahora, ¿quiere tener la bondad de explicarme ese problema entre usted y los marcianos?

Traté de hacerlo en forma clara y sin permitir que mis emociones se mezclaran en ello.

El doctor Capek asintió.

- El capitán Broadbent debió haberme avisado -dijo-. Habríamos cambiado el orden de su programa de instrucción. El capitán es un joven muy competente a su manera, pero a veces sus músculos corren más que su cerebro. Tiene una personalidad tan perfectamente extravertida que a veces me asusta. Sin embargo, nada se ha perdido. Señor Smythe, necesito su permiso para proceder a hipnotizarle. Le doy mi palabra de médico que usaré la hipnosis únicamente para

ayudarle en esta cuestión, y que de ningún modo lo haré para interferir en su integración personal psíquica.

Sacó del bolsillo un anticuado reloj de bolsillo de esos que constituyen el emblema de su profesión y empezó a tomarme el pulso.

- No tengo inconveniente en darle ese permiso, doctor -contesté-; pero me temo que no le servirá de nada. No podrá dormirme.

Yo había aprendido las técnicas hipnóticas durante la época en que realizaba mi acto mentalista, pero mis maestros nunca pudieron hipnotizarme. Un poquito de hipnotismo resulta muy útil a veces para convencer al público, especialmente si la policía local no es demasiado exigente en hacer cumplir las leyes con que nos han constreñido las asociaciones médicas.

- ¿De veras? Bien, entonces no nos quedará otro remedio que hacer todo lo posible para amortiguar esa repulsión hacia los marcianos. Vamos a ver, trate de ponerse cómodo, relaje los músculos y hablaremos un poco sobre su problema.

Mantenía el reloj en la mano, retorciendo la cadena de plata y haciendo que el reloj girase rápidamente, primero en un sentido, luego en el otro. Estuve a punto de decirle que me molestaba, ya que la luz de la lámpara colocada a mi cabecera se reflejaba en el reloj, que ahora centelleaba, pero pensé que probablemente se trataba de una costumbre del doctor de la que quizá no era consciente y que, en realidad, era una cuestión poco importante para tener que llamar la atención de un desconocido.

- Me siento tranquilo -le aseguré-. Pregúnteme lo que quiera. O si lo prefiere, yo le explicaré lo que siento.

- No se preocupe. Flote tranquilamente en ese tanque hidráulico -dijo en voz baja-. Dos gravedades le hacen a uno sentirse pesado, ¿no es cierto? Hacen que la sangre descienda del cerebro, producen somnolencia. Han vuelto a acelerar de nuevo. Todos tendremos que dormir… Nos sentiremos cansados… Tendremos que dormir…

Quise decirle que sería mejor que se guardase aquel reloj o, de lo contrario, se le caería de la mano, pero en vez de decirle nada me quedé dormido.

Cuando me desperté, la otra litera estaba ocupada por el doctor

Capek.

- Hola, amigo -me saludó-. Me cansé de seguir metido en aquel juguete y decidí tenderme aquí a descansar un poco.

- ¡Ah!, ¿volvemos a estar bajo dos gravedades?

- Desde luego. La aceleración es igual a dos gravedades.

- Lamento haber perdido el conocimiento. ¿Cuánto tiempo he estado dormido?

- ¡Oh, no mucho! ¿Se siente bien?

- Muy bien. En realidad, fresco y descansado como nunca.

- A menudo produce ese efecto. Me refiero a la alta aceleración, desde luego. ¿Le gustaría ver otras películas?

- Por supuesto, doctor, si usted lo desea.

- Bien.

Estiró el brazo y el camarote volvió a quedar a obscuras. Me sentí fortalecido ante la idea de que fuera a mostrarme más imágenes de los marcianos; decidí que esta vez no iba a dejarme arrastrar por el pánico. Después de todo, en muchas ocasiones me había visto obligado a figurarme que no estaban cerca de mí. No tenían por qué causarme ningún efecto en película; si antes lo habían hecho era porque me cogieron desprevenido.

No tardaron en llegar las estereoimágenes de los marcianos, tanto con Bonforte como solos. Descubrí que me era posible estudiarlos sin sentir ninguna emoción, terror o disgusto.

¡De repente comprendí que me gustaba verlos!

Lancé una exclamación incoherente y Capek detuvo el proyector.

- ¿Le sucede algo? -preguntó.

- Doctor… ¡usted me ha hipnotizado!

- Me dijo que podía hacerlo.

- Pero si no es posible… nadie puede hipnotizarme.

- Lamento enterarme de eso… ahora.

- ¡Ah! De modo que lo consiguió. No soy tan estúpido como para no comprenderlo -luego continué-: Vamos a proyectar esas películas de nuevo. Casi no puedo creerlo.

El doctor hizo funcionar el proyector y yo contemplé las imágenes en tres dimensiones, maravillado. Los marcianos no eran desagradables, si uno los miraba sin prejuicios; ni siquiera resultaban feos. En realidad, poseían la misma gracia exótica de una pagoda china. Es cierto que no tenían forma humana, pero tampoco la tiene un ave del paraíso… y las aves del paraíso son los seres más hermosos del Universo.

Empecé a comprender también que sus pseudomiembros podían resultar muy expresivos; sus torpes movimientos guardaban cierto parecido con los amistosos retozos de los perritos. Me di cuenta de que durante toda mi vida había visto a los marcianos a través de los negros cristales del odio y el miedo.

Sin embargo, pensé que me costaría tiempo acostumbrarme a su horrible olor, pero… luego me di cuenta de que estaba oliendo el inconfundible aroma… y que no me molestaba en absoluto. Hasta me resultaba agradable.



Ilustración 3: Los marcianos huelen muy bien

- ¡Doctor! -exclamé-. Esta máquina tiene el equipo sensorial olfativo, ¿no es verdad?

- ¿Cómo? No lo creo. Demasiado peso muerto para una nave de recreo.

- Sin embargo, debe de tenerlo. Puedo olerlos sin error posible.

- ¡Ah, claro! -el doctor pareció ligeramente avergonzado-. Amigo, le hice algo que espero no le parecerá mal.

- ¿A qué se refiere?

- Mientras estaba analizando su mente, encontré que la causa principal de su repulsión neurótica ante los marcianos era provocada por sus emanaciones físicas. No tenía tiempo para hacer un trabajo de eliminación profundo, de modo que tuve que neutralizar esa sensación. Le pedí a Penny… esa joven que estaba aquí antes… que me prestase un poco del perfume que ella usa. Me temo que de ahora en adelante, amigo, el olor de los marcianos le va a parecer igual que un perfume parisiense. Con más tiempo habría usado otro olor agradable, pero más familiar, como el de fresas maduras o el de miel. Sin embargo, me vi obligado a improvisar con lo que tenía a mano.

Aspiré el aire. Sí, se sentía el olor de un fuerte y caro perfume, y sin embargo, era la inconfundible emanación de un marciano.

- Pues me gusta.

- No puede evitar que le guste -dijo el médico.

- Debe de haber gastado una botella entera. Todo este lugar está lleno de perfume.

- ¿Cómo? Nada de eso. No hice más que pasar el tapón por debajo de su nariz hace una media hora y luego devolví la botella a Penny, quien se la volvió a llevar -Capek aspiró el aire-. El perfume ya ha desaparecido. “Embrujo de Selva”, ponía en la botella. Parecía contener mucho almizcle. Acusé a Penny de tratar de seducir a toda la tripulación con semejante perfume, pero ella se rió de mí -el doctor

alzó el brazo y desconectó el estereocine-. Ya hemos visto bastantes películas. Ahora quisiera que empezara a trabajar en algo más útil.

Cuando las imágenes en tres dimensiones se desvanecieron, la fragancia del perfume desapareció con ellas, exactamente igual que en los cines equipados con equipo sensorial olfativo. Tuve que admitir que todo aquello sólo estaba en mi mente. Pero, como actor profesional, ya sabía que la imaginación desempeñaba un importante papel en todas las sensaciones.

Cuando Penny volvió a entrar en la cabina al cabo de unos minutos, trajo consigo una fragancia exactamente igual a la de un marciano.

Me pareció un perfume adorable.

4

Mi entrenamiento en aquella habitación (se trataba del dormitorio de los invitados de Bonforte) prosiguió hasta la hora del cambio de turnos. Pese a que no había dormido nada, excepto bajo hipnosis, no sentía ningún cansancio. El doctor Capek y Penny se habían relevado a mi lado a lo largo de aquellas horas, y me habían sido de gran ayuda. Por suerte para mí, el hombre a quien debía suplantar había sido fotografiado y filmado como quizá ningún otro hombre en la historia, y además disponía de la absoluta cooperación de sus más allegados colaboradores. Tenía a mi alcance una gran cantidad de material; el problema radicaba en cuánto podía asimilar, ya fuese a nivel consciente o bajo hipnosis.

No sé en qué momento exactamente dejé de sentir desagrado hacia Bonforte. Capek me aseguró, y yo le creí, que no había realizado sugestión hipnótica alguna acerca de este punto; yo no lo había solicitado y me consta que Capek era muy meticuloso respecto a las responsabilidades éticas de un médico y un hipnoterapeuta. Supuse que se trataba de una consecuencia lógica de mi trabajo; estoy seguro de que el mismo Jack el Destripador llegaría a caerme bien si tuviese que representar su papel. Hay algo que es innegable: para representar fielmente un papel, el actor debe asumir la personalidad del personaje que representa. Y un hombre debe sentirse satisfecho de su persona o suicidarse. No hay alternativa.

Comprenderlo todo es perdonarlo todo . Yo estaba empezando a comprender a Bonforte.

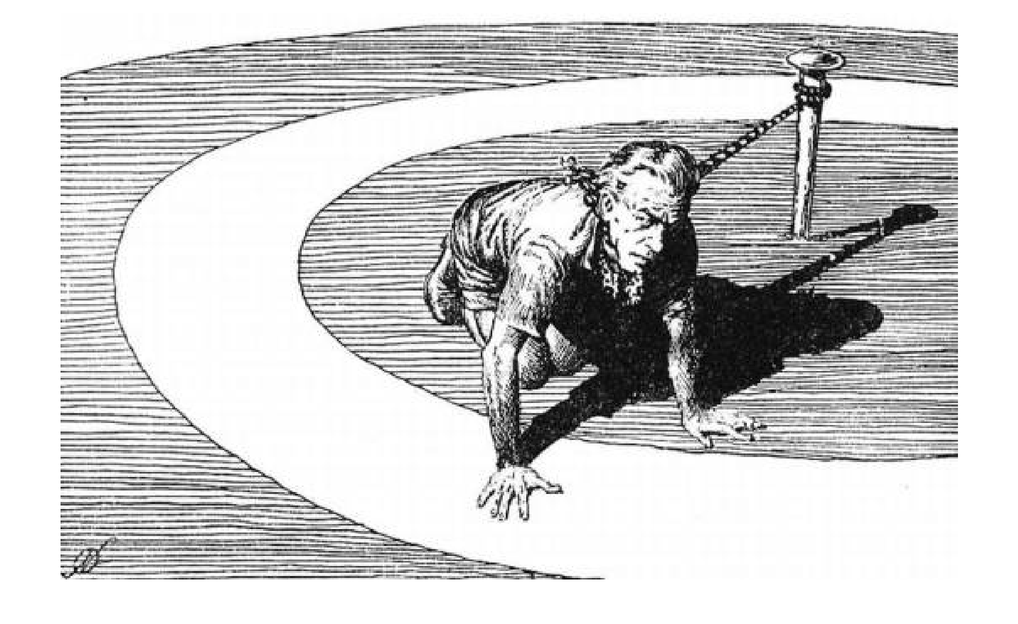


Ilustración 4: Atrapado por el rol

A la hora del descanso, la aceleración descendió hasta una gravedad, tal como había prometido Dak. Ni por un instante estuvimos en caída libre; en vez de contar los chorros de propulsión, cosa que siempre repugna a los pilotos mientras la nave está en el espacio, Dak hizo describir a su nave lo que llamaba un giro de 180 grados. De esa forma se mantiene a la nave bajo aceleración durante todo el viaje, y la maniobra se efectúa con rapidez; no obstante, produce un extraño efecto en el sentido del equilibrio. Ese efecto tiene un nombre parecido a Coriolanus. ¿O será Coriolis?

Todo lo que sé sobre las naves interplanetarias es que las que parten de la superficie de un planeta son verdaderos cohetes, aunque los pilotos las llaman "cafeteras" debido al chorro de vapor de agua o de hidrógeno que les sirve de propulsión. No se las considera verdaderas naves de energía atómica, aunque sus chorros son vaporizados y recalentados en una pila atómica. Las naves de alto bordo como el *Tom Payne* ¿son (así me lo dicen) verdaderas atomonaves, que utilizan la energía obtenida de E igual a MC2? ¿O quizá sea M igual a EC2? Ya saben, esa cosa que Einstein inventó.

Dak hizo cuanto pudo para explicarme todo eso con detalle, y no hay duda de que debe de resultar muy interesante para los que se

preocupan por estas cosas. Pero no se me ocurre para qué debe molestarse un caballero en conocer esos detalles. Creo que cada vez que los chicos de la ciencia empiezan a manosear sus reglas de cálculo la vida se vuelve más complicada todavía. ¿Qué hay de malo en dejar las cosas como están?

Durante las dos horas en que permanecimos bajo aceleración de una gravedad, me trasladaron al camarote de Bonforte. Empecé a usar sus trajes y su rostro, y todos tuvieron mucho cuidado en llamarme "Señor Bonforte", "Jefe" o, en el caso del doctor Capek, simplemente "Joseph", con la idea, desde luego, de ayudarme a compenetrarme con el papel.

Todos menos Penny… Sencillamente, no quiso llamarme "Señor Bonforte". Hacía cuanto era necesario para ayudar, pero no podía decidirse a llamarme como a su jefe. Resultaba tan claro como el agua que Penny era una secretaria que adoraba a su jefe en silencio y sin esperanza, y por lo tanto me odiaba a mí con un resentimiento natural y profundo, aunque ilógico. Eso nos colocaba a los dos en una situación violenta, especialmente porque yo me sentía atraído hacia la muchacha. No hay hombre que pueda realizar un buen trabajo con una mujer a su lado que le desprecia. Pero yo no podía odiarla, sólo sentía pena ante su dolor… a pesar de que a veces me irritaba profundamente.

Había empezado a representar mi papel, porque no todos los que se encontraban en el *Tom Payne* sabían que yo no era Bonforte. Nunca llegué a saber exactamente el número de personas enteradas de la substitución, pero sólo se me permitió mostrar mi verdadera personalidad y hacer preguntas cuando me hallaba a solas con Dak, Penny o el doctor Capek. Estaba convencido de que el jefe de las oficinas de Bonforte estaba en el secreto, pero nunca se refirió a ello; era un mulato ya entrado en años, llamado Jimmy Washington, que tenía un aspecto distinguido y el rostro de un santo. Había otros dos que lo sabían, pero no se encontraban en el *Tom Payne*; estaban en el *Go For Broke*, manteniendo la ficción de la presencia del Jefe, mientras celebraban entrevistas con la prensa en su nombre y atendían los asuntos de su despacho. Eran Bill Corpsman, secretario de prensa, y Roger Clifton. No sé cómo describir las funciones de Clifton ¿Representante político? Había sido Ministro sin cartera cuando Bonforte fue Ministro Supremo, pero eso no quiere decir nada. Podemos decir que Bonforte era el idealista y teórico de su partido, mientras que Clifton dirigía la maquinaria política.

Era inevitable que ese pequeño grupo conociese el secreto; si había otros que estaban enterados no se creyó necesario el decírmelo a mí. Desde luego, los otros miembros del secretariado de Bonforte, así como la tripulación del *Tom Payne*, se daban cuenta de que ocurría algo extraño, aunque sin saber en realidad lo que era. Muchos de ellos me habían visto entrar en la nave… pero como Benny Grey. Cuando volvieron a verme ya era Bonforte.

Alguien había tenido la previsión de obtener un equipo de maquillaje digno de un profesional como yo, pero casi no lo usé. A corta distancia el maquillaje siempre resulta visible; ni siquiera el Silicocarne llega a dar la exacta apariencia de la piel. Me contenté con obscurecer mi color natural un par de tonos con Semiperm y con imitar el rostro de Bonforte desde dentro, en su expresión. Fue necesario sacrificar muchos de mis cabellos, y el doctor Capek en persona inhibió las raíces. No me importaba demasiado; un actor siempre puede llevar peluca, y ahora ya me sentía seguro de que este trabajo me rendiría lo suficiente para poder retirarme de mi profesión si lo deseaba.

Por otro lado, me sentía inquieto al pensar que quizá mi vida no llegaría a ser tan larga como para permitirme disfrutar de ese retiro. Ya conocen ese antiguo clisé sobre el hombre que sabía demasiado, y el otro respecto a los hombres muertos y a su capacidad para contar historias. Pero en realidad yo empezaba ya a confiar en aquellos hombres. Todos eran gente decente, lo cual reflejaba el carácter de Bonforte tanto o más que lo que había podido ver en sus discursos. Un personaje político no es una sola persona, sino un ser compuesto; un equipo trabajando al unísono. Si Bonforte no hubiese sido una persona honrada y decente no habría reunido semejantes colaboradores a su alrededor.

Lo que me causó mayores dificultades fue el lenguaje marciano. Como la mayor parte de los actores, conocía suficiente marciano, venusiano y el idioma de los Mundos Exteriores para poder salir del paso frente a las cámaras de televisión o en el escenario. Sin embargo, esas consonantes alargadas e inflexivas resultan en extremo difíciles para cualquiera que no sea un nativo. Las cuerdas vocales humanas no son tan versátiles como una membrana marciana y además creo que la representación fonética de estos sonidos traducidos a nuestro alfabeto, como por ejemplo *kkk*, *jjj* o *rrr*, se parecen tanto al verdadero sonido de la pronunciación marciana como la *g* en *gnu* se asemeja al chasquido aspirado con que un bantú pronuncia la palabra *gnu*. *Jjj*, por ejemplo, se parece mucho al silbido de una bala.

Por fortuna Bonforte no poseía gran talento para los idiomas mientras que yo soy un profesional; mis oídos tienen sensibilidad extremada para los tonos y puedo imitar cualquier sonido desde el de una sierra de cinta a gran velocidad que tropieza con un clavo en el tronco que está cortando, hasta una gallina clueca que es ahuyentada de su nido. Sólo me fue necesario aprender el marciano de la forma desastrosa en que lo hablaba Bonforte. Éste había trabajado mucho para compensar su falta de talento para los idiomas, y todas las palabras y frases en marciano que conocía estaban grabadas en película sonora de modo que pudiera estudiar y corregir sus errores.

De modo que ahora yo pude estudiar su pronunciación y sus modismos marcianos, después que trasladamos el proyector a su oficina, mientras Penny no se separó de mi lado para preparar los rollos de película y poder contestar a mis preguntas.

Los lenguajes humanos pueden clasificarse en cuatro grandes grupos: inflexivos, como el angloamericano; posicional, como el chino; aglutinante, como en el turco antiguo; polisintético (palabras-frases), como en esquimal; a los cuales añadimos ahora estructuras y formas de lenguajes foráneos tan extraños y casi imposibles para el cerebro humano como el venusiano emergente, cuyas sílabas no se repiten en toda la frase. Por fortuna el marciano es muy parecido a las formas de lenguaje humanas. El marciano básico usado para el intercambio comercial en todos los planetas es un lenguaje posicional y sólo comprende frases concretas y sencillas, como la frase inicial de casi todas las conversaciones “Te saludo”. En cambio, el marciano literario es polisintético y muy estilizado, disponiendo de una expresión para cada posible situación de su complejo sistema de recompensas y castigos, obligaciones y compromisos. Aquello era demasiado para Bonforte; Penny me dijo que podía leer esos grupos de puntos que usan como escritura, pero que de la forma hablada del marciano literario sólo conocía unos pocos cientos de palabras.

¡Amigo, cómo estudié aquellos centenares que Bonforte conocía!

La tensión a que se veía sometida Penny era aún mayor que la mía. Tanto ella como Dak hablaban algo de marciano, pero la tarea de enseñarme los modismos de Bonforte recayó casi completamente en ella, ya que Dak tenía que pasar casi todo su tiempo en la cabina de control de la nave. La muerte de Jock le había privado de su copiloto. Reducimos la aceleración de dos a una gravedad durante los últimos millones de millas de nuestro viaje, en cuyo espacio de tiempo Dak no

abandonó el mando de la nave. Yo dediqué ese tiempo a aprender de memoria los movimientos y frases de rigor necesarios para la ceremonia de adopción, con la ayuda de Penny.

Pronuncié por tercera vez el discurso en el cual aceptaba el honor de pertenecer al nido de Kkkah; un discurso parecido en su espíritu al que pronuncian los muchachos judíos ortodoxos al llegar a la mayoría de edad, pero tan fijo e invariable como el monólogo de *Hamlet*. Acabé de leerlo, incluyendo las faltas de pronunciación de Bonforte y su tic facial, y al terminar pregunté:

- ¿Qué tal estuve?

- Me pareció excelente -respondió ella con seriedad.

- Gracias, *Rizos*.

Era una frase que había aprendido en las grabaciones que se conservaban de las reuniones íntimas celebradas con los ayudantes de Bonforte; era el nombre con que éste la llamaba cuando se sentía de buen humor… y estaba perfectamente en carácter con mi papel.

- ¡Cómo se atreve a llamarme eso!

La miré con sincera sorpresa y contesté, aún en el papel de Bonforte:

- ¡Pero, Penny, hija mía!

- ¡Ni eso tampoco!… ¡Falso!… ¡Actor!

Saltó de la silla y corrió hasta el otro extremo de la habitación y se quedó allí con la cabeza entre sus manos, de espaldas a mí, con los hombros temblorosos por los sollozos que la agitaban.

Hice un esfuerzo sobrehumano y dejé caer la capa de mi caracterización; me enderecé y dejé que mi rostro asomase a la superficie, exclamando con mi propia voz:

- ¡Señorita Russell!

Ella dejó de llorar, dio media vuelta y me miró y se quedó con la boca abierta. Añadí, aún en mi propia personalidad:

- ¡Vuelva aquí y siéntese!

Por un momento creí que iba a rehusar, pero luego pareció pensarlo mejor, regresó lentamente y se sentó con las manos en el regazo pero con la expresión de una niña desafiante.

Hice una pausa durante unos momentos y luego dije en voz baja y tranquila:

- Sí, señorita Russell, soy un actor. ¿Es una razón para insultarme?

Ella no contestó y siguió con su expresión obstinada.

- Como actor, estoy aquí para realizar un trabajo. Usted ya sabe por qué. También sabe que me engañaron para que aceptase… no es un empleo que hubiese tomado con los ojos abiertos, aun en mis momentos más difíciles. Odio el tener que hacerlo mucho más que usted pueda odiar el verme representar este papel; porque a pesar de las seguridades que me da el capitán Broadbent, no estoy del todo seguro de salir de esto con la piel intacta; y yo me siento muy apegado a ella; es la única que tengo. Creo conocer por qué encuentra difícil aceptarme de buen grado. Pero ¿cree que ello es una razón lógica para que usted haga mi trabajo más difícil de lo necesario?

Ella murmuró algo incoherente. Exclamé secamente:

- ¡Conteste!

- ¡Es algo vergonzoso! ¡No es decente!

Suspiré.

- Desde luego. Mucho más que eso, es imposible… sin la entera ayuda y comprensión de los otros miembros del repertorio. De modo que llamemos al capitán Broadbent y se lo diremos. Acabemos con esa farsa.

Ella levantó la cabeza y replicó:

- ¡Oh, no! No podemos hacerlo.

- ¿Por qué no? Será mucho mejor que abandonemos la empresa ahora en vez de continuar hasta el fracaso. No puedo actuar en estas condiciones. Seamos sinceros para admitir la verdad.

- Pero… pero… ¡tenemos que hacerlo! Es necesario.

- ¿Por qué es necesario, señorita Russell? ¿Por razones políticas? Yo no tengo el menor interés en la política… y dudo que a usted le interese mucho. Por lo tanto, ¿por qué tenemos que hacer ese tremendo esfuerzo?

- Porque… porque él…

Se interrumpió, sin poder continuar, la voz ahogada por los sollozos.

Me levanté, y acercándome a ella, le puse la mano en el hombro.

- Lo comprendo. Porque si nosotros no lo hacemos, se derrumbará todo el trabajo en que él ha invertido años. Porque él no puede hacerlo y sus amigos tratan de continuar su obra. Porque sus amigos le son leales. Porque usted le es leal. Sin embargo, le hiere ver a otra persona en el lugar que le pertenece a él por derecho propio. Además, se halla atormentada por la pena y la preocupación. ¿No es cierto?

- Sí.

Casi no pude oír su respuesta.

Cogí su barbilla y levanté su rostro bañado en lágrimas.

- Sé por qué le cuesta tanto el aceptar que yo ocupe su puesto. Usted le ama. Pero debe comprender que trato con todas mis fuerzas de ayudarle del único modo que me es posible. ¡Vamos, mujer! ¿Por qué tiene que hacer mi trabajo seis veces más difícil tratándome como basura?

Ella pareció ofendida. Por un instante pensé que iba a abofetearme. Luego contestó con voz entrecortada:

- Lo siento. Lo siento muchísimo. No volverá a suceder.

Dejé de sostener su barbilla y dije con animación:

- Entonces, volvamos al trabajo.

Ella no se movió.

- ¿Podrá perdonarme?

- ¿Eh? No hay nada que perdonar, Penny. Sus nervios la dominaron porque le quiere y se siente preocupada por él. Sigamos con el trabajo. Necesito representar mi papel en la ceremonia a la perfección… sólo faltan unas horas.

De nuevo volví a adoptar mi falsa personalidad.

Ella cogió un rollo de microfilm y volvió a poner en marcha el proyector. Estudié la película una vez y luego repetí el discurso de aceptación con la estereoimagen delante de mí, pero con el sonido desconectado, acoplando mi voz… quiero decir, su voz… a los movimientos de la figura en tres dimensiones. Ella me contempló, mirando alternativamente a la imagen y a mí con una expresión de asombro en su rostro.

Cuando terminamos, yo mismo cerré el proyector.

- ¿Qué le ha parecido?

- ¡Perfecto!

Sonreí.

- Gracias, *Rizos*.

- No tiene importancia, señor Bonforte.

Dos horas más tarde llegamos al punto de reunión con el *Go For Broke*.

Dak trajo a Roger Clifton y a Bill Corpsman a mi cabina tan pronto como pudieron pasar a nuestra nave desde el *Go For Broke*. Los conocía por las fotografías que había visto. Me levante y dije:

- Hola Rog. Encantado de verle, Bill.

Mis palabras eran amistosas pero casuales, en la esfera en que esas gentes se movían en un rápido viaje de ida y vuelta a la Tierra no era más que unos cuantos días de separación. Nada importante. Cojeé al adelantarme y extendí la mano. La nave estaba en aquellos momentos en baja aceleración mientras se adaptaba a la nueva órbita

en la que se mantuvo hasta entonces el *Go For Broke*.

Clifton me lanzó una rápida mirada y luego asumió en el acto su papel. Se quitó el cigarro de la boca, y estrechó mi mano y dijo tranquilamente:

- Mucho gusto en verle de nuevo, Jefe.

Era un hombre pequeño, de mediana edad, que parecía tener el aspecto de un abogado y al mismo tiempo la inescrutable expresión de un buen jugador de póker.

- ¿Ha sucedido algo de particular mientras estuve fuera?

- No. Sólo asuntos de rutina. Ya he dado la correspondencia a Penny.

- Bien.

Me volví hacia Bill Corpsman y de nuevo le ofrecí mi mano.

No la aceptó. En vez de ello se puso las manos en la cintura, me miró con descaro y silbó.

- ¡Sorprendente! Empiezo a creer que tenemos una posibilidad de éxito, después de todo -me miró de arriba abajo y luego dijo-: Dése la vuelta, Smythe. Muévase. Quiero ver cómo camina.

Sentí la misma irritación que habría sentido Bonforte ante tan grosera impertinencia y el disgusto se reflejó en mi rostro. Dak tocó a Corpsman en el brazo y dijo con rapidez:

- Déjalo, Bill. ¿No recuerdas lo convenido?

- ¡Tonterías! -replicó Corpsman-. Esta cabina es a prueba de sonidos. Sólo quiero estar seguro de que puede representar su papel. Smythe, ¿qué tal va su marciano? ¿Puede hablarlo?

Le contesté con una sola y restallante polisílaba en marciano literario que puede traducirse por: "¡La etiqueta exige que uno de nosotros salga de aquí!", aunque su significado es mucho más extenso, ya que en realidad es un desafío que generalmente termina con la notificación al nido de uno de los contendientes de su muerte repentina.

No creo que Corpsman me comprendiese, porque sonrió y replicó:

- Tengo que admitir, Smythe, que es usted muy bueno.

Pero Dak me entendió. Cogió a Corpsman por el brazo y repitió:

- Bill, te he dicho que lo dejes. Estás en mi nave y es una orden. De ahora en adelante todos debemos representar nuestro papel… continuamente.

Clifton añadió:

- Trátalo con cortesía, Bill. Ya sabes que convinimos que era la única manera de hacerlo. De otro modo, alguien puede cometer un error imprevisto.

Corpsman le miró y luego se encogió de hombros.

- Bien, bien. No hacía más que comprobar sus condiciones… Después de todo, la idea fue mía -me lanzó una mirada atravesada y dijo-: ¿Cómo está, señor Bonforte? Encantado de volverle a ver.

Recargó un poco de énfasis en el “señor”, pero le contesté:

- Estoy satisfecho de encontrarme aquí de nuevo, Bill. ¿Algo especial que deba saber antes de que descendamos?

- Creo que no. Tenemos una conferencia de prensa en Goddard City después de las ceremonias.

Pude ver que me observaba para comprobar mi reacción ante aquella noticia inesperada.

Asentí tranquilamente.

- De acuerdo.

Dak dijo con rapidez:

- Oiga, Roger, ¿qué hay de eso? ¿Es algo necesario? ¿Ha autorizado usted esa entrevista con los periodistas?

- Iba a añadir -continuó Corpsman, dirigiéndose a Clifton-, antes

de que el capitán se molestase, que yo puedo hacerme cargo de eso y decirle a los muchachos que el Jefe sufre laringitis debido a la ceremonia… o bien podemos limitar la entrevista a preguntas escritas presentadas con anticipación y yo prepararé las respuestas que debe dar mientras se efectúan las ceremonias. En vista de que puede representar el papel de Bonforte a la perfección, aun a corta distancia, soy de la opinión de que debemos arriesgarnos a ello. ¿Qué le parece, señor… “Bonforte”? ¿Cree que podrá hacerlo?

- No veo ningún problema en ello, Bill.

Estaba pensando que si podía presentarme ante los marcianos sin un tropiezo, estaba dispuesto a improvisar frente a un grupo de periodistas humanos durante tanto tiempo como ellos estuviesen dispuestos a escucharme. Conocía perfectamente el estilo oratorio de Bonforte y tenía idea de su actitud ante cualquier tema… y no tenía ninguna necesidad de ser específico en mis respuestas y comprometerme.

Pero Clifton pareció preocupado. Antes de que pudiera contestar, el altavoz bramó:

“Se requiere la presencia del capitán en la sala de control. Faltan cuatro minutos.”

Dak dijo con premura:

- Ustedes tendrán que decidirlo. Tengo que meter ese cacharro en el garaje… y no tengo a nadie excepto al joven Epstein.

Atravesó la puerta corriendo.

Corpsman le llamó:

- ¡Eh, Cappy! Tengo que decirte…

Salió por la puerta siguiendo a Dak, sin despedirse.

Roger Clifton cerró la puerta que Corpsman había dejado abierta y dijo lentamente:

- ¿Está dispuesto a arriesgarse a esa conferencia de prensa?

- Eso tienen que decidirlo ustedes. Yo quiero hacer mi trabajo

hasta donde sea necesario.

- Mmmm… Entonces me inclino a aceptar el riesgo, si usamos el sistema de respuestas escritas. Pero comprobaré las respuestas de Bill yo mismo antes de que usted las presente a los periodistas.

- De acuerdo -y añadí-: Si puede encontrar el medio de darme esas notas unos diez minutos antes de la reunión, no creo que haya ninguna dificultad. Tengo buena memoria.

Clifton me miró con fijeza.

- Lo creo… Jefe. De acuerdo, haré que Penny le entregue las contestaciones tan pronto se terminen las ceremonias. Luego puede excusarse para ir al lavabo y se queda allí hasta que las haya aprendido.

- Me parece bien.

- Creo que funcionará. ¡Uh!, debo decir que me siento mucho más tranquilo desde que le he visto. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

- Creo que no, Roger. ¡Ah, sí! Hay algo que quería preguntarle. ¿Se sabe algo de… él?

- ¿Eh? Bien, sí y no. Sigue en Goddard City; de eso estamos completamente seguros. No le han sacado de Marte, ni siquiera de esta región. Les hemos bloqueado todas las salidas, si es que tenían esa intención.

- ¿Es posible? Goddard City no es muy grande, ¿no es cierto? Creo que no tiene más que unos cien mil habitantes. ¿Por qué no lo han encontrado?

- La dificultad consiste en que no nos atrevemos a admitir que usted… quiero decir, que él ha sido secuestrado. Una vez hayamos terminado con este asunto de la adopción, podremos hacerle desaparecer a usted y luego anunciar el secuestro como si acabase de tener lugar… y haremos que desmonten la ciudad hasta el último remache. Las autoridades de la ciudad son todos miembros del Partido de la Humanidad, pero se verán obligados a cooperar… después de la ceremonia. Será la cooperación más esforzada que se haya visto, porque sentirán una angustia mortal de encontrarlo antes que todo el nido de Kkkahgral descienda sobre ellos como un hormiguero y arrase

la ciudad hasta los cimientos.

- Comprendo. Todavía estoy estudiando las costumbres y psicología de los marcianos.

- Todos nosotros lo hacemos.

- Roger, ¿qué le hace pensar que todavía sigue vivo? ¿No cumplirían mejor su objetivo, y probablemente con menos riesgo… si le matasen?

Recordé con inquietud lo simple que era deshacerse del cuerpo de un hombre si uno era lo bastante brutal para descuartizarlo en pequeños pedazos.

- Comprendo lo que quiere decir. Pero eso también va ligado a las ideas marcianas sobre el “protocolo” -Clifton usó la palabra nativa-. La muerte es la única excusa aceptable para no cumplir con una obligación. Si Bonforte fuese muerto, lo adoptarían en el nido marciano después de su fallecimiento… y entonces todo el nido adoptivo y probablemente todos los demás nidos de Marte se levantarían para vengarle. No les importaría lo más mínimo que toda la especie humana tuviera que perecer o muriese de repente… Pero matar a un humano para impedirle que fuese adoptado, eso es harina de otro costal. Una cuestión de corrección y de obligación marciana. Algunas veces la reacción de un marciano ante una situación dada es tan automática que parece instintiva. Desde luego no lo es, ya que se trata de seres muy inteligentes. Pero sus costumbres son muy extrañas -arrugó el ceño y añadió-: A veces pienso que nunca debería haber abandonado mi pueblo de Sussex.

El altavoz interrumpió nuestra conversación, conminándonos a ocupar nuestras literas. Dak había llegado con el tiempo justo, a propósito; el cohete de enlace con Goddard City nos estaba esperando cuando entramos en caída libre después de cortar la aceleración. Nuestro grupo de cinco personas nos trasladamos al cohete para el corto viaje hasta la ciudad y ocupamos todas las literas de pasajeros, otro detalle planeado con el más exquisito cuidado, ya que el comisionado había expresado sus deseos de venir en el cohete de enlace para saludarme y sólo fue posible disuadirle después que Dak le envió un mensaje anunciándole que nuestro grupo necesitaba todo el espacio disponible.

Traté de contemplar la perspectiva de la superficie marciana

mientras duraba el descenso, ya que sólo pude lanzarle una ojeada desde la cabina de control del *Tom Payne*. Como se suponía que había visitado aquel planeta muchas veces no me era posible mostrar la curiosidad acostumbrada de un turista novato. No pude ver gran cosa; el piloto del cohete no inclinó su aparato para que pudiéramos ver nada hasta que lo estabilizó para el aterrizaje y hasta entonces yo me encontraba muy ocupado colocándome la máscara de oxígeno.

Esas incómodas máscaras de tipo marciano casi nos llevaron al fracaso en aquel mismo instante. No había tenido la oportunidad de practicar su uso. Dak no había pensado en ello y yo no creí que fuesen un problema; había usado trajes espaciales y pulmones submarinos en varias ocasiones y pensé que esa máscara sería algo parecido. Pero no era así. El modelo que siempre usaba Bonforte era el tipo llamado de boca libre, un Mitsubushi “Brisa” con presión directa en las fosas nasales, una pinza nasal con dos tapones atravesados por dos tubos sonda hasta las fosas nasales y que desde la nariz pasan por debajo de las orejas hasta el turbocompresor que se lleva a la espalda. Admito que se trata de un aparato ingenioso, ya que una vez que se está acostumbrado, es posible hablar, comer y beber sin quitárselo. Pero en aquellos momentos habría preferido que un dentista me metiese las dos manos en la boca.

La verdadera dificultad consiste en que debe ejercerse un control consciente de los músculos que cierran la parte de atrás de la boca y el paladar, si no, uno deja escapar un silbido como una locomotora, ya que el maldito aparato funciona por diferencia de presión. Por suerte, el piloto igualó la presión de la cabina a la de la superficie de Marte cuando nos hubimos colocado las máscaras, y eso me dio unos veinte minutos para practicar. Pero por unos instantes pensé que todo estaba perdido, debido a un estúpido instrumento mecánico. Traté de sugestionarme con la idea de que ya había llevado aquel aparato cientos de veces y me era tan familiar como un cepillo de dientes. Poco después llegué a creerlo.

Dak pudo evitar que el Comisionado se pasara una hora charlando conmigo durante el descenso, pero no pudo apartarlo por completo de mi camino: salió a recibir al cohete a su llegada al espaciopuerto. La exactitud de nuestro programa me evitó el contacto con otros humanos, ya que tenía que partir en el acto para la ciudad marciana. Era lógico, pero me pareció extraño que pudiera encontrarme más seguro entre marcianos que entre los de mi propia especie.

Pero me pareció aún más extraño estar en Marte.

5

El comisionado Boothroyd había sido nombrado por el Partido de la Humanidad, naturalmente, al igual que todos los funcionarios a su cargo, excepto los empleados técnicos del servicio civil. Pero Dak me había informado de que lo más razonable era que Boothroyd no hubiera tenido ninguna participación en la intriga; Dak le creía honrado, aunque estúpido. Respecto a esa cuestión, ni Dak ni Roger Clifton pensaban que el Ministro Supremo Quiroga estuviera complicado en el asunto; culpaban del atentado a los miembros del grupo terrorista clandestino del Partido de la Humanidad, que se llamaban a sí mismos los "Activistas"… y creían que ese grupo seguía a su vez las indicaciones de algunos financieros altamente respetables, que se beneficiarían en extremo de la situación.

En cuanto a mí, no era capaz de distinguir un Activista de un accionista.

Pero en el momento en que aterrizamos ocurrió algo que me hizo preguntarme si el amigo Boothroyd era tan honrado y tan estúpido como Dak creía. Era un detalle sin importancia, pero era una de esas cosas que pueden hacer fracasar la representación mejor preparada. Puesto que yo era una visita muy importante, el Comisionado salió a recibirme; como no tenía otro cargo oficial que el de miembro de la Asamblea Interplanetaria y mi viaje era particular, no se hicieron honores oficiales. Sólo acompañaban al Comisionado su ayudante y… una niña de unos quince años.

Lo conocía por fotografías y sabía bastante sobre él; Roger y Penny me habían preparado con todo detalle. Nos estrechamos las manos, le pregunté cómo seguía su sinusitis; le di las gracias por sus atenciones durante mi última visita a Marte y cambié algunas palabras con su ayudante del modo cordial que caracterizaba a Bonforte. Luego me volví hacia la niña. Sabía que Boothroyd tenía una hija de aproximadamente esa misma edad; pero no sabía… quizá ni Roger ni

Penny lo supieran… si la había visto antes de ahora.

El mismo Boothroyd me sacó del apuro.

- No creo que conozca a mi hija Deirdre. Insistió mucho en acompañarme.

En todas las películas que había estudiado, nada indicaba cómo se comportaba Bonforte con las niñas; en ninguna pude ver a Bonforte en una situación semejante… así que me vi obligado a ser Bonforte… un viudo de cincuenta años, sin hijos ni sobrinas y probablemente con muy poca experiencia en el trato con niños… aunque tenía mucha experiencia en el trato con personas extrañas de todas las clases y categorías. De modo que la traté como si tuviera el doble de edad, pero no llegué a besarle la mano. La muchacha enrojeció y pareció muy satisfecha.

Boothroyd la miró con indulgencia y dijo:

- Bien, díselo de una vez, querida. Quizá no tengas nunca otra oportunidad.

Ella se sonrojó aún más y dijo:

- Señor, ¿podría tener su autógrafo? Las chicas de mi colegio los coleccionan. Ya tengo el del señor Quiroga… Me gustaría tener también el suyo.

Sacó un librito blanco que había mantenido escondido a su espalda.

Me sentí igual que un conductor de helicóptero al que le piden la licencia… y se da cuenta de que la ha olvidado en casa, en los otros pantalones. Había estudiado mi papel a fondo, pero no esperaba verme obligado a falsificar la firma de Bonforte ¡Caramba, no hay tiempo de hacerlo todo en dos días y medio!

Pero era imposible que Bonforte rehusara atender a semejante petición, y yo era Bonforte. Sonreí con jovialidad y dije:

- ¿De modo que ya tiene el autógrafo del señor Quiroga?

- Sí, señor.

- ¿Sólo su autógrafo?

- Sí. Puso *Recuerdos* y su firma.

Hice un guiño a Boothroyd.

- Sólo *Recuerdos*, ¿eh? A las muchachas nunca les pongo menos que *Cariño*. Le diré lo que voy a hacer... -le cogí el libro de las manos y le eché un vistazo.

- Jefe -dijo Dak con urgencia-, ya vamos retrasados.

- Tenga calma -le contesté sin mirarle-. Toda la nación marciana tendrá que esperar, si es necesario, para atender a esta señorita -luego entregué el libro a Penny-. ¿Quiere tomar nota del tamaño de este libro? Y luego recuérdeme que tenemos que enviar una fotografía adecuada para colocarla aquí... naturalmente, autografiada.

- Sí, señor Bonforte.

- ¿Le parece bien, señorita Deirdre?

- ¡Naturalmente!

- Bien. Gracias por pedirme el autógrafo. Ya podemos marcharnos, capitán. Señor Comisionado, ¿es éste nuestro coche?

- Sí, señor Bonforte -el Comisionado movió la cabeza con buen humor-. Me temo que acaba de convertir a un miembro de mi propia familia a sus herejías Expansionistas. No es muy deportivo, ¿eh? Aprovecha todas las ocasiones, ¿verdad?

- Eso le enseñará a no exponer a su hija a las malas compañías, ¿no le parece, señorita Deirdre? -estreché las manos de todos los visitantes-. Gracias por venir a recibirnos, señor Comisionado. Creo que ahora tendremos que darnos prisa.

- Sí, desde luego. Ha sido un placer.

- Muchas gracias, señor Bonforte.

- Gracias a usted, querida.

Di media vuelta lentamente para no aparecer agitado o nervioso

en las pantallas de estereovisión. A nuestro alrededor se agolpaba una multitud de fotógrafos, cámaras de cine y de estereovisión, magnetófonos, etcétera, así como gran cantidad de periodistas. Bill mantenía a los reporteros apartados de nuestro grupo; cuando nos volvimos para marcharnos saludó con la mano y dijo:

- Le veré luego, Jefe -y se volvió para seguir hablando con uno de los periodistas.

Roger, Dak y Penny me siguieron cuando entré en el coche. A nuestro alrededor se apretujaba el acostumbrado gentío de todos los espaciopuertos, quizá no tan compacto como en la Tierra, pero bastante numeroso. Aquella gente no me preocupaba, ya que Boothroyd había aceptado como buena mi personificación; aunque no cabía duda de que entre los presentes algunos sabían que yo no era Bonforte.

Pero no quise preocuparme por aquellos individuos. No podían causarnos ninguna dificultad sin comprometerse ellos mismos.

El coche era un Rolls Estelar, con cabina a presión; a pesar de ello, me dejé puesta la máscara de oxígeno porque los demás tampoco se la sacaron. Yo cogí el asiento de la derecha; Roger se sentó a mi lado y Penny en el otro extremo, mientras Dak hacía lo posible por acomodar sus largas piernas en uno de los asientos plegables. El conductor nos miró a través del cristal divisorio y arrancó.

Roger dijo en voz baja:

- Durante un momento me sentí preocupado.

- No había necesidad de preocuparse -contesté-. Ahora les ruego a todos un poco de silencio. Tengo que repasar mi discurso.

En realidad lo que quería era contemplar la paz del paisaje marciano; conocía el discurso de memoria. El conductor tomó un camino a lo largo del extremo norte del espaciopuerto, dejando atrás buen número de cruces de carreteras secundarias. Pude ver muchos anuncios de la Verwijs Trading Company, de Diana Outlines, de la Compañía Three-Planets y de la I. G. Farbenindustrie. Se veía casi a tantos marcianos como humanos. Nosotros, los topos de tierra, tenemos la impresión de que los marcianos se desplazan casi tan despacio como las tortugas… y eso es cierto, en nuestro planeta comparativamente más pesado. Pero en su propio mundo se deslizan

sobre sus bases con la misma facilidad que una piedra lanzada al agua.

A la derecha, al sur y más allá del campo, el Gran Canal se hundía en el cercano horizonte, sin que se pudiera ver su otra orilla. Delante de nosotros, y a gran distancia, se veía ya el nido de Kkkah; una ciudad de hadas. Lo estaba contemplando con el corazón conmovido ante su frágil belleza, cuando Dak se movió súbitamente.

Habíamos dejado atrás todo el tráfico cerca de los cruces, pero aún teníamos un coche ante nosotros, que se nos acercaba de frente; ya lo había visto sin prestarle atención. Pero Dak debía estar preparado para alguna contingencia semejante; cuando el otro coche ya estaba muy cerca, de repente hizo bajar el cristal que nos separaba del conductor, pasó los brazos por encima del cuello del hombre y se agarró al volante. Nos desviamos a la derecha, evitando por unos centímetros el choque con el otro coche, y luego volvimos a la izquierda, manteniéndonos por milagro en la carretera. Estuvimos muy cerca del desastre porque ya habíamos dejado el campo atrás y ahora la carretera bordeaba el Gran Canal.

No le había servido de gran ayuda a Dak un par de días antes, en el incidente del Eisenhower, pero entonces yo estaba desarmado y no sospechaba una posible lucha. Esta vez tampoco iba armado, ni siquiera llevaba un mondadientes conmigo, pero me porté algo mejor. Dak no podía hacer más que tratar de dirigir el coche desde el asiento trasero. El conductor, sorprendido en el primer momento, ahora trataba de sacárselo de encima y apoderarse de nuevo del volante.

Me lancé sobre él, pasé mi brazo izquierdo por la garganta del conductor y le apreté con el pulgar derecho en las costillas.

- ¡Un solo movimiento y eres hombre muerto!

La voz pertenecía al gángster de *El Caballero del Hampa*, y las palabras también eran suyas.

Mi prisionero se quedó quieto en el acto.

Dak dijo, apremiante:

- Roger, ¿qué hacen ahora?

Clifton miró hacia atrás y contestó:

- Están dando la vuelta para seguirnos.

Dak replicó:

- Bien, Jefe, no separe la pistola de este tipo mientras yo paso delante -lo estaba haciendo mientras hablaba; le resultaba difícil a causa de sus largas piernas y de lo lleno que iba el coche; se acomodó en el asiento del conductor y dijo alegremente-: No creo que exista nada sobre ruedas que pueda alcanzar a un Rolls en una recta -pisó el acelerador y el coche dio un salto hacia adelante-. ¿Qué tal vamos, Roger?

- Acaban de dar la vuelta.

- Bien. ¿Qué hacemos con este individuo? ¿Lo tiramos a la carretera?

Mi víctima se retorció y dijo:

- ¡Yo no he hecho nada!

Apreté el pulgar un poco más y se calló de repente.

- ¡Oh, casi nada! -admitió Dak, sin separar los ojos de la carretera-. Todo lo que has hecho ha sido tratar de causar un pequeño accidente… lo bastante grave para impedir que el señor Bonforte llegase a tiempo a la ceremonia. Si no me hubiese fijado en que frenabas para no resultar herido en el choque, es posible que lo hubieseis conseguido. ¿Te faltó valor, eh? -tomó una curva con las cubiertas chillando sobre la lisa carretera mientras el giróscopo luchaba para mantener el equilibrio del coche-. ¿Cómo va eso, Roger?

- Bien -Dak no redujo la velocidad; debíamos andar rozando los trescientos kilómetros por hora-. Me pregunto si se atreverán a bombardearnos con uno de los suyos en el coche. ¿Qué te parece, amigo? ¿Crees que vacilarán en matarte con nosotros?

- ¡No sé de qué me habla! ¡Tendrá que responder de este ataque!

- ¿Es posible? ¿Con la palabra de cuatro personas respetables contra tu ficha de penado? ¿O es que no eres uno de los condenados a Colonias? De cualquier modo, el señor Bonforte prefiere que sea yo quien conduzca el coche… y, por lo tanto, no has tenido inconveniente en hacerle este favor.

Pasamos por encima de algo del tamaño de un gusano atravesado en el camino liso como un cristal y mi prisionero y yo casi salimos por el techo.

- ¡Señor Bonforte!

Mi víctima mascullo el nombre como si fuera una maldición.

Dak permaneció silencioso unos segundos. Por fin dijo:

- No creo que debamos dejar a éste en la carretera, Jefe. Pienso que, después de que usted haya bajado del coche, tendremos que llevarlo a un lugar tranquilo. Es posible que hable si le insistimos un poco.

El conductor trató de revolverse. Aumenté la presión sobre el cuello y le hundí el pulgar en el costado. Un pulgar quizá no se parezca al cañón de una pistola radiónica, pero… ¿quién se atreve a averiguarlo? El hombre se tranquilizó y mascullo:

- No se atreverán a clavarme la aguja.

- ¡Cielos, no! -contestó Dak con fingido horror-. Eso sería ilegal. Penny, ¿tienes una horquilla?

- Pues sí, desde luego, Dak.

Penny pareció sorprendida y yo también lo estaba.

- Bien. Amigo, ¿nunca te han clavado una aguja de mujer debajo de las uñas? Dicen que llega a anular una orden hipnótica de mantener un secreto. Actúa directamente sobre el subconsciente o algo así. La única dificultad es que el paciente hace unos ruidos muy desagradables. De modo que vamos a llevarte a las dunas, donde no molestarás a nadie excepto a los escorpiones. Cuando nos hayas dicho lo que queremos saber, y ahora viene la parte más graciosa… después de que hayas hablado te dejaremos en libertad; no te haremos nada más, sólo tendrás que volver andando a la ciudad. Pero… escucha con atención… si te portas bien y cooperas con nosotros, tendrás un premio. Te dejaremos la máscara de oxígeno para el paseo.

Dak dejó de hablar; por un momento no se escuchó otro sonido que el silbido del aire marciano rozando el techo del coche. Un ser

humano no puede andar más de cien metros en Marte sin una máscara de oxígeno, si disfruta de excelentes pulmones. Creo haber leído sobre un caso en que un hombre pudo andar casi medio kilómetro antes de caer muerto. Miré al cuentakilómetros y vi que nos encontrábamos aproximadamente a veintitrés kilómetros de Goddard.

El prisionero dijo lentamente:

- Le juro que no sé nada de todo esto. Sólo me pagaron para que provocara un accidente.

- Trataremos de estimular tu memoria.

Las puertas de la ciudad marciana se erguían ya ante nosotros. Dak empezó a reducir la velocidad.

- Ya hemos llegado, Jefe -dijo-. Roger, será mejor que tomes tu pistola y substituyas al Jefe para vigilar a nuestro invitado.

- De acuerdo, Dak.

Roger se puso a mi lado y clavó un dedo en la espalda del hombre. Yo me aparté. Dak frenó suavemente hasta parar delante mismo de las enormes puertas.

- Faltan cuatro minutos -dijo con voz tranquila-. Éste es un buen coche; me gustaría que fuese mío. Roger, apártate un poco y déjame sitio.

Clifton hizo lo que le decían y Dak golpeó expertamente al chófer en el cuello con el canto de la mano; el hombre se quedó inmóvil sin lanzar un grito.

- Así se mantendrá tranquilo mientras usted atraviesa las puertas. No podemos permitir que se arme escándalo ante los mismos ojos del nido. Y ahora comprobemos el tiempo.

Miré el reloj y vi que aún faltaban unos tres minutos y medio para el momento exacto de mi entrada.

- Tiene usted que presentarse en el momento preciso -dijo Dak-. Ni antes ni después, ¿comprende?

- Muy bien-repliqué.

- Tiene treinta segundos para subir la rampa de entrada. ¿Qué quiere hacer durante estos tres minutos que le quedan?

Suspiré y dije:

- Tranquilizarme.

- No le hace falta recobrar la serenidad. Cuando tuvimos el incidente con el conductor, no perdió usted la cabeza. Anímese, muchacho. Dentro de dos horas ya podrá estar de regreso hacia el hogar, con su paga caliente en el bolsillo. Estamos muy cerca de la meta.

- Espero que así sea. La carrera ha sido dura. Oiga, Dak.

- ¿Qué?

- Venga conmigo un momento -descendí del coche y le hice un gesto para que se reuniese conmigo a corta distancia de los demás-. ¿Qué puede suceder si cometo un error, una vez ahí dentro?

- ¿Cómo? -Dak pareció sorprenderse y luego se echó a reír, quizá un poco demasiado fuerte-. No cometerá ningún error. Penny me ha dicho que se ha aprendido todos los detalles a la perfección.

- Bien, pero suponga que me equivoco.

- No se equivocará. No tenga miedo; sé cómo se siente. Yo sentí lo mismo el día que tuve que realizar mi primer aterrizaje sin instructor. Pero cuando la cosa empezó, estuve tan ocupado en cumplir mi tarea que no me quedó tiempo para equivocarme.

Clifton nos llamó, con una voz extrañamente amortiguada en el aire rarificado.

- ¡Dak! ¿Ya controlan el tiempo?

- No hay prisa. Aún nos falta un minuto.

- ¡Señor Bonforte! -era la voz de Penny.

Di media vuelta y regresé al coche. Ella se bajó del vehículo y me tendió la mano.

- Buena suerte, señor Bonforte -dijo.

- Gracias, Penny.

Roger me estrechó la mano y Dak me dio unas palmadas en la espalda.

- Nos quedan treinta y cinco segundos. Será mejor que se vaya.

Asentí sin pronunciar palabra y empecé a ascender por la rampa de entrada a la ciudad. Debí llegar ante el enorme pórtico con un segundo o dos de adelanto sobre la hora señalada para mi llegada, porque las enormes puertas metálicas se abrieron silenciosa y lentamente a mi paso. Tragué saliva y maldije la incómoda máscara de oxígeno.

Luego salí al escenario.

No importa cuántas veces lo haya hecho uno, los primeros pasos ante las candilejas mientras el telón termina de alzarse en una noche de estreno, nos dejan sin aliento mientras el corazón casi se paraliza de miedo. Claro que uno conoce a los compañeros. Desde luego que uno le ha preguntado al empresario por el ambiente de la sala. No hay duda de que uno es veterano y ya conoce todo eso. No importa... cuando se sale a escena y se sabe que todos aquellos ojos le están mirando, esperando a que uno hable, esperando que uno haga algo... quizá esperando que uno se equivoque... amigo, uno siente miedo. Por ese motivo tenemos a los apuntadores.

Al mirar al otro lado de las puertas vi a mi público y sentí el imperioso deseo de echar a correr. Sentí miedo ante las candilejas por primera vez en treinta años.

Todas las ramas familiares del nido se extendían ante mí hasta donde alcanzaba a ver. Había un camino despejado frente a mí, con miles de marcianos a cada lado, apretados como espárragos. Yo sabía que lo primero que tenía que hacer era echar a andar lentamente por aquel camino hasta el otro extremo de la gran plaza y subir por la rampa que conducía al nido.

No pude moverme. Permanecí clavado en el mismo lugar.

Me dije:

“Muchacho, comprende que eres John Joseph Bonforte. Has estado aquí docenas de veces, en este mismo nido. Conoces bien a estas gentes. Son tus amigos. Estás aquí porque lo has deseado y porque ellos quieren que te encuentres entre ellos. Así que adelante, sigue el pasillo. Brrrum, bum, bum. ¡Ahí viene la novia!”

Empecé a sentir de nuevo la personalidad de Bonforte. Ya era Joe Bonforte, decidido a llevar a cabo la ceremonia a la perfección; por el honor y el bienestar de mi propia especie y mi planeta… y por mis amigos los marcianos. Hice una profunda inspiración y di el primer paso.

El aire que llenó mis pulmones me salvó; llevaba consigo una fragancia celestial. Miles y miles de marcianos apretados en estrechas filas; el perfume que llenaba la plaza era como si alguien hubiese roto una caja entera de *Embrujo de Selva*. La convicción de que era aquello lo que olía fue tan fuerte que sin querer miré hacia atrás para ver si Penny me había seguido. Aún podía sentir su apretón de manos.

Empecé a cojear a lo largo del corredor que se abría ante mí, tratando de hacerlo a la misma velocidad con que un marciano se mueve en su planeta. La multitud iba cerrando filas detrás de mí, cortándome la retirada. A veces salían algunos chicos de entre las filas y echaban a correr delante de mí. Al decir chicos me refiero a los marcianos recién fisionados del cuerpo de sus hermanos acoplados, con aproximadamente la mitad de la masa y no más de la mitad de altura que un adulto. Nunca salen del nido y nosotros nos sentimos inclinados a olvidar que también deben de existir niños marcianos. Se requieren casi cinco años, después de la escisión, para que un marciano alcance de nuevo su talla normal, su cerebro funcione con todas sus facultades y recobre la memoria. Durante este período de transición, el marciano en desarrollo es un idiota que estudia para estúpido. La ordenación de los genes y su subsiguiente regeneración a consecuencia del acoplamiento y escisión, hacen que el nuevo individuo quede prácticamente inutilizado durante un largo tiempo. Una de las películas de Bonforte era un estudio sobre este tema, acompañado por algunas estereofotos de aficionado no muy buenas.

Los chicos, al no ser nada más que unos simpáticos e inconscientes estúpidos, no estaban obligados a las reglas de la etiqueta marciana y todo lo que ésta lleva consigo. Pero todo el mundo les quería y los mimaba.

Dos de los chicos, ambos del tamaño más pequeño y con aspecto completamente idéntico, salieron corriendo de entre la multitud que se alineaba a ambos lados y se quedaron clavados ante mí, igual que un perrito en medio de una calle llena de tráfico. O frenaba o los iba a atropellar.

Frené. Los pequeños marcianos se acercaron aún más, cerrándome el paso, y empezaron a agitar sus pseudomiembros mientras charlaban entre ellos. No pude comprender nada de lo que decían, pero al cabo de un momento empezaron a tirarme de las ropas y a tratar de meter sus ásperas patitas dentro de mis bolsillos.

La multitud nos rodeaba de tal modo que no me era posible dar la vuelta para dejar a los pequeños a un lado. Vacilé un momento ante la duda de lo que debía hacer. En un primer momento, los pequeños resultaban tan graciosos que quise buscar en mis bolsillos a ver si llevaba por casualidad algún caramelo para darles… pero sobre todo sabía que la ceremonia de adopción estaba programada con la exactitud de un ballet. Si yo no seguía caminando a lo largo de aquel pasillo, iba a cometer el clásico pecado contra el protocolo que había hecho famoso al propio Kkkahgral el Joven.

Pero los chicos no parecían comprender aquella necesidad. Uno de ellos acababa de descubrir mi reloj.

Suspiré y casi me desmayé ante la intensidad del perfume. Luego hice una apuesta conmigo mismo. Aposté que la costumbre de besar a los niños era universal en toda la Galaxia y que aquello tendría prioridad incluso sobre la etiqueta marciana. Me arrodillé sobre la pierna buena, para ponerme a su mismo nivel y los acaricié durante unos momentos, dándoles palmaditas y pasándoles las manos por sus ásperas cortezas.



Ilustración 5: Bonforte y los bebés marcianos

Luego me levanté y dije tranquilamente:

- Ahora basta. Tengo que marcharme -usando para ello la mayor parte de mis conocimientos de la lengua marciana.

Los niños se agarraron a mí, pero los aparté con cuidado y continué en medio de las dos filas de adultos, apresurándome a compensar el tiempo perdido. Ninguna de las varillas mortales que todos los adultos llevaban consigo me abrasó la espalda. Empecé a comprender que mi falta contra la etiqueta no había llegado al nivel en que merecía la muerte. Llegué a la rampa que conducía al nido interior y la atravesé con decisión.

Este espacio en blanco representa la ceremonia de adopción. ¿Por qué? Porque se trata de algo reservado a los miembros del nido de Kkkah. Es una cuestión de familia.

Cabe una explicación. Puede ser que un mormón tenga amigos gentiles… pero esa amistad no hará que los gentiles puedan penetrar en el templo de Salt Lake City. Nunca lo han conseguido y nunca lo conseguirán. Los marcianos viajan libremente entre sus diferentes nidos… pero un marciano sólo puede entrar en el nido interior de su

propia familia. Ni siquiera sus entronques familiares gozan de ese privilegio. Tengo tanto derecho a contarles los detalles de la ceremonia de adopción como un miembro de la logia masónica lo tiene de darles los detalles del ritual de iniciación en su sociedad.

¡Oh!, los rasgos generales no tienen importancia, ya que son los mismos para cualquier nido, igual que mi papel era el mismo que el de cualquier otro candidato. Mi padrino, el más antiguo amigo marciano de Bonforte, Kkkahrreash, me recibió en la puerta y me amenazó con una varilla marciana. Le pedí que me matara en el acto si me encontraba culpable de cualquier falta contra el nido. A decir verdad, no le reconocí aunque había visto varias fotografías de mi amigo. Pero tenía que ser él, porque el ritual establecido así lo exigía.

Una vez demostrado que yo me encontraba firmemente al lado de las instituciones de la Maternidad, el Hogar y las Virtudes Cívicas, y que nunca dejé de asistir a la escuela dominical, me fue permitida la entrada. Rrreash me siguió a través de todas las estaciones prescriptas, me hicieron las preguntas de ritual y yo fui contestando. Cada palabra, cada gesto era tan estilizado como en una obra clásica china, de otro modo no habría tenido la menor oportunidad de éxito. La mayor parte del tiempo no entendía nada de lo que me decían y la mitad de las veces no comprendía mis propias respuestas. Mi labor no se veía ayudada por la pobre iluminación que les gustaba a los marcianos; durante todo el tiempo iba tanteando a mi alrededor como un topo.

En una ocasión trabajé en una obra con Hawk Mantell, poco antes de que muriera, cuando ya se había quedado sordo como una tapia. No hay duda de que era un artista de una pieza. Ni siquiera le quedaba el recurso de utilizar un audífono porque tenía el octavo nervio destruido. A veces podía guiarse por el movimiento de los labios de los otros actores, pero eso no es siempre posible. Dirigía la obra personalmente y siempre recitaba sus papeles en el momento exacto. Le he visto pronunciar una frase y luego separarse de su interlocutor… para dar media vuelta de repente y lanzar la réplica a una frase que no podía oír, precisamente en el instante adecuado.

Lo que yo hacía ahora era algo parecido. Conocía mi papel y lo representaba lo mejor que sabía. Si ellos se equivocaban, sería asunto suyo.

Pero el hecho de que siempre había por lo menos media docena de varillas marcianas apuntando a mi pecho no me ayudaba a sentirme animado. Me repetí mentalmente que aquellos seres no me

abrasarían porque cometiera un desliz. Después de todo, yo no era más que un pobre y estúpido humano; en último caso, me darían un aprobado por aplicación y asistencia a clase. Pero no creía en mis propias palabras.



Ilustración 6: Media docena de varillas marcianas apuntándome

Después de un tiempo que me pareció que duraba días enteros, aunque no era así, ya que toda la ceremonia duraba exactamente una novena parte de la rotación de Marte; digamos que, después de un tiempo interminable, nos sentamos a la mesa. No sé qué platos formaban el banquete y quizá fue mejor así. Por lo menos la comida no me envenenó.

Cuando los mayores hubieron pronunciado sus discursos, yo pronuncié mis gracias como respuesta y ellos me dieron mi nombre y mi varilla, símbolo de la mayoría de edad marciana. Ahora era un miembro del nido de Kkkah, en Marte.

No sabía cómo tenía que usar mi varilla, y mi nombre sonaba igual que un grifo chirriante, pero desde aquel instante aquél era mi nombre en Marte y ya era legalmente pariente de sangre de la familia más aristocrática del planeta… aproximadamente unas cincuenta y dos horas después de que un actor terrestre abandonado por la suerte hubiera gastado su último Imperial en convidar a un forastero en el bar de Casa Mañana.

Supongo que eso prueba que no hay que entablar nunca relaciones con personas extrañas.

Salí de allí tan pronto como me fue posible. Dak había preparado una pequeña alocución en la que yo expresaba una urgente necesidad de partir en seguida, y mis nuevos parientes me dejaron marchar. Me sentía tan nervioso allí como un hombre en el dormitorio de una residencia de señoritas, porque ahora ya no existía un ritual fijado por el cual pudiera guiarme. Quiero decir que incluso las costumbres sociales en una reunión estaban determinadas por normas herméticas y peligrosas para un extraño que no supiera lo que era considerado correcto. De modo que recité mis excusas y me dirigí hacia la salida. Rrreash y otro de aquellos personajes me acompañaron y me arriesgué a acariciar ligeramente a otro par de niños que encontramos en la plaza… o quizá eran los mismos de la vez anterior. Una vez que llegamos a las puertas de la ciudad, los dos personajes se despidieron de mí en un inglés chirriante y me dejaron partir en paz; cuando las grandes puertas metálicas se cerraron a mis espaldas sentí que el corazón volvía a colocarse en su lugar de costumbre.

El Rolls seguía esperando en el mismo lugar donde lo había dejado; me apresuré a bajar la rampa, me acerqué al coche, abrí la puerta y me sorprendí al ver que en su interior sólo estaba Penny, aunque ello no me desagradó. La llamé.

- ¡Hola, *Rizos*! ¡Lo conseguimos!

- Sabía que lo haría perfectamente.

La saludé militarmente con mi varilla marciana, bromeando, y contesté:

- De ahora en adelante le ruego que me llame “Kkkahjjjerrr” - rociando la primera fila de butacas con la segunda sílaba.

- ¡Tenga cuidado con eso! -dijo ella, nerviosa.

Me senté a su lado en el asiento delantero y pregunté:

- ¿Sabe cómo se usa una cosa de éstas?

La tensión nerviosa se estaba disipando y me sentí exhausto pero alegre; lo que quería ahora era un par de copas y un buen bistec, y luego a esperar las primeras ediciones de los periódicos con las críticas del estreno.

- No. Pero tenga cuidado.

- Creo que todo lo que hay que hacer es apretar aquí -dije, uniendo la acción a la palabra, y en el acto se produjo un limpio agujero en el parabrisas y el coche dejó de tener cabina a presión.

Penny se quedó sin aliento.

- Caramba, lo siento -dije-. La guardaré hasta que Dak me enseñe a usarla.

Ella tragó saliva.

- No tiene importancia. Pero vigile a dónde apunta.

Arrancó el coche y me di cuenta de que Dak no era el único de mis nuevos amigos al que le gustaba pisar a fondo el acelerador.

El viento silbaba a través del agujero del parabrisas que yo había causado con mi inoportuno disparo. Me decidí a preguntar:

- ¿A qué viene tanta prisa? Necesito algo de tiempo para estudiar las respuestas que debo dar en la conferencia de prensa. ¿Las han traído? ¿Dónde están los demás?

Me había olvidado por completo del chofer al que hicimos prisionero; no había vuelto a pensar en él desde el momento en que se abrieron las puertas del nido.

- No les es posible venir.

- Penny. ¿Qué sucede?

Estaba pensando si podría enfrentarme a un grupo de periodistas sin necesidad de aprenderme las respuestas de memoria. Quizá les podría explicar algunos detalles sobre la ceremonia de adopción; aquello no tendría que inventarlo.

- Se trata del señor Bonforte. Lo han encontrado.

6

Hasta entonces no había advertido que ella no me había llamado ni una vez señor Bonforte. Era de esperar que no lo hiciese, naturalmente, porque yo ya no era él; era de nuevo Lorenzo Smythe, aquel pobre actor que habían contratado para substituirle.

Me recliné en el asiento y suspiré, y dejé que el alivio me invadiera.

- Así que por fin todo ha acabado… y lo hemos conseguido.

Sentí como si me librara de un gran peso; no me había dado cuenta de lo pesado que era hasta que me lo saqué de encima. Incluso mi pierna “enferma” dejó de dolerme. Me incliné y di unas palmaditas a Penny en la mano con que sujetaba el volante, y le dije con mi propia voz:

- Me alegro de que se haya acabado. Pero voy a echar mucho de menos su compañía, Penny. Es usted una buena compañera. Pero hasta las mejores temporadas se terminan y las compañías se disuelven. Espero que nos volveremos a ver alguna vez.

- Yo también lo espero.

- Imagino que Dak ya habrá preparado algún truco para tenerme oculto y volverme a llevar a la Tierra en el *Tom Payne*.

- No lo sé.

Su voz me pareció extraña, y al mirarla vi que estaba llorando. El corazón me saltó en el pecho. ¿Penny, llorando? ¿Porque nos íbamos a separar? No podía creerlo, aunque deseaba que fuese cierto. Se podría pensar que, siendo bien parecido, con mis modales cultivados, las mujeres tendrían que encontrarme irresistible, pero es un hecho

deplorable que la mayoría se me ha resistido con mucha facilidad. A Penny aquello no parecía costarle ningún esfuerzo.

- Penny -dije con rapidez-, ¿por qué todas esas lágrimas, querida? Va a estrellarse el coche.

- No puedo evitarlo.

- Bueno, dígame de qué se trata. ¿Qué ha pasado? Me ha dicho que le han encontrado; pero no me ha contado nada más -de repente un horrible pensamiento, aunque era una sospecha lógica, cruzó mi mente-. Estaba vivo, ¿no es cierto?

- Sí… está vivo, pero ¡cómo le han herido! -empezó a sollozar y tuve que agarrar el volante a toda prisa.

Ella se enderezó en el acto.

- Lo siento.

- ¿Quiere que conduzca yo?

- Se me pasará en seguida. Además, usted no sabe conducir… quiero decir que se supone que no sabe manejar un coche.

- ¿Eh? No sea tonta. Sé conducir perfectamente y no creo que esto tenga ahora ninguna importancia…

Me interrumpí, comprendiendo que quizá la tenía todavía. Si habían maltratado a Bonforte de tal modo que las heridas eran visibles, no le sería posible presentarse en público en aquellas condiciones… quince minutos después de su adopción por un nido marciano. Era posible que tuviera que encargarme de aquella entrevista con los periodistas de todos modos y partir públicamente, mientras Bonforte sería el que tendría que entrar en su propia nave de incógnito. Bien, no había inconveniente… no era mas difícil que salir a recibir los aplausos.

- Penny, ¿Dak y Roger quieren que siga con mi papel un rato? ¿Tendré que entrevistarme con los reporteros? ¿O no?

- No lo sé. No hubo tiempo para pensar en ello.

Nos acercábamos al espaciopuerto y ya se divisaban las

gigantescas cúpulas de Goddard City.

- Penny, pare el coche y hablemos. Necesito conocer el argumento de la obra.

El conductor que intentó estrellarnos había hablado… No pensé en preguntar si fue necesario usar el tratamiento de la horquilla. Le habían dejado en libertad para que regresase a Goddard City por sus propios medios, pero no le habían quitado la máscara de oxígeno. Los demás partieron en el acto a toda velocidad para la ciudad, con Dak al volante. Me sentí satisfecho de que me dejasen atrás; a los pilotos no se les debería permitir conducir otra cosa que cohetes a reacción.

Fueron a la dirección que el chofer les había dado en la parte antigua de la ciudad, bajo una de las primeras cúpulas. Deduje que se trataba del tipo de barrio con que cuentan todos los puertos desde los tiempos en que los fenicios navegaron por las costas de África; un lugar de penados en libertad condicional, prostitutas, establecimientos dudosos y otros desechos de la sociedad… un lugar donde los policías transitan por parejas.

La información que habían arrancado al chofer era correcta, pero algunos minutos atrasada. Aquella habitación había servido para tener a un hombre prisionero, desde luego, ya que había una cama que parecía haber estado ocupada por lo menos una semana, sobre una mesita todavía humeaba una taza de café, y envuelta en una toalla, en un estante, estaba la anticuada dentadura postiza que Clifton identificó como la de Bonforte. Pero el prisionero había desaparecido, así como sus guardianes.

El grupo salió de allí con la intención de llevar a la práctica su plan original, es decir, explicar que el secuestro había tenido lugar inmediatamente después de la ceremonia de adopción y obligar a Boothroyd a tomar drásticas medidas, amenazándole con recurrir a las fuerzas del nido de Kkkah. Pero encontraron a Bonforte al cabo de unos minutos, sencillamente al pasar por su lado, aun antes de salir de la ciudad vieja… un pobre y viejo vagabundo con barba de una semana, sucio e incoherente. Los hombres del grupo no le habían reconocido, pero Penny le vio en el acto y les hizo detener el coche.



Ilustración 7: Bonforte encontrado en la calle

La muchacha volvió a estallar en sollozos mientras me contaba la escena y casi nos estrellamos contra un camión que aparcaba en una de las terminales de mercancías.

Una reconstrucción razonable de los hechos era que los que iban en el otro coche… el que intentó estrellarnos en la carretera… habían informado de su fracaso, y por lo tanto los desconocidos jefes de nuestros enemigos decidieron que el secuestro de Bonforte ya no les servía de nada. A pesar de las muchas discusiones que he oído sobre este punto, en aquel momento me sentí sorprendido de que no lo hubieran matado, sencillamente. Hasta mucho después no comprendí que lo que le habían hecho era mucho más sutil, más adecuado a sus propósitos e infinitamente más cruel que el simple asesinato.

- ¿Dónde está ahora? -pregunté.

- Dak le llevó al parador de pilotos en la cúpula 3.

- ¿Es allí adonde vamos ahora?

- No lo sé. Roger sólo me dijo que fuese a buscarle a usted, y

luego desaparecieron todos por la puerta de servicio del parador. ¡Oh, no creo que debamos ir allí! No sé qué hacer.

- Penny, pare el coche.

- ¿Eh?

- Este coche está seguramente provisto de un radioteléfono. No vamos a movernos hasta que sepamos... o decidamos... lo que debemos hacer. Pero estoy seguro de una cosa: tengo que seguir representando mi papel hasta que Dak o Roger decidan que debo desaparecer. Alguien tiene que hablar con los periodistas. Alguien tiene que partir públicamente en el *Tom Payne*. ¿Está segura de que no podemos reanimar a Bonforte para que él pueda hacer todo eso?

- ¿Qué? ¡Oh, imposible! Usted no le ha visto.

- De acuerdo. Aceptaré su palabra. Bien, Penny, vuelvo a ser el señor Bonforte y usted vuelve a ser mi secretaria. Vale más que empecemos.

- Sí... señor Bonforte.

- Y ahora, será mejor que trate de localizar al capitán Broadbent por teléfono.

No pudimos encontrar un listín telefónico en el coche y tuvimos que llamar a Información; pero al fin consiguió comunicar con el club de pilotos. Pude escuchar ambas partes de la conversación gracias a un auricular suplementario.

- Éste es el Club de los Pilotos. Soy la señora Kelly.

Penny cubrió el micro con la mano.

- ¿Le doy mi nombre?

- Desde luego. No tenemos nada que ocultar.

- Soy la secretaria del señor Bonforte -dijo Penny con gravedad-. ¿Está su piloto aquí? Es el capitán Broadbent.

- Le conozco muy bien, querida -luego oímos unos gritos-: ¡Eh! ¿Alguno de vosotros ha visto a Dak? -después de una pausa, la señora

Kelly continuó-: Debe de estar en su habitación. Le paso la comunicación.

Al cabo de un momento, Penny dijo:

- ¿Capitán? El Jefe desea hablar con usted -y me entregó el aparato.

- Soy Bonforte, Dak.

- Oh, ¿dónde está usted, señor?

- Estamos todavía en el coche. Penny vino a buscarme. Oiga, Dak, creo que Bill concertó una conferencia de prensa. ¿Dónde debe celebrarse?

Dak vaciló un instante.

- Ha sido muy oportuno que nos llamara, señor. Bill ha anulado la entrevista con los periodistas. Ha habido… un ligero cambio en la situación.

- Ya me lo ha explicado Penny. Me parece muy bien; estoy bastante cansado. Dak, he decidido no quedarme en tierra esta noche; mi pierna mala me molesta mucho y ansío poder descansar en caída libre -yo odiaba las sensaciones que produce la caída libre en el espacio, pero Bonforte pensaba de otro modo-. ¿Quieren usted o Roger presentar mis excusas al Comisionado y ocuparse de los demás detalles?

- No se preocupe, señor. Nosotros lo arreglaremos.

- Bien. ¿Cuándo podrán conseguir un cohete de enlace para llegar hasta el *Tom Payne*?

- El *Pixie* le está esperando, señor. Si quiere usted dirigirse a la entrada número 3, puedo telefonear desde aquí y hacer que un coche del espaciopuerto le recoja.

- De acuerdo. Corte.

- Corto, señor.

Entregué el teléfono a Penny para que lo colocase en su soporte.

- *Rizos*, no sabemos si la frecuencia de onda de este radioteléfono está intervenida o no, ni siquiera si hay micrófonos ocultos en este mismo coche. En cualquiera de estos casos, ellos habrán sabido dos cosas: dónde se encuentra Dak, y por lo tanto dónde está él, y en segundo lugar lo que yo voy a hacer a continuación. ¿Le da esto alguna idea?

Penny se quedó un instante pensativa, luego sacó un cuaderno de notas del bolso y escribió:

Abandonemos el coche en el acto.

Asentí sin pronunciar palabra, y luego cogí la libreta y escribí a mi vez:

¿A qué distancia estamos de la entrada número 3?

Ella contestó:

Podemos ir andando.

Descendimos del coche en silencio y nos apartamos de aquel lugar. Penny había detenido el Rolls en una de las áreas de estacionamiento de los grandes almacenes cercanos al espaciopuerto; no cabía duda de que a su debido tiempo lo devolverían a sus legítimos dueños, aparte de que semejantes minucias ya no tenían importancia.

Aún no habíamos andado cincuenta metros, cuando me detuve de repente. Notaba algo extraño. Desde luego, no era el día. Hacía casi calor, y el Sol brillaba alegremente en un limpio cielo marciano de color púrpura. El tráfico, tanto rodado como peatonal, no parecía prestarnos ninguna atención o, al menos, si alguien mostraba algún interés era más por la joven y guapa muchacha que por mi persona. Sin embargo, me sentía intranquilo.

- ¿Qué sucede, Jefe?

- ¿Eh? Eso es lo que sucede.

- ¿Señor?

- Que no me comporto como el Jefe. No es propio de él marcharse

a hurtadillas, de este modo. Regresemos, Penny.

La muchacha no discutió y me siguió de nuevo hasta el coche. Esta vez me senté en la parte de atrás con aspecto majestuoso, y dejé que ella me sirviera de chofer hasta la entrada número 3.

No era la misma entrada que habíamos empleado al llegar. Creo que Dak la había escogido porque era menos frecuentada por los pasajeros, siendo utilizada principalmente para la carga. Penny no prestó ninguna atención a las señales de tráfico y llevó el enorme Rolls justo hasta la puerta de entrada al campo. Un guarda de la terminal trató de detenerla, pero ella dijo fríamente:

- Es el coche del señor Bonforte. ¿Quiere usted enviar aviso al despacho del Comisionado para que vengan a buscarlo aquí?

El policía pareció confuso, miró al compartimiento trasero, pareció reconocerme, saludó y no insistió. Le contesté con un gesto amistoso y el policía me abrió la puerta.

- El teniente insiste mucho en que se mantenga la entrada libre de coches, señor Bonforte -se excusó-; pero creo que con el suyo puedo hacer una excepción.

- Puede usted hacer que se lleven el coche cuando quiera -contesté-. Mi secretaria y yo nos marchamos en seguida. ¿Sabe si ha llegado otro coche a buscarme?

- Preguntaré en la puerta, señor -respondió, y salió corriendo.

Era precisamente la clase de público que yo necesitaba, lo suficiente para atestiguar que el señor Bonforte había llegado al espaciopuerto en un coche oficial y que se había dirigido en el acto hacia su yate espacial. Me coloqué mi varilla marciana bajo el brazo, en un gesto que recordaba a Napoleón, y cojeé tras el guarda; Penny me seguía. El policía habló con el guarda de la puerta y luego se apresuró a salirnos al encuentro, sonriendo.

- Su coche le está esperando, señor.

- Muchas gracias.

El policía parecía excitado y añadió con premura, en voz baja:

- Yo también pertenezco al Partido Expansionista, señor. Creo que hoy ha realizado usted un buen trabajo.

Miró la varilla marciana con un destello de admiración.

Yo sabía con exactitud cuál sería la reacción de Bonforte en una situación parecida.

- Hombre, muchas gracias. Espero que sea usted casado y que tenga muchos hijos. Necesitamos formar una mayoría sólida.

Rió más de lo que el chiste merecía.

- ¡Eso es muy bueno! ¡Ah! ¿No le molesta que se lo cuente a mis amigos?

- Nada de eso.

Estábamos ya cruzando la puerta, cuando el guarda de la entrada me tocó en el brazo.

- ¡Ejem!… su pasaporte, señor Bonforte.

Creo que no permití que mi expresión se alterase.

- Los pasaportes, Penny.

Ella contempló con una mirada glacial al funcionario.

- El capitán Broadbent se ocupa de toda la documentación.

El oficial me miró y luego dirigió la mirada hacia lo lejos.

- Supongo que no habrá inconveniente. Pero tengo la obligación de comprobar los pasaportes y anotar los números de serie.

- Desde luego -contesté-. Bien, creo que tendremos que llamar al capitán Broadbent para que se presente en esta entrada. ¿Sabe usted si a mi cohete de enlace se le ha asignado un horario de partida? Quizá sea conveniente que avise a la torre de control para que lo tengan en “espera”.

Penny pareció enfurecida de repente.

- Señor Bonforte, ¡esto es ridículo! En ninguna parte nos han puesto tantos impedimentos… y, desde luego, ¡nunca nos ha sucedido nada igual en Marte!

El policía de la terminal exclamó:

- Estoy seguro de que no habrá inconvenientes, Hans. Al fin y al cabo, se trata del señor Bonforte.

- Desde luego, pero…

Le interrumpí con una sonrisa.

- Creo que hay una solución sencilla. Si usted… ¿cómo se llama, señor?

- Haslwanter. Hans Haslwanter -contestó de mala gana.

- Señor Haslwanter, si quiere usted llamar al Comisionado Doothroyd, yo hablaré con él y así ahorraremos a mi piloto un viaje hasta esta entrada… y yo me ahorraré una espera de una hora o más.

- ¡Oh, no quisiera molestar al señor Comisionado! Pero podríamos llamar a la oficina del capitán del puerto… -sugirió con esperanza.

- Sólo le pido que me dé el número del señor Boothroyd. Yo le llamaré.

Esta vez usé un tono más bien relajado, la actitud adecuada en un personaje muy ocupado e importante que desea ser democrático con todo el Mundo, pero que ya se ha visto molestado por inferiores hasta el límite de su paciencia.

Aquello terminó con sus dudas. El funcionario habló con rapidez:

- Creo que no hace falta, señor Bonforte. Son sólo las ordenanzas, compréndalo.

- Claro, desde luego. Muchas gracias.

Empecé a caminar hacia el coche de tránsito.

- ¡Un momento, señor Bonforte! ¡Mire hacia aquí!

Miré a mis espaldas. Aquel meticuloso funcionario nos había hecho esperar lo suficiente para que llegasen los chicos de la prensa. Uno de ellos estaba arrodillado y me apuntaba con una cámara estereoscópica:

- Sostenga la varilla marciana en un lugar donde se pueda ver claramente, por favor.

Otros periodistas, provistos de equipos de distintas clases, se agrupaban ya a nuestro alrededor; uno de ellos se había subido al techo del Rolls. Alguien me colocaba un micrófono delante; otro tenía un micro direccional apuntado como una escopeta.

Me sentí tan furioso como una primera actriz cuyo nombre apareciese en la cartelera con letra pequeña, pero recordé a tiempo la persona a quien representaba. Sonreí y me moví lentamente. Bonforte sabía perfectamente que los movimientos parecen mucho más rápidos en los informativos; yo tenía que actuar del mismo modo.

- Señor Bonforte, ¿por qué ha anulado la conferencia de prensa?

- Señor Bonforte, se asegura que tiene la intención de pedir que la Asamblea Interplanetaria conceda la ciudadanía imperial a los marcianos, ¿quiere hacer algún comentario al respecto?

- Señor Bonforte, ¿cuándo va a exigir un voto de confianza para el Gobierno actual?

Levanté la mano con la varilla y sonreí:

- De uno en uno, por favor. Vamos a ver, ¿cuál era la primera pregunta?

Todos contestaron al mismo tiempo, desde luego; cuando se hubieron puesto de acuerdo sobre la cuestión de la precedencia, yo ya había conseguido hacerles perder varios minutos sin tener que darles ninguna respuesta. Bill Corpsman llegó corriendo en aquel momento.

- No tenéis corazón, chicos. El Jefe ha tenido un día agotador. Ya os he dado toda la información que necesitáis.

Le contuve con un gesto.

- Puedo concederles un par de minutos, Bill. Caballeros, estoy a

punto de partir para la Tierra, pero antes trataré de contestar a las preguntas más importantes. No tengo conocimiento de que el Gobierno piense modificar la situación actual de nuestras relaciones con los marcianos. Dado que no tengo ningún cargo oficial, mi opinión particular no tiene mucha importancia. Les sugiero que se dirijan ustedes al señor Quiroga. En cuanto al momento en que la oposición tratará de conseguir un voto de confianza contra el Gobierno, todo lo que puedo decirles es que no lo intentaremos hasta que estemos seguros del éxito… y a este respecto ustedes saben tanto como yo.

- Esto no es decir gran cosa, ¿no es verdad? -dijo alguien.

- No tenía la intención de ser demasiado explícito -contesté, suavizando mi contestación con una sonrisa-. Pregunten algo que pueda contestar oficialmente, y lo haré con mucho gusto. Pregunten aquello de: “¿Cuándo dejó de golpear a su esposa?”, y tendré la respuesta preparada.

Hice una pausa, recordando que Bonforte gozaba de la reputación de ser sincero y claro en sus manifestaciones, especialmente con la prensa.

- Pero no trato de evadirme de sus preguntas, señores. Todos ustedes saben la razón de mi presencia aquí. Permítanme que les diga esto… y pueden publicar mis palabras si lo desean.

Busqué en mi memoria y encontré un fragmento adecuado en uno de los discursos de Bonforte que había estudiado.

- El significado real de lo que ha sucedido hoy en el nido de Kkkah no es simplemente el de honrar a un solo hombre. Esto… -hice un gesto con la varilla marciana- prueba que dos grandes especies pueden darse la mano a través del abismo de sus diferentes culturas por medio de la comprensión mutua. Nuestra especie se extiende hasta las estrellas. Algún día veremos… ya lo estamos comprobando… que las otras razas son mucho más numerosas que la nuestra. Si queremos alcanzar el éxito en nuestra expansión hasta las estrellas, debemos portarnos sinceramente, con modestia, con el corazón abierto. He oído decir que nuestros vecinos marcianos conquistarían la Tierra si tuviesen la oportunidad de hacerlo. Eso es una tontería; la Tierra no es un lugar adecuado para los marcianos. Protejamos a los nuestros… pero no dejemos que el miedo y el odio nos arrastren a cometer acciones absurdas e innecesarias. Nunca ganaremos las estrellas si nuestras mentes son estrechas; debemos ser tan grandes como el

mismo espacio.

Un reportero frunció el ceño.

- Señor Bonforte, creo que ya oí este discurso en febrero pasado.

- Lo volverá a oír el próximo febrero. También en enero, marzo y todos los demás meses del año. La verdad necesita ser repetida -lancé una mirada hacia el guarda de la puerta y añadí-: Lo siento, pero tengo que marcharme..., o voy a perder el autobús.

Di media vuelta y atravesé la puerta; Penny iba cerca de mí.

Nos instalamos en el pequeño coche de tránsito, blindado con planchas de plomo para protegerlo de las radiaciones de las naves, y la puerta hermética se cerró con un suspiro. El coche era completamente automático, de modo que no necesitaba representar mi papel para ningún conductor. Me dejé caer en el asiento y estiré las piernas.

- ¡Uf!

- Creo que lo ha hecho maravillosamente -dijo Penny con seriedad.

- He pasado un mal rato cuando aquel periodista ha reconocido el discurso.

- Pero ha conseguido convencerle. Ha sido un golpe maestro. Usted... en realidad ha hablado igual que él.

- ¿Había alguien allí a quien debí saludar personalmente?

- No creo. Quizá uno o dos, pero no creerían en la necesidad de que les saludase en vista de la prisa que teníamos.

- Nos vimos cogidos en un aprieto. Aquel minucioso funcionario y sus pasaportes... Penny, creo que usted debería llevar los documentos en vez de Dak.

- Dak no los tiene. Cada uno lleva su propio pasaporte -abrió su bolso y me enseñó el documento-. Yo tenía el mío, pero no me atreví a admitirlo.

- ¿Eh?

- El llevaba el suyo cuando lo secuestraron. No nos atrevimos a pedir un duplicado… por lo menos en esos momentos.

De repente me sentí muy cansado.

Ya que no tenía instrucciones de Dak o de Roger, seguí representando mi fingida personalidad durante el ascenso del cohete de enlace y hasta que entré en el *Tom Payne*. No hubo ninguna dificultad. Sencillamente me dirigí a la cabina del propietario de la nave y pasé largas y miserables horas en caída libre, mordiéndome las uñas y pensando en lo que sucedería ahora en la superficie del planeta. Con la ayuda de unas cuantas píldoras antináusea, conseguí por fin dormirme… lo cual fue un error, porque no tuve más que una serie de pesadillas en las que me veía siempre desprovisto de mis pantalones, con periodistas señalándome con el dedo, policías tocándome en el hombro y marcianos apuntándome con sus mortales varillas. Todos ellos sabían que llevaba una falsa personalidad y no hacían más que discutir quién tendría el honor de descuartizarme y tirarme por el excusado.

Me despertó el ulular del aviso de aceleración. El vibrante barítono de la voz de Dak estaba diciendo:

"¡Primer y último aviso! ¡Gravedad, un tercio! ¡Un minuto!"

Me tendí rápidamente en la litera y esperé. Me sentí mucho mejor cuando experimenté el tirón de la aceleración. Una gravedad de un tercio no es gran cosa, creo que la misma que en la superficie de Marte, pero es suficiente para tranquilizar el estómago y convertir el suelo en un piso firme.

Unos cinco minutos más tarde, Dak llamó a la puerta y entró, mientras yo me dirigía a abrirle.

- Hola, Jefe.

- Hola, Dak. Estoy muy contento por verle de nuevo…

- Seguramente no tanto como yo de encontrarme aquí -dijo con un tono cansado; lanzó una mirada de deseo a mi litera-. ¿Le importa si me tiendo por un momento?

- Como guste.

Se tendió en la litera y dejó escapar un suspiro de alivio.

- ¡Caramba, estoy agotado! Podría dormir durante una semana entera… y creo que lo haré.

- Entonces seremos dos, porque yo tenía la misma idea. ¡Uh!… ¿Consiguieron traerle a bordo?

- Sí. ¡Vaya carrera!

- Supongo que habrá sido difícil. Sin embargo, creo que les habrá sido más fácil hacerlo en un espaciopuerto pequeño como éste, que hacer lo que hizo conmigo en el Jefferson.

- ¿Eh? No, ha sido mucho más difícil aquí.

- ¿Por qué?

- Es algo obvio. Aquí todo el Mundo se conoce… y todos hablan -Dak sonrió amargamente-. Lo hemos traído a bordo como una caja de langostinos del canal… congelados. Hemos tenido que pagar los derechos de aduana.

- Dak, ¿cómo se encuentra?

- Bien… -Dak arrugó el ceño-. El doctor Capek dice que se recuperará completamente… sólo es una cuestión de tiempo -luego estalló-: ¡Si pudiera poner las manos encima de esas ratas! Le haría llorar el ver lo que le han hecho… y, sin embargo, tenemos que dejar que salgan impunes de este crimen… por el bien de él.

Dak parecía a punto de llorar. Le contesté suavemente.

- Penny me dijo que le han maltratado mucho. ¿Está malherido?

- ¿Cómo? No debió de comprender bien las palabras de Penny. Aparte de la suciedad y de necesitar un peluquero, no tenía nada absolutamente… en su cuerpo.

Debí de mostrar una expresión estúpida.

- Pensé que le habían golpeado. Algo así como darle una paliza con un palo de béisbol.

- Lo habría preferido. ¿A quién le preocupan unos cuantos huesos rotos? No, no, el daño lo hicieron en su cerebro.

- ¡Oh!... -me sentí enfermo-. ¿Lavado de cerebro?

- Sí. Sí y no. No es posible que tratasen de hacerlo hablar, porque no tenía ningún secreto que fuese de importancia política. Siempre trabajó abiertamente y todo el Mundo lo sabe. Deben de haber usado este procedimiento para mantenerlo bajo control, impedirle que tratara de escapar.

Dak continuó:

- El doctor dice que habrán usado la dosis mínima diariamente, lo suficiente para mantenerle en un estado de docilidad, hasta el momento en que le pusieron en libertad. Entonces le inyectaron una dosis capaz de convertir a un elefante en un idiota rabioso. Los lóbulos frontales de su cerebro deben de estar empapados con la droga, igual que una esponja de baño.

Me sentí tan mareado que me alegré de no haber comido nada. Una vez leí algo sobre aquel tema; lo odio tanto que aquella lectura me fascinó. Para mí hay algo inmoral y degradante hasta un extremo cósmico en manipular la personalidad humana. En comparación, el asesinato es un crimen decente, un mero pecadillo.

Lavado de cerebro es una expresión heredada del movimiento comunista ocurrido en la última Edad Media, primero se aplicó para quebrantar la voluntad de un hombre y alterar su personalidad por medio de indignidades físicas y sutiles torturas. Pero aquello necesitaba meses de tiempo, más tarde encontraron un medio mejor, un medio por el que se podía convertir a un hombre en un esclavo en cuestión de segundos... sencillamente, inyectando uno cualquiera de varios derivados de la cocaína en los lóbulos frontales del cerebro

Aquel malvado procedimiento había sido usado, en primer lugar, con fines legítimos, para aquietar pacientes furiosos y hacerles accesibles a la psicoterapia. En tal forma, era un adelanto humano, ya que se usaba en lugar de la lobotomía... *lobotomía* es una palabra casi tan anticuada como el cinturón de castidad, pero significa remover el cerebro de un hombre con un cuchillo, de tal modo que su personalidad quede destruida sin matarle. Sí, es cierto que antiguamente hacían esas cosas... del mismo modo que daban palizas

a los locos para hacer salir a los demonios.

Los comunistas desarrollaron el procedimiento de lavado de cerebro por medio de drogas hasta alcanzar una técnica eficiente y precisa, y luego, cuando los comunistas desaparecieron de la escena social, los Sindicatos de Hermanos lo refinaron aun más hasta que podían drogar a un hombre tan ligeramente que sólo le hacían creer en cualquier clase de propaganda… o atiborrarle de cocaína hasta convertirle en una masa informe de protoplasma… todo en el dulce nombre de la Hermandad. Después de todo, no se puede tener hermandad si un hombre es lo bastante obstinado como para pretender guardar sus propios secretos, ¿no es cierto? ¿Y qué mejor medio de estar seguro de que no se guardará nada para sí, que clavarle una aguja a través del globo ocular y darle una dosis de la droga en el cerebro? No se pueden hacer tortillas sin romper algunos huevos. Los sofismas de los criminales… ¡bah!

Desde luego, la técnica del lavado de cerebro había sido declarada ilegal hacía ya mucho tiempo, excepto para casos médicos, con el consentimiento expreso del juez. Pero los bandidos lo usan y los policías tampoco son inocentes de ese crimen, en muchas ocasiones, porque con ello se consigue fácilmente que un hombre hable libremente y el procedimiento no deja ninguna señal física. Incluso se puede decir a la víctima que olvide lo que se le ha hecho.

Sabía todo esto en el momento en que Dak me contó lo que habían hecho al pobre Bonforte, y el resto lo aprendí de la *Enciclopedia Batavia*, que llevábamos en la biblioteca de la nave. Hay un artículo sobre “Integración psíquica” y otro sobre “Tortura”.

Moví la cabeza lentamente y traté de eliminar aquel horror de mi mente.

- ¿Podrá recobrarse?

- El doctor dice que la droga no altera la estructura del cerebro, simplemente lo paraliza. Me ha dicho que con el tiempo la corriente sanguínea recoge y arrastra toda la droga, luego se elimina por la secreción renal. Pero tarda mucho tiempo.

Dak me miró.

- ¿Jefe?

- ¿Eh? Creo que ya va siendo hora de dejarnos de ese tratamiento de “Jefe”. Bonforte ya ha regresado.

- De eso quería hablarle. ¿Sería pedirle demasiado que siga representando su papel por un poco más de tiempo?

- Pero, ¿por qué? Todos los que estamos aquí nos conocemos.

- Eso no es completamente cierto, Lorenzo. Hemos conseguido mantener un secreto muy bien guardado. Estamos enterados usted y yo… -empezó a contar con los dedos-. Luego lo saben el doctor, Roger y Bill. Penny, naturalmente. Luego hay un hombre llamado Langston en la Tierra, a quien usted no conoce. Creo que Jimmy Washington lo sospecha, pero no se lo dirá ni a su propia madre. No sabemos cuántos tomaron parte en el secuestro, pero puede estar seguro de que no fueron muchos. En cualquier caso, ellos no se atreverán a hablar, y lo más gracioso del caso es que ahora no pueden probar que lo han tenido prisionero aunque quisieran. Pero la cuestión es ésta: aquí, en el *Tom Payne*, tenemos a toda la tripulación y demás personal que no saben nada. Amigo, ¿qué dice de seguir con su papel y dejar que la tripulación y las mecanógrafas de Washington le vean cada día… mientras él se recupera? ¿Qué me dice?

- Mmmm… No veo ninguna razón en contra. ¿Cuánto puede durar?

- Sólo durante el viaje de regreso. Iremos despacio, con baja aceleración. Le gustará el viaje.

- De acuerdo. Otra cosa, Dak, no cuente esto en mis honorarios. Haré este trabajo porque odio el lavado de cerebro.

Dak dio un salto y me dio una palmada en la espalda.

- Lorenzo, usted es de los hombres que me gustan. No se preocupe por los honorarios, ya nos ocuparemos de usted -su expresión cambió de nuevo-. Perfectamente, Jefe. Le veré por la mañana, señor.

Pero una cosa arrastra otra consigo. La órbita que utilizamos para el viaje de regreso pasaba por donde no hubiera muchas posibilidades de que una agencia de noticias nos enviara una nave para comentar las incidencias de nuestro viaje. Me desperté en caída libre, tomé una píldora y conseguí desayunar, aunque con dificultades. Penny se presentó poco después.

- Buenos días, señor Bonforte.

- Buenos días, Penny -incliné la cabeza en dirección al camarote de los invitados-. ¿Cómo sigue?

- Igual. Nada de interesante. El capitán le envía sus saludos y dice si podría visitarle en su cabina, cuando lo crea conveniente.

- Iré en seguida.

Penny me siguió. Dak estaba allí con los pies enroscados en las patas de una silla para mantener el equilibrio. Roger y Bill estaban atados a dos literas.

Dak me lanzó una rápida mirada y dijo:

- Gracias por venir, Jefe. Necesitamos su ayuda.

- Buenos días. ¿De qué se trata?

Clifton contestó a mi saludo con su acostumbrada deferencia y me llamó "Jefe"; Corpsman saludó con la cabeza. Dak continuó:

- Para terminar de una vez con todo esto, tendría que pronunciar un discurso final.

- ¿Cómo? Pensé que…

- Un momento. Las cadenas de radio y televisión esperaban que usted pronunciaría un discurso hoy mismo, dando sus comentarios sobre la ceremonia de ayer. Creo que Roger pensaba cancelar ese compromiso, pero Bill tiene el discurso preparado. La pregunta es la siguiente: ¿querrá usted pronunciarlo?

El problema que siempre se presenta al adoptar a un gato es el de que siempre vienen los gatitos detrás.

- ¿Dónde debo pronunciarlo? ¿En Goddard City?

- ¡Oh, no! En su mismo camarote. Lo lanzaremos en foco directo hasta Phobos; ellos lo filmarán para Marte y lo pondrán en el circuito interplanetario para *New Batavia*, donde lo recogerán las cadenas de la Tierra y será retransmitido a Venus, Ganímedes, etcétera. Dentro de

cuatro horas su discurso se escuchará en todo el Sistema, pero usted no necesita moverse de su cabina.

El aparecer en una gran cadena de emisoras es siempre algo muy tentador para un artista. Una vez tuve una oportunidad semejante, pero en aquella ocasión mi número fue recortado hasta tal punto que mi rostro sólo apareció en la pantalla durante veintisiete segundos. Pero el poder tener una emisión para mí solo…

Dak pensó que no estaba muy convencido y añadió:

- No le será muy difícil, ya que tenemos el equipo necesario para filmar el discurso aquí mismo, en el *Tom Payne*. Luego podemos proyectarlo y eliminar lo que creamos conveniente.

- Bien… de acuerdo. ¿Tiene el borrador, Bill?

- Sí.

- Déjeme repasarlo.

- ¿Qué quiere decir? Lo tendrá con tiempo suficiente.

- Pues… sí.

- Entonces déjeme leerlo.

Corpsman pareció furioso.

- Lo tendrá una hora antes de que empecemos la grabación. Esas cosas salen mejor si parecen espontáneas.

- El aparecer espontáneo es una cuestión de meticulosa preparación, Bill. Ésa es mi profesión.

- Se portó muy bien ayer en el espaciopuerto sin ningún ensayo. Esto no será diferente. Quiero que lo haga del mismo modo.

El carácter de Bonforte empezaba a mostrarse irritado cuanto más remiso se presentaba Corpsman; creo que Clifton se dio cuenta de que yo estaba a punto de estallar, porque dijo:

- ¡Oh, termina de una vez, Bill! ¡Dale el discurso!

Corpsman murmuró algo ininteligible y me tiró las páginas escritas a máquina. En caída libre los papeles flotaron por el aire, pero se esparcieron por la cámara. Penny las recogió, las clasificó y me las entregó. Le di las gracias sin decir una palabra más y empecé a leer.

Lo ojeé rápidamente en una fracción del tiempo que sería necesario para pronunciar el discurso. Por fin terminé y levanté la vista.

- ¿Bien? -preguntó Roger.

- Sólo unos cinco minutos se refieren a la adopción. El resto no son más que argumentos para ideas del Partido Expansionista. Muy parecido a todos los discursos que me dieron para estudiar.

- Es cierto -admitió Clifton-. La adopción no es más que el cebo que nos sirve para propagar nuestra doctrina. Como ya sabe, esperamos poder formar un voto de confianza en el Gobierno dentro de algún tiempo.

- Lo comprendo. No les conviene perder esta oportunidad de redoblar en su propio tambor. Bien, estoy de acuerdo con ello, pero…

- Pero ¿qué? ¿Qué es lo que le preocupa?

- Pues… el carácter. En varios sitios debemos cambiar algunas palabras. No creo que sea la forma en que él se expresaría.

Corpsman estalló con una palabra innecesaria en presencia de una dama; yo le lancé una fría mirada.

- Oiga, Smythe -continuó Corpsman-, ¿quién puede decir cómo se expresaría Bonforte en esta ocasión? ¿Usted? ¿O el hombre que ha escrito sus discursos durante los últimos cuatro años?

Traté de no alterarme; no había duda de que había algo de razón en lo que decía.

- Sin embargo -repliqué-, una frase que parece excelente sobre el papel puede no servir para nada si tiene que ser pronunciada. He aprendido que Bonforte es un gran orador. Pertenece al mismo grupo que Wester, Churchill y Demóstenes… grandiosas ideas expresadas con palabras sencillas. Ahora fíjese en esta palabra “intransigente” que usted ha puesto dos veces. Yo podría usarla, pero es que me gustan las

polisílabas; me complazco en exhibir mi erudición literaria. Pero el señor Bonforte diría “tozudo” o “terco”, o “testarudo”. La razón es, naturalmente, que estas palabras pueden servir para expresar las emociones con mucha mayor eficacia.

- ¡Usted ocúpese de pronunciar el discurso! ¡Yo me ocuparé de las palabras que uso!

- No me comprende, Bill. No me preocupa el que el discurso tenga importancia política o no; mi trabajo consiste en caracterizar a una persona. Y no puedo hacerlo si ponemos en su boca palabras que nunca usaría; haría el mismo falso efecto que una cabra recitando versos en griego. Pero si puedo leer el discurso con palabras que él usaría, en el acto se convertirá en una cosa efectiva. Bonforte es un gran orador.

- Oiga, Smythe, no le hemos contratado para que escriba discursos. Usted está aquí para…

- ¡Un momento, Bill! -interrumpió Dak-. Y un poco menos de ese “Oiga, Smythe”. Bien, Roger, ¿qué opina?

Clifton dijo:

- Tal como yo lo entiendo, Jefe, ¿su única objeción es a la forma en que están redactadas algunas de las frases?

- Pues sí. Sugiero que se suprima ese ataque personal contra Quiroga, además, y la insinuación sobre el apoyo financiero que recibe. No me parece algo propio de Bonforte.

Clifton pareció confuso.

- Ésas son unas frases que yo mismo he incluido. Pero es posible que tenga razón. Bonforte siempre concede a un hombre el beneficio de la duda -quedó silencioso por unos momentos-. Haga usted los cambios que crea necesarios. Grabaremos el discurso y luego podemos revisarlo en la pantalla. Siempre estamos a tiempo de recortarlo… o inclusive cancelar la emisión completamente debido a “dificultades técnicas” -sonrió duramente-. Eso es lo que haremos, Bill.

- ¡Maldita sea!, esto no es más que un ejemplo ridículo de…

- Eso será lo que haremos Bill.

Corpsman salió de la cabina sin despedirse. Clifton suspiró.

- Bill siempre ha odiado la idea de que alguien que no sea B. pueda darle instrucciones. Pero es un hombre muy capaz ¡Uh, Jefe!, ¿cuándo cree que estará listo para empezar la grabación? La emisión empieza a las dieciséis horas.

- No lo sé. Pero no les haré esperar.

Penny me siguió a mi oficina. Después que hubo cerrado la puerta dije:

- No la necesitaré durante la próxima hora, más o menos, Penny. Pero le agradeceré que le pida a Dak unas cuantas de esas píldoras. Es posible que las necesite.

- Sí, señor -flotó en el aire con la espalda hacia la puerta-. ¿Jefe?

- ¿Sí, Penny?

- Sólo quería decirle que no crea en lo que dijo Bill respecto a que ha escrito todos sus discursos.

- No le creí. Yo he oído sus discursos... y he leído esto.

- ¡Oh!, desde luego Bill le presenta borradores muchas veces. También lo hace Roger. Hasta yo misma le he ayudado en ocasiones. Él... él podía usar las ideas de cualquiera si pensaba que eran buenas. Pero cuando pronuncia un discurso, éste es suyo, todas y cada una de las palabras.

- La creo, Penny. Quisiera que él mismo hubiera podido escribir este discurso.

- ¡Hágalo lo mejor que pueda!

Así lo hice. Empecé simplemente substituyendo sinónimos, colocando las guturales palabras sajonas en lugar de los retorcidos trabalenguas latinos. Luego me excité y rompí el discurso en mil pedazos. Un actor se divierte mucho cuando puede modificar los diálogos de sus obras; no es muy corriente que se le presente esa oportunidad.

Sólo permití a Penny que estuviese presente cuando pronuncié el discurso delante de la máquina grabadora en sonido y estereovisión y conseguí la promesa de Dak de que no habría nadie en toda la nave que me escuchase por algún micro oculto, aunque sospecho que el muy fresco me engañó y él fue el único que escuchó mientras se realizaba la grabación. Conseguí que los ojos de Penny se llenaran de lágrimas al cabo de tres minutos; cuando terminé (veintiocho minutos y medio de duración, dejando el tiempo justo para la identificación de las emisoras) Penny había agotado todas sus emociones. No me permití ninguna libertad con la doctrina ortodoxa del Partido Expansionista, tal como había sido proclamada por su profeta oficial, el Muy Honorable John Bonforte; simplemente me limité a reconstruir el discurso, usando principalmente frases e ideas de otros discursos.

Y me sucedió algo extraño… yo mismo creí cada una de mis palabras mientras lo pronunciaba.

Pero, amigo, ¡que discurso!

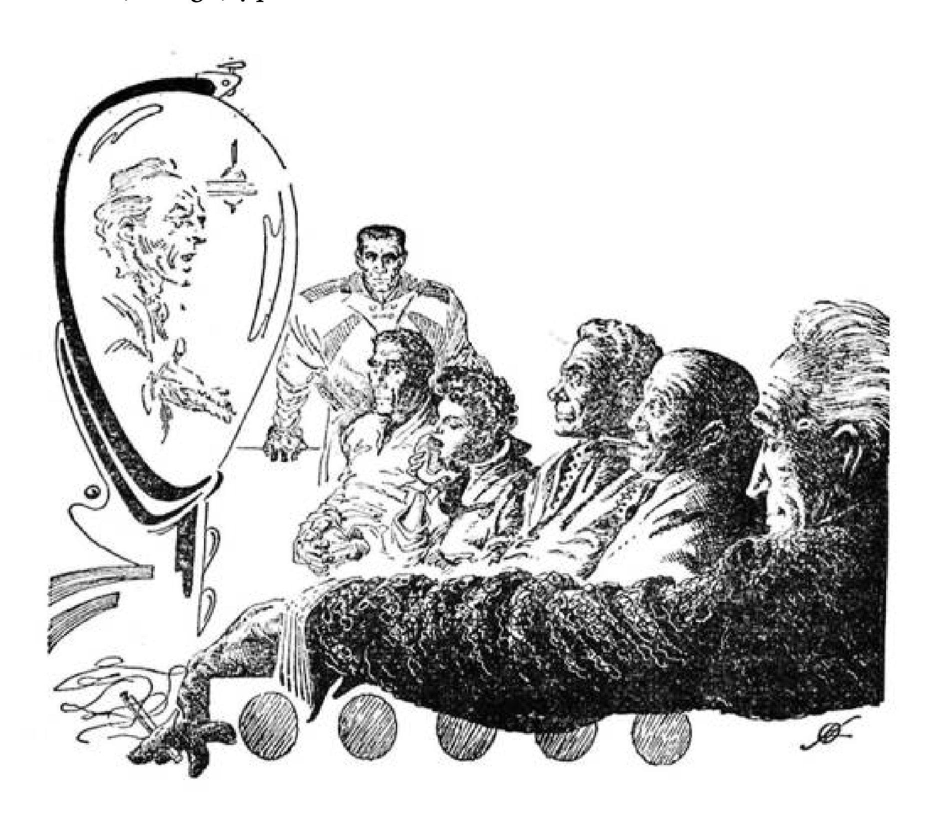


Ilustración 8: Escuchando hablar a Bonforte

Después todos asistimos a la proyección, completa con una imagen estereoscópica de mi persona. Jimmy Washington también estaba presente, lo que hizo que Bill Corpsman permaneciese callado. Cuando terminó pregunté:

- ¿Qué le ha parecido, Roger? ¿Tenemos que eliminar algo?

Roger se sacó el cigarro de la boca y contestó:

- No. Si quiere mi consejo, Jefe, que se proyecte tal como está.

Corpsman volvió a salir de la cámara sin pronunciar una sola palabra; pero Washington se me acercó con lágrimas en los ojos… una cosa que siempre constituye una molestia en caída libre; el líquido no puede ir a ninguna parte.

- Señor Bonforte, ha sido algo hermoso.

- Gracias, Jimmy.

Penny no pudo pronunciar una sola palabra.

Después de la reunión me metí en la cama; una representación difícil siempre me deja completamente rendido. Dormí más de ocho horas y luego me despertó el bramido del altavoz. Me había atado a la litera con los cinturones de seguridad… odio el flotar en el aire mientras duermo en caída libre… y por lo tanto no tuve que moverme de la litera. Pero no sabía que volvíamos a acelerar, de modo que llamé a la cabina de control entre el segundo y el tercer aviso.

- ¿Capitán Broadbent?

- Un momento, señor -contestó la voz de Epstein, el copiloto.

Luego escuché la voz de Dak.

- ¿Sí, Jefe? Volvemos a acelerar, de acuerdo con sus instrucciones.

- ¿Eh? ¡Oh, claro, desde luego!

- Creo que Clifton se dirige ahora hacia su cabina.

- Muy bien, capitán.

Volví a tenderme en la litera y esperé.

Inmediatamente después que sentí el tirón de la aceleración a una gravedad, Clifton entró en mi cabina; tenía una expresión preocupada en su semblante que no pude descifrar… partes iguales de triunfo, confusión o ira.

- ¿Qué sucede, Roger?

- ¡Jefe! ¡Se nos han adelantado! ¡El Gobierno de Quiroga ha dimitido!

7

Aún estaba medio adormilado, moví la cabeza para tratar de aclarar mis ideas.

- ¿Y por qué parece tan preocupado, Roger? Eso es lo que trataban de conseguir, ¿no es cierto?

- Pues sí… desde luego. Pero… -se interrumpió.

- Pero ¿qué? No lo comprendo. Han estado trabajando e intrigando durante años para llegar a esta situación. Ahora que lo han conseguido… se parecen a la novia que no se encuentra segura de que se quiera casar con su prometido, y eso en el mismo día de la boda… ¿Por qué? Los malvados han sido arrojados a la calle y los buenos de la película iniciarán una era de miel y felicidad. ¿No es así?

- ¡Uh!… se conoce que no sabe mucho de política.

- En efecto. Me curé de esa enfermedad cuando presenté mi candidatura para jefe de patrulla en los boy-scouts.

- Pues bien, todo depende de hacer las cosas en el momento oportuno.

- Eso mismo decía mi padre. Mire, Roger, me parece entender que si las cosas fuesen como usted quiere, Quiroga aún seguiría en el Gobierno. Antes dijo que se le había adelantado.

- Déjeme que le explique. Lo que queríamos en realidad era forzarle a pedir un voto de confianza y ganar la votación y por lo tanto obligarle a que convocase elecciones generales… pero en el momento que nos conviniese, cuando podíamos ganar la elección.

- ¡Oh! ¿Y ahora piensan que no la pueden ganar? ¿Cree que

Quiroga volverá a ser Ministro Supremo por otros cinco años… o por lo menos que el Partido de la Humanidad recobrará el poder?

Clifton pareció pensativo.

- No; creo que tenemos muchas posibilidades de ganar la elección.

- ¿Eh? Es posible que todavía no esté despierto. ¿Es que no quieren ganar?

- Desde luego. Pero ¿es que no comprende lo que esta dimisión nos ha hecho?

- Creo que no.

- Bien, el Gobierno que está en el poder puede convocar a elecciones generales en cualquier momento dentro de los límites constitucionales de cinco años. Generalmente se dirigen al pueblo cuando el momento les parece el más favorable para ellos. Pero no dimiten entre la convocatoria y las elecciones a menos que se vean obligados a ello. ¿Comprende?

Me di cuenta de que los acontecimientos seguían un orden extraño, aunque yo no estaba muy acostumbrado a las cosas de la política.

- Creo que sí.

- Pero en este caso el Gobierno Quiroga ha convocado elecciones generales y luego ha dimitido en masa, dejando el Imperio sin gobierno. Por lo tanto el Soberano se ve precisado a llamar a algún otro para que forme un Gobierno regente que lleve la dirección del Estado hasta que se celebren las elecciones. De acuerdo con la letra de la Ley puede solicitar los servicios de cualquier miembro de la Asamblea Interplanetaria, pero como asunto estricto de precedente constitucional no tiene elección posible. Cuando un Gobierno dimite en masa… no simplemente cuestión de unas cuantas carteras, sino que abandona en bloque… entonces el Soberano debe requerir al Jefe de la Oposición que forme el Gobierno regente. Es algo indispensable en nuestro sistema político; evita que la dimisión no pase de ser un gesto vacío de significado. En el pasado se han aprobado muchos otros sistemas, bajo algunos de ellos se cambiaba de Gobierno como de camisa. Pero el nuestro actual asegura un Gobierno responsable y duradero.

Me sentí tan ocupado tratando de comprender todas las consecuencias de la situación, que casi no comprendí sus siguientes palabras.

- De modo que, naturalmente, el Emperador ha requerido la presencia de Bonforte en New Batavia.

- ¿Cómo? ¿New Batavia? ¡Muy bien!

Estaba pensando que nunca había visitado la Capital Imperial. La única vez que estuve en la Luna las vicisitudes de mi profesión me dejaron sin tiempo ni dinero para hacer la excursión.

- ¿Es por eso entonces que hemos vuelto a acelerar? Bien, a mí no me importa ir a New Batavia. Supongo que siempre encontrarán una manera de enviarme a casa si el *Tom Payne* no regresa pronto a la Tierra.

- ¿Qué? ¡Cielos!, no se preocupe por eso ahora. Cuando llegue el momento, el capitán Broadbent encontrará mil formas de hacer que usted llegue a su casa sano y salvo.

- Lo siento. Me olvidé que tiene asuntos más importantes que el mío, Roger. Desde luego que tengo que volver a casa ahora que mi trabajo ha terminado. Pero no me importa pasar unos cuantos días o hasta un mes en la Luna, si es preciso. No tengo ningún asunto urgente entre manos. Pero le agradezco que se haya molestado en explicarme la situación -miré atentamente a su rostro-. Roger. Parece estar muy preocupado.

- ¿Es que no lo comprende? El Emperador ha enviado a buscar al señor Bonforte. ¡El Emperador! Y Bonforte no se encuentra en condiciones de presentarse en público. ¡Nuestros enemigos han realizado una jugada muy audaz y es posible que nos hayan llevado a un jaque mate!

- ¿Eh? Espere un momento. Poco a poco. Ya veo lo que quiere decir… pero, amigo, todavía no estamos en New Batavia. Estamos a cien millones de millas de distancia, o doscientos millones, o lo que sea. El doctor Capek lo habrá estrujado y dejado listo para que se presente ante el Emperador cuando lleguemos. ¿No lo cree así?

- Bien… nos queda esa esperanza.

- Pero ¿no está seguro?

- No podemos tener la seguridad. Capek dice que no existe una información clínica completa para estos casos de dosis masivas. Depende del metabolismo de cada individuo y de la droga que se haya usado.

De repente me acordé de la ocasión cuando un subalterno me había propinado, sin yo saberlo, una potente purga momentos antes de la representación. (Pero yo desempeñé mi papel a toda costa, lo cual prueba el dominio de la mente sobre la materia… y luego le despedí en el acto).

- Roger, ¿es posible que le hayan propinado la última e innecesaria inyección no sólo por simple sadismo… sino para llevarnos a esta situación?

- Yo así lo creo. También el doctor Capek es de la misma opinión.

- ¡Alto! En tal caso eso significa que Quiroga es el hombre que ha maquinado el secuestro… y que hemos tenido a un gángster dirigiendo el Imperio.

Roger movió la cabeza.

- No necesariamente. Ni siquiera es probable. Pero desde luego significa que las mismas fuerzas que controlan a los Activistas también controlan los destinos del Partido de la Humanidad. Pero nunca podremos acusarles de nada; son todos gente irreprochable, ultrarespetables. Sin embargo, han podido avisar a Quiroga de que había llegado el momento de tenderse en el suelo y hacerse el muerto… y obligarle a hacerlo. Casi con toda seguridad -añadió-, sin decirle los verdaderos motivos de por qué se consideraba éste como el momento oportuno.

- ¡Cielos! ¿Quiere decir que el hombre que ocupa el puesto más alto del Imperio puede cerrar el negocio y abandonar, de esa forma? ¿Todo porque alguien entre bastidores le ordene que lo haga?

- Me temo que eso es lo que creo.

Moví la cabeza lentamente.

- ¡La política es un juego sucio!

- No -contestó Clifton con calor-. No existen los juegos sucios. Pero a veces uno se encuentra con jugadores deshonestos.

- No veo en qué consiste la diferencia.

- Hay un mundo de diferencia. Quiroga es un político de tercera fila y un hombre de paja... En mi opinión está en las manos de unos cuantos malvados. Pero no hay nada de mediocridad en John Joseph Bonforte, y éste nunca, nunca, ha sido un juguete de nadie. Como partidario, ha creído siempre en la causa, como jefe, nos ha dirigido por la convicción.

- Reconozco mi error -dije humildemente-. Bien, ¿qué podemos hacer? ¿Que Dak arrastre los pies de manera que el *Tom Payne* no llegue a New Batavia hasta que Bonforte se encuentre recuperado?

- No podemos demorarnos. No estamos obligados a acelerar a más de una gravedad; nadie puede esperar que un hombre de la edad de Bonforte soporte un esfuerzo innecesario para su organismo. Pero no podemos tardar en exceso. Cuando el Emperador llama, debemos acudir.

- ¿Entonces qué?

Clifton me miró sin contestar. Yo empecé a ponerme nervioso.

- ¡Un momento, Roger, no empiece a tener ideas absurdas! Todo esto no tiene nada que ver conmigo. Yo ya he terminado, excepto por unas cuantas representaciones en esta nave. Sucio o no, la política no es un juego que me guste... Me contento con que me paguen y me envíen a casa y les garantizo que ni siquiera me inscribiré para votar.

- Probablemente no tendrá que hacer nada. El doctor Capek posiblemente lo tendrá curado cuando lleguemos a New Batavia. Pero de cualquier modo no sería nada difícil para usted... mucho menos que la ceremonia de adopción marciana... sólo una entrevista con el Emperador y...

- ¡El Emperador! -casi grité.

Como la mayoría de los americanos, no comprendía a la realeza y en el fondo no aprobaba la institución... y además sentía un oculto e

inadmitido temor a los Reyes. Después de todo, los americanos llegamos al Imperio por la puerta trasera. Cuando firmamos el Tratado por el que nos convertimos en Miembro del Imperio a cambio de las ventajas de voz y voto en la Asamblea Interplanetaria, se acordó explícitamente que nuestras instituciones locales, nuestra Constitución y todo lo demás, no serían afectadas… y tácitamente admitido que ningún miembro de la familia real visitaría nunca América. Quizá no haya sido una buena idea. Quizá si estuviésemos más acostumbrados a la realeza no nos impresionaría tanto. En cualquier caso, es bien conocido el hecho que las democráticas damas americanas son las más impacientes en su deseo de ser presentadas en la corte del Emperador que las de ningún otro país.

- Tranquilícese-contestó Clifton-. Probablemente no tendrá que hacerlo. Sólo queremos estar preparados Lo que quería decirle es que un Gobierno regente no presenta ninguna dificultad. No formula ninguna Ley, ni cambia nada de las normas establecidas. Yo me cuidaré de todo el trabajo. Todo lo que usted tendrá que hacer… si es que tiene que hacer algo… será presentarse en la audiencia oficial del Emperador Willem… y quizá acudir a una o dos conferencias de prensa controladas; depende del tiempo que tarde en curarse Bonforte. Lo que ya ha realizado ha sido mucho más difícil… y le pagaremos por ello tanto si tiene que hacerlo como si no.

- ¡Maldita sea! ¡El dinero no tiene nada que ver con esto! Es que… oiga, para usar las palabras de un famoso actor teatral de otros tiempos: “¡No cuenten conmigo!”.

Antes de que Clifton pudiera contestar, Bill Corpsman irrumpió en mi cabina sin llamar a la puerta, nos miró y dijo bruscamente a Clifton:

- ¿Se lo has dicho?

- Sí -admitió Clifton-. No acepta el trabajo.

- ¿Cómo? ¡Qué tontería!

- No es una tontería -repliqué-, e incidentalmente, Bill, esa puerta por la que acaba de entrar tiene un sitio magnífico para golpear. En mi profesión se acostumbra a llamar a la puerta y gritar: “¿estás presentable?”, antes de entrar. Quisiera que se acordase de eso.

- ¡Oh, mil rayos! Estamos en un lío y no hay tiempo para eso.

¿Qué es esa cobardía de no querer aceptar el trabajo?

- No es cobardía. Éste no es el trabajo para el que me comprometí.

- ¡Basura! Quizá es demasiado estúpido para darse cuenta de ello, Smythe, pero está ya demasiado metido en el asunto para rezongar que quiere salirse ahora. No será bueno para su salud.

Me acerqué a él y le agarré por el brazo.

- ¿Me amenaza, Bill? Si es así, salgamos fuera y lo discutiremos.

Se sacudió mi mano de encima con un ademán.

- ¿En una nave espacial? ¿Es usted tonto? Pero ¿es que no ha acabado de comprender que todo este lío es por culpa suya?

- ¿Qué quiere decir?

- Quiere decir -contestó Clifton- que está convencido que la caída del Gobierno Quiroga ha sido consecuencia directa del discurso que ha pronunciado hace unas cuantas horas. Es posible que tenga razón. Pero eso no tiene importancia ahora. Bill, trata de mostrarte cortés dentro de lo razonable, ¿quieres? No iremos a ninguna parte si empezamos a pelearnos entre nosotros.

Me sentí tan sorprendido por la idea de que yo había sido la causa de la dimisión de Quiroga que se me olvidó el deseo que sentía de hacer saltar unos cuantos dientes a Corpsman. ¿Era posible que hablasen en serio? Desde luego había sido un discurso magnífico, pero no podía creer en los resultados.

Bien, si era cierto, no hay duda que el efecto había sido rápido.

Dije pensativo:

- Bill, ¿debo comprender que se queja porque el discurso que pronuncié tuvo un efecto más grande del que usted quería?

- ¡Qué va! Si fue un discurso ridículo.

- ¿Es posible? Pero no se pueden sustentar dos opiniones contrarias. En realidad está diciendo que un discurso ridículo tuvo tal

efecto que hizo saltar del poder al Partido de la Humanidad. ¿No es eso lo que quiere decir?

Corpsman pareció furioso; empezó a contestarme y se dio cuenta de que Clifton escondía una sonrisa detrás de la mano. Hizo una mueca, empezó de nuevo a hablar... y finalmente se encogió de hombros y dijo:

- De acuerdo, campeón, tiene razón; el discurso no ha tenido nada que ver con la caída del Gobierno Quiroga. Sin embargo, eso nos carga con una montaña de trabajo. De modo que ¿qué hay de eso de que no quiere hacer su parte?

Volví a mirarle y conseguí calmar mi cólera... sin duda gracias a la influencia del carácter de Bonforte; el representar el papel de una persona de temperamento sereno contribuye a la propia serenidad.

- Bill, de nuevo tengo que repetir que no se pueden tener dos opiniones distintas. Hace un momento ha dicho de una manera rotunda que no me consideraba otra cosa que un asalariado. Por lo tanto, no tengo otra obligación que cumplir con mi trabajo, el cual está terminado. No puede alquilarme para otro trabajo, a menos que me convenga. Y éste no me conviene.

Empezó a hablar, pero yo le interrumpí:

- Eso es todo. Y ahora salga de aquí. Su presencia no me resulta agradable.

Pareció asombrado.

- ¿Quién se cree que es para poder dar órdenes?

- Nadie. Absolutamente nadie, tal como usted ha dicho. Pero ésta es mi cabina particular, que me ha sido destinada por el capitán de la nave. De modo que salga antes de que le eche. No me gustan sus modales.

Clifton añadió en voz baja:

- Sal, Bill. Aparte de todo lo demás, por el momento ésta es su cabina privada. De modo que será mejor que te marches -Clifton vaciló un momento y luego añadió-: Creo que será mejor que nos marchemos los dos; no parece que podamos llegar a ningún acuerdo.

¿Con su permiso… Jefe?

- Desde luego.

Me senté y reflexioné durante unos minutos. Estaba pesaroso de haber permitido a Corpsman provocarme a una escena semejante; era algo a lo que faltaba dignidad. Pero repasé mentalmente la conversación y quedé convencido que mis diferencias personales con Corpsman no tenían nada que ver con la decisión que había tomado; estaba ya decidido a no aceptar el trabajo antes de que él entrase en la cabina.

Una llamada resonó en la puerta.

- ¿Quién es? -pregunté.

- El capitán Broadbent.

- Entre, Dak.

Entró y se sentó en una silla y durante unos minutos pareció sólo interesado en limpiarse las uñas. Por fin me miró y dijo:

- ¿Cambiaría de idea si encadenase a ese estúpido en la barra?

- ¿Cómo? ¿Esta nave tiene mazmorras?

- No. Pero no me sería difícil el preparar una si es necesario.

Lo miré atentamente, tratando de adivinar lo que sucedía dentro de aquella dura cabeza.

- ¿Encerraría de verdad a Bill en una celda si yo se lo pidiera?

Me miró a los ojos, hizo una mueca y sonrió.

- No. Nadie llega a capitán si opera en esa forma. No aceptaría semejante orden ni siquiera de él -hizo un gesto con la cabeza hacia la cabina en la que estaba Bonforte-. Ciertas decisiones uno debe tomarlas solo.

- Estamos de acuerdo.

- ¡Mmmm!… he oído que usted ha tomado una de éstas.

- Es verdad.

- Bien. He llegado a tomarle aprecio y a respetarle, amigo. Cuando le conocí por primera vez, creí que no era más que un maniquí y un actor, sin nada dentro. Estaba equivocado.

- Gracias.

- No quiero pedirle favores. Sólo quiero preguntarle una cosa: ¿cree que vale la pena el que discutamos las circunstancias? ¿Lo ha pensado bien?

- Ya he tomado una decisión, Dak. Creo que este asunto no me corresponde.

- Bien, quizá tenga razón. Lo siento. Entonces no nos queda otro remedio que esperar que se ponga bueno antes de que lleguemos a destino -se levantó-. ¡Ah!, de paso, tengo que decirle que Penny quiere verle, si es que no va a meterse en la cama en seguida.

Me eché a reír sin alegría.

- Sólo de paso, ¿eh? ¿Es éste el orden convenido? ¿Quizá no le toca ahora al doctor Capek el venir a retorcerme el brazo hasta que ceda?

- No quiso venir; está muy ocupado con Bonforte. Sin embargo, me dio un mensaje para usted.

- ¿Eh?

- Me dijo que podía irse al Infierno. Lo adornó un poco, pero era eso lo que quería decir.

- Conque eso, ¿eh? Bien, dígale que le guardo un asiento al lado del fuego.

- ¿Puede pasar Penny?

- ¡Oh, claro! Pero dígale que va a perder el tiempo. Mi respuesta sigue siendo: no.

De modo que cambié de idea. ¡Caramba!, ¿por qué los

argumentos parecen mucho más lógicos cuando van acompañados con un poco de perfume de *Embrujo de Selva*? No es que Penny usara medios poco legales, ni siquiera llegó a verter lágrimas… ni yo toqué uno solo de sus cabellos. Pero me vi obligado a ir cediendo posiciones y poco después ya no sabía qué decir. No hay forma de evitarlo, Penny pertenece al tipo de mujeres que creen que deben salvar al Mundo y su sinceridad resulta contagiosa.

La preparación que realicé en el viaje a Marte no fue nada comparada con el duro estudio que hice en el viaje a New Batavia. Ya contaba con el carácter básico; ahora resultaba necesario rodearlo del ambiente adecuado, prepararme para ser Bonforte bajo cualquier circunstancia. Mientras mi pensamiento estaba fijo en la audiencia real, cuando me hallase en New Batavia era posible que me encontrase con cualquiera de cientos o miles de personas. Roger planeó el proporcionarme una defensa en profundidad del tipo acostumbrado para cualquier personaje que tiene trabajo que despachar; a pesar de todo, no podría evitar el encontrarme con mucha gente… una figura pública es propiedad del público, eso es inevitable.

El número en la cuerda floja que iba a intentar sólo fue posible gracias al archivo Farley que llevaba Bonforte, quizá uno de los mejores existentes. Farley, un secretario político del siglo veinte, creo que de Eisenhower, y el método que inventó para manejar las relaciones personales de los políticos fue tan revolucionario como la invención alemana de Estado Unificado lo fue para la guerra. Sin embargo, nunca había oído hablar de aquel sistema hasta que Penny me lo explicó.

No era más que un archivo de personas. Sin embargo, el arte de la política, no trata de otra cosa que de personas. Ese archivo contenía a todos, o a casi todos, de los miles y miles de personas que Bonforte había conocido durante el curso de su larga vida política; cada ficha consistía en lo que él sabía de aquella persona desde el punto de vista de sus relaciones con Bonforte. Cualquier cosa, no importa cuán trivial fuese… en realidad, las primeras anotaciones eran siempre trivialidades: nombres y apodos de las esposas, hijos, aficiones, gustos en la comida o en la bebida, prejuicios, excentricidades. Después de esto seguía una lista de las fechas, lugares y comentarios para cada ocasión en que Bonforte se había encontrado con aquella persona particular.

Cuando era posible, se incluía una fotografía. Podía existir o no información suplementaria, es decir, datos que habían sido

investigados en lugar de conocidos directamente en sus encuentros con Bonforte. Eso dependía de la importancia política de la persona en cuestión. A veces la información suplementaria llegaba a ser una biografía formal formada por miles de palabras.

Tanto Penny como Bonforte llevaban siempre consigo micro-registros operados por la temperatura de su cuerpo. Si Bonforte se encontraba solo podía dictar en su aparato siempre que se le presentaba una oportunidad... en las antesalas, mientras viajaba en coche, etcétera. Si Penny iba con él, ella misma registraba la información en el suyo, que aparentaba la forma de un reloj de pulsera. No era posible que Penny realizase todo el trabajo de transcripción y microfilmado; dos de las muchachas en la oficina de Jimmy Washington no se ocupaban de otra cosa.

Cuando Penny me mostró su archivo Farley y vi su gran volumen... no había duda que era voluminoso, aún a diez mil palabras para cada carrete... y me dijo que eso representaba únicamente información personal sobre los amigos y conocidos del señor Bonforte, gemí:

- ¡Dios santo, criatura! Ya le dije que este trabajo era imposible. ¿Cómo voy a recordar todo esto?

- Naturalmente que no podrá.

- Pero me acaba de decir que eso es lo que él recuerda de todas sus amistades y conocidos.

- No exactamente. Dije que esto es lo que él quisiera recordar. Pero ya que ello no es humanamente posible, ésta es la forma en que lo hace. No se preocupe, no tendrá que aprender nada de memoria. Sólo quiero que sepa que tenemos toda esta información disponible para cuando sea necesaria. Mi trabajo consiste en que disponga por lo menos de uno o dos minutos para repasar la ficha Farley correspondiente antes de que nadie entre a verle. Si tenemos necesidad de ello puedo prestarle el mismo servicio a usted.

Miré a una ficha típica que había proyectado sobre la pantalla de sobremesa. Una cierta señora Saunders de Pretoria, Sudáfrica, creo que era. Tenía un bulldog llamado Snuffles Bullyboy, varios descendientes surtidos y le gustaba un poco de limón y soda con su whisky.

- Penny, ¿es posible que quiera hacerme creer que Bonforte simula recordar semejantes minucias? No me parece correcto.

En vez de irritarse ante el ataque a su ídolo, Penny asintió serenamente.

- Yo también lo creí alguna vez. Pero no ve el asunto en su correcta perspectiva, Jefe. ¿No escribe usted el número de teléfono de sus amigos?

- ¿Cómo? Desde luego.

- ¿Es algo incorrecto? ¿Se excusa usted ante su amigo porque le importa tan poco su amistad que no puede acordarse de su número de teléfono?

- ¿Eh? Bien, me rindo. Me ha convencido.

- Todas estas son las cosas que quisiera recordar si su memoria fuese perfecta. Ya que ello no es posible, es tan correcto hacerlo en esta forma como el usar un calendario de mesa para acordarse de los cumpleaños de los amigos… en realidad, no es más que una gigantesca libreta para acordarse de todo. Pero esto tiene aún mayor importancia. ¿Alguna vez ha tenido la oportunidad de saludar a una persona importante?

Traté de recordar. Penny no se refería a los personajes de la carrera teatral; casi desconocía su existencia.

- Una vez conocí al presidente Warfield. Yo era un muchacho de diez u once años.

- ¿Se acuerda de los detalles?

- Desde luego. Él me dijo: “¿Cómo te has roto el brazo, hijo?”. Y yo le contesté: “Iba en mi bicicleta, señor”. Y él me contestó a su vez: “A mí me pasó lo mismo, sólo que me rompí la clavícula”.

- ¿Cree que podría acordarse de eso si aún viviera?

- Pues no.

- Es posible que lo hiciera… quizá le tenía a usted en su archivo Farley. El archivo incluye a los muchachos de esta edad, porque los

chicos crecen y se hacen hombres. La idea es que las personas como el presidente Warfield conocen muchas más personas de las que pueden recordar. Cada uno de esa inmensa multitud recuerda su propio encuentro con el hombre famoso hasta el menor detalle. Porque la persona más importante del Mundo es uno mismo… y un político nunca debe olvidar este hecho. De modo que no es más que una muestra de buena educación y cortesía por parte de un político el encontrar la forma de recordar todos esos pequeños detalles. Eso es algo esencial… en política.

Hice que Penny me mostrase la ficha Farley del emperador Willem. Era bastante corta, lo que me desanimó al principio, hasta que me di cuenta que aquello significaba que Bonforte no conocía íntimamente al Soberano y sólo lo había visto en unas pocas ceremonias oficiales, ya que el puesto de Ministro Supremo lo había desempeñado antes de la muerte del viejo emperador Federico. No había información suplementaria, sólo una simple nota: "Ver la Casa de Orange". Yo no lo hice… Sencillamente, no tenía tiempo de leer millones de palabras de la historia del Imperio y del Pre-Imperio, y de todas maneras, cuando yo fui a la escuela, siempre obtuve excelentes notas en la asignatura de Historia. Todo lo que necesitaba era lo que Bonforte sabía de él que las demás personas desconocían.

Se me ocurrió que el archivo debía de incluir a todas las personas de la nave, porque, primero, eran personas, y segundo, conocidas o amigas de Bonforte. Pedí a Penny que me mostrase las fichas. Pareció un poco sorprendida ante mi demanda.

Al cabo de un momento el sorprendido era yo. El *Tom Payne* llevaba en su interior nada menos que seis miembros de la Asamblea Interplanetaria. Naturalmente, lo eran Roger Clifton y el señor Bonforte, pero la primera anotación en la ficha de Dak decía: "Broadbent, Darius K., honorable señor, delegado por la Liga de Pilotos Siderales, Primera División". También mencionaba el hecho de que tenía el título de doctor en Ciencias Físicas, que había sido campeón de pistola (reserva) en los juegos imperiales nueve años antes y que había publicado tres libros de versos bajo el seudónimo de Acey Wheelwright. Me convencí de que nunca debemos juzgar a un hombre sólo por su aspecto.

Luego seguía una anotación manuscrita con la gruesa letra de Bonforte:

"¡Casi irresistible para las mujeres… y viceversa!"

Penny y el doctor Capek también eran miembros del gran parlamento. Hasta Jimmy Washington era miembro, por un distrito incondicional, como supe más tarde… Representaba a los lapones, sin duda incluyendo a todos los renos y a Santa Claus. También estaba ordenado en el seno de la Iglesia de la Primera Verdad Bíblica del Santo Espíritu, de la cual nunca había oído hablar pero lo que explicaba su aspecto de diácono.

Disfruté especialmente leyendo la ficha de Penny… la Honorable señorita Penelope Taliaferro Russell. Estaba graduada en Administración Civil por la universidad de Georgetown y tenía el grado de abogado por la de Wellesley, lo que no me sorprendió en absoluto. Representaba a las mujeres universitarias sin distrito, otro de los grupos electorales incondicionales, ya que, en una proporción de cinco a uno, eran todas miembros del Partido Expansionista.

Más abajo constaba el tamaño de sus guantes, sus otras medidas, sus preferencias en materia de vestidos (sobre aquello podía yo darle algunas lecciones), su perfume favorito, *Embrujo de Selva*, desde luego, y muchos otros detalles, la mayor parte de ellos sin importancia. También había un comentario:

“Inteligente y honrada… poco de fiar en aritmética… se enorgullece de su sentido del humor, del cual carece… vigila sus comidas, pero le gustan mucho los caramelos de cereza… tiene el complejo de protección maternal… no puede resistir el leer la palabra escrita en cualquier forma.”

Debajo de aquello había otra de las adiciones manuscritas de Bonforte:

“¡Ah, Rizos! Veo que ha estado fisgando de nuevo”.

Cuando devolví la ficha le pregunté a Penny si había leído todo aquello sobre su persona. Me replicó que me ocupase de mis propios asuntos. Pero luego se sonrojó y me presentó sus excusas.

La mayor parte de mi tiempo estaba invertido en el estudio, pero pasé algunas horas en repasar y ajustar cuidadosamente el parecido físico, comprobando el tono del Semiperm con el colorímetro, realizando un trabajo en extremo cuidadoso con las arrugas; luego añadí dos verrugas y fijé todo el maquillaje con el pincel eléctrico. Todo aquello significaba que tendría que arrancarme la piel antes de

que pudiera volver a tener mi propio rostro, pero no me parecía un precio excesivo para un maquillaje que podía lavarse, que no desteñía ni siquiera con acetona y que estaba a salvo de los riesgos propios de las servilletas y toallas. Inclusive llegué a añadir la cicatriz en la pierna herida de Bonforte, usando para ello una fotografía que Capek guardaba en la ficha clínica de su jefe. Si Bonforte tuviera esposa o amante, ésta no hubiera podido descubrir al impostor, basándose sólo en el parecido físico. Me costó mucho trabajo, pero después de ello ya sólo tuve que preocuparme de la parte realmente difícil de mi personalización.

Durante el viaje hice un esfuerzo gigantesco para llegar a compenetrarme con las ideas y creencias de Bonforte, en una palabra, de la política del Partido Expansionista. En cierto modo, él era el Partido, no simplemente como su Jefe visible, sino como teórico político y su más grande hombre de Estado. El Expansionismo no había sido más que un movimiento basado en el *Manifiesto del Destino Humano* cuando el partido se fundó, una confusa coalición de grupos que sólo tenían una cosa en común: la creencia de que las fronteras del Espacio formaban el problema más importante en el futuro de la raza humana. Bonforte le dio al Partido una lógica y una ética, hizo popular el tema de que la libertad y la igualdad de derechos debían ir al lado de la bandera Imperial, y repitió siempre que pudo sus ideas de que la raza humana no debía volver a cometer los mismos errores en que la subraza blanca había incurrido en Asia y Africa.

Me encontré sorprendido ante el hecho (yo era bastante inocente en estas cuestiones) de que los primeros tiempos del Partido Expansionista eran muy parecidos a los del actual Partido Imperialista. No comprendía entonces que con frecuencia los partidos políticos cambian tanto en el crecimiento como un ser humano. Sabía vagamente que el Partido Imperialista se inició como una rama del movimiento Expansionista, pero nunca llegué a pensar mucho sobre esto. En realidad era una cosa inevitable; a medida que los partidos políticos que no ponían sus miras en el cielo se empequeñecían, faltos de fuerza vital, bajo los imperativos de la Historia y, por lo tanto, no conseguían que sus candidatos fuesen elegidos por el pueblo, el Partido que surgía nuevo e impetuoso inevitablemente se veía dividido en dos facciones.

Pero me he desviado del tema principal; mi educación política no la adquirí en una forma tan coherente. Al principio me limité a aprenderme todos los discursos públicos de Bonforte. Es cierto que ya los había estudiado en el viaje a Marte, pero entonces aprendía cómo

hablaba, mientras ahora trataba de comprender lo que decía.

Bonforte era un orador en la espléndida tradición de los hombres públicos de la Tierra, pero también podía ser cortante y mordaz en la discusión. Por ejemplo, el discurso que pronunció en New Paris durante la discusión sobre el Tratado con los Nidos marcianos, que se llamó el Concordato de Tycho. Fue este Tratado la causa de que Bonforte fuese derribado del Poder. Consiguió que fuese declarado Ley, pero el esfuerzo a que sometió a su Partido le hizo perder el próximo voto de confianza. Sin embargo, Quiroga no se atrevió a denunciar el Tratado. Escuché la grabación de este discurso con especial interés porque yo había sido uno de los que no les parecía bien el Tratado con los marcianos; la idea de que los marcianos tendrían los mismos derechos en la Tierra que los humanos en Marte era algo que me repugnaba… hasta que hice la visita al Nido de Kkkah.

- Mi oponente -dijo Bonforte en aquella ocasión, con un tono cortante- desea que ustedes crean que el lema del así llamado Partido Imperialista: *Gobierno de humanos, por humanos y para humanos*, no es más que la versión moderna de las inmortales palabras de Lincoln. Pero mientras la voz es la voz de aquel inmortal Presidente, la mano es la mano del Ku-Klux-Klan. El verdadero significado de este en apariencia inocente lema es el siguiente: *Gobierno de todas las razas del Universo, sólo por humanos y para beneficio de unos cuantos privilegiados*. Pero, dice mi oponente, tenemos una misión ordenada por Dios para extender la Cultura entre las estrellas, dándoles nuestra propia clase de Civilización a esos salvajes. Eso no es más que la escuela de sociología de tipo esclavista paternal… los buenos morenos cantando *blues* y *spirituals* mientras el Amo les abraza. ¡Es un cuadro muy hermoso, pero el marco es demasiado pequeño; no deja que se vea el látigo, ni el mercado de esclavos, ni las cadenas en los tobillos!”

Poco a poco me convertí, si no en un Expansionista, por lo menos en un Bonfortista. No estoy del todo seguro de que me convenciera la lógica de sus palabras… En realidad, no creo estar seguro de que fuesen del todo lógicas. Pero mi mente asimilaba fácilmente todas sus ideas. Deseaba comprender sus palabras con tanta intensidad que ahora era capaz de repetir sus discursos textualmente si fuese necesario.

No obstante, había que admitir que aquí teníamos un hombre que sabía lo que quería y, lo que es mucho más difícil, por qué lo quería. No pude evitar el sentirme impresionado, y aquello me obligó a

revisar mis propias ideas. ¿Para qué vivía yo?

¡Para mi profesión, desde luego! Me había criado en aquel ambiente, me gustaba, tenía una profunda aunque poco lógica idea de que el arte era algo que valía la pena de sacrificarse por él… y además, era lo único que sabía hacer para poder ganarme la vida. Pero ¿qué más?

Nunca me había sentido influido por las profundas teorías de la ética filosófica. Había leído algo sobre ellas, desde luego… ya que las bibliotecas públicas son una cómoda diversión para un actor que no tiene mucho dinero… pero las había encontrado tan pobres de vitaminas como el beso de una suegra. Con tiempo y papel suficiente, un filósofo puede demostrar cualquier cosa.

Sentía el mismo desprecio por la clase de educación moral que se dispensaba a la mayor parte de los niños. Mucho de sus elaboradas normas y lo que en el fondo significan no son más que las bases para establecer la sagrada norma de que un niño bueno es el que no molesta la siesta de su madre y que un hombre bueno es el que consigue una robusta cuenta corriente sin que le pillen infraganti. ¡No, muchas gracias!

Pero hasta los perros tienen reglas de conducta. ¿Cuáles eran las mías? ¿Cómo me comportaba yo?… o por lo menos, ¿cómo me gustaba creer que era mi conducta?

El espectáculo debe continuar. Siempre había creído y vivido en y para eso. Pero ¿por qué debe continuar el espectáculo?… sobre todo teniendo en cuenta que algunas de las obras son sencillamente horribles. Pues bien, porque uno había aceptado realizar su trabajo, porque el público espera allí fuera; han pagado su entrada y tienen derecho a lo mejor que se les pueda dar. Uno se lo debe. Se lo debe también a los tramoyistas, al director y al empresario y a todos los demás miembros de la compañía… y a aquellos que le han enseñado su profesión y a cientos y cientos de artistas que se alinean en el pasado, hasta los teatros al aire libre y graderías de piedra, y hasta los narradores de leyendas en los bazares morunos. *Noblesse oblige*.

Comprendí que la misma idea podía aplicarse a cualquier clase de profesión. Debemos dar tanto como recibimos. Construir con escuadra y nivel. El *Juramento de Hipócrates*. No dejemos perder al equipo. Trabajo honrado para una paga honrada. Tales cosas no necesitan ser probadas; constituyen una parte esencial de la vida… ciertas por toda

la eternidad, verdaderas en los más lejanos límites de la Galaxia.

De repente comprendí la idea básica del pensamiento de Bonforte. Si era cierto que existían bases éticas que transcendían el tiempo y el espacio, entonces se aplicaban tanto a los hombres como a los marcianos. Eran ciertas en cualquier planeta que girase en derredor de no importa qué estrella… y si la raza humana no se portaba de acuerdo con ellas, entonces no podrían conquistar las estrellas porque alguna otra raza mejor los echaría de la mesa por jugar con cartas marcadas.

El precio de la expansión era la virtud. *Nunca des una oportunidad a un tonto*, era una filosofía demasiado estrecha para llenar los anchos campos del espacio.

Pero Bonforte tampoco predicaba la dulzura y la flojedad:

“Yo no soy un pacifista. El pacifismo es una tortuosa doctrina con la cual un hombre acepta los beneficios de la sociedad sin querer dar nada a cambio… y quiere que se le considere un santo por su falta de honradez. ¡Señor Presidente, la vida es de aquéllos que no tienen miedo de perderla! ¡Esta Ley debe ser aprobada!”

Con aquellas palabras se había levantado sentándose en los escaños de la oposición, que defendía un presupuesto militar que su propio partido rechazaba.

En otra ocasión:

“¡Demos nuestra opinión! ¡Tomemos partido! A veces podemos estar equivocados… pero el hombre que no quiere decidirse por uno u otro lado siempre estará equivocado! El cielo nos libre de los cobardes que temen decidirse por algo. ¡Los que no están conmigo están contra mí!”

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en una reunión del Directorio del Partido, pero Penny las había grabado en su microregistro y Bonforte las había archivado… Bonforte tenía el sentido de la historia; le gustaba guardar todos los documentos de alguna importancia. Si no lo hubiera hecho, ahora yo no habría podido tener tanto material para estudiar.

Decidí que Bonforte era de mi propia clase. O, por lo menos, era de la clase que yo prefería creer que era. La suya era una personalidad

de la que me sentía satisfecho.

No puedo recordar que durmiera durante aquel viaje después que prometí a Penny que me presentaría en la audiencia real si Bonforte no se encontraba en condiciones de hacerlo personalmente. Traté de dormir… no hay necesidad de presentarse en escena con unas bolsas debajo de los ojos que parezcan las orejas de un perro de caza… pero me sentía fascinado por lo que estaba estudiando, y tenía abundantes píldoras de pimienta en el escritorio de Bonforte. Es sorprendente cuántas cosas se pueden hacer trabajando veinticuatro horas al día, libre de interrupciones y contando con toda la ayuda necesaria.

lime
twist
VALUE FOR V
Talia
Snuffles
Bullyboy
...ON THE SQUARE
Jungle Lust
et Sol Imp
CONCORD OF TYCHO
ONEST WORK
FOR
NEST PAY
SHOW MUST GO ON
Dar
*see House of Oran
Nob
TAKE
SIDE

Ilustración 9: Lorenzo estudiando a Bonforte

Pero poco antes de que llegásemos a New Batavia, el doctor Capek entró en la cabina y me dijo:

- Desnúdese el brazo izquierdo.

- ¿Por qué? -pregunté.

- Porque cuando se presente ante el Emperador no queremos que se caiga al suelo de fatiga. Esta inyección le hará dormir hasta que aterricemos. Entonces le daré un antídoto.

- ¿Eh? ¿Tengo que creer que usted no piensa que Bonforte estará dispuesto para la audiencia?

Capek no contestó, pero me dio la inyección de todas maneras. Traté de terminar de escuchar el discurso que tenía en el proyector estereoscópico, pero debí quedarme dormido en cuestión de segundos. No me di cuenta de nada hasta que escuché a Dak que decía con tono deferente:

- Despiértese, señor. Le ruego que se despierte. Estamos en el espaciopuerto de Lippershey.

8

Como nuestra Luna es un satélite desprovisto de aire, las espacionaves pueden aterrizar directamente en su superficie. Pero el *Tom Payne*, aunque era una espacionave, estaba diseñada para permanecer siempre en el espacio y aprovisionada en estaciones espaciales mantenidas en órbitas cerradas; por lo tanto, no disponía de trenes de aterrizaje de amortiguación y debía descender exactamente encima de una “cuna” metálica que le servía de soporte. Hubiera deseado estar despierto para verlo, porque dicen que en comparación es mucho más fácil recoger un huevo en un plato sin romperlo. Dak

era uno de la media docena de pilotos que podían realizar semejante operación.

Pero ni siquiera pude ver al *Tom Payne* descansando en su “cuna”; todo lo que vi fue el interior del tubo de comunicación para pasajeros colocado en la compuerta hermética de la nave y luego el tubo neumático rápido para New Batavia… estos medios de comunicación, parecidos a nuestros antiguos metros, son tan rápidos que en mitad del camino uno se vuelve a encontrar en caída libre.

Nos dirigimos primero a la serie de habitaciones destinadas al Jefe de la Oposición; aquélla sería la residencia oficial de Bonforte hasta (si lo conseguía) que volviese al poder después de las próximas elecciones. La magnificencia de aquellas habitaciones me hizo pensar en cómo serían las destinadas al Ministro Supremo. Creo que New Batavia es, sin duda, la capital que posee mejores palacios de toda la historia; es una lástima que casi no se pueda ver desde el exterior… pero éste es un pequeño defecto que queda más que compensado por el hecho de que es la única ciudad en todo el Sistema Solar completamente a prueba de bombas termonucleares. O quizá debiera decir “en su mayor parte”, ya que cuenta con algunas estructuras en la superficie que podrían ser fácilmente destruidas. El departamento de Bonforte incluía un salón superior en el lado de una colina, que contaba con balcón protegido por una burbuja de plástico desde el que se podían contemplar las estrellas y la madre Tierra… pero su dormitorio y su despacho estaban abajo, a más de trescientos metros de sólida roca, comunicados por un ascensor privado.

No tuve tiempo de examinar mis habitaciones; me vistieron en el acto para la audiencia; Bonforte no tenía valet, ni siquiera cuando vivía en su residencia de la Tierra, pero Roger insistió en ayudarme (en realidad, sólo sirvió de estorbo), mientras revisamos los detalles de última hora. El traje era un anticuado traje de etiqueta, pantalones tubulares, sin forma definida, una absurda chaqueta con larga cola partida (creo que la llaman frac), ambas prendas de color negro, una camisa con pechera almidonada, un cuello duro, y una corbata de pajarita blanca. La camisa de Bonforte era de una pieza, porque (lo supongo) no estaba acostumbrado a servirse de un tocador, en realidad, aquella prenda debía vestirse pieza por pieza y anudarse la corbata ligeramente inclinada para demostrar que había sido hecho el lazo a mano… pero es demasiado esperar que un hombre comprenda a la vez la política y los trajes de época.

Era un traje muy feo, pero formaba un fondo excelente para la

condecoración de la Orden Wilhelmina, que se extendía en diagonal en mi pecho con brillante colorido. Contemplé mi figura en un espejo, y me sentí satisfecho del efecto; el toque de color contra el severo negro y blanco del traje formaba un excelente contraste. Aquel traje tradicional podía ser feo, pero tenía dignidad, algo parecido a la fría corrección de un *maître d'hotel*. Decidí que aquel traje era el más adecuado para atender a los deseos de un soberano.

Roger Clifton me entregó el pergamino enrollado, en el que se suponía estaban escritos los nombres designados para ser Ministros del nuevo Gobierno y colocó en un bolsillo interior de mi traje una copia de la lista a máquina… el original había sido despachado a mano por el propio Jimmy Washington, al Secretario de Estado del Emperador, tan pronto como tocamos tierra. Teóricamente el objeto de la audiencia real era para que el Emperador me informase de sus deseos de que yo formase nuevo Gobierno y para que yo sometiese humildemente mis propuestas; los nombramientos se suponían secretos hasta que el Soberano concedía su graciosa aprobación

En realidad, todos los cargos estaban ya designados. Roger y Bill habían pasado la mayor parte del viaje preparando la lista del nuevo Gabinete asegurándose que los nombrados aceptarían los nombramientos, usando para ello radiocifra espacial. Yo había estudiado las fichas Farley de cada uno de los propuestos y sus posibles substitutos. Pero la lista, en realidad, era secreta, en el sentido de que las agencias de prensa no las recibirían para su publicación hasta después de la audiencia real.

Cogí el pergamino y mi varilla marciana; Roger pareció horrorizado.

- ¡Cielo santo, hombre, no querrá llevar eso en presencia del Emperador!

- ¿Por qué no?

- Bueno… es un arma.

- Es un arma de ceremonias. Roger, todos los duques y barones de tres al cuarto llevarán sus espadas. De modo que yo llevaré esto.

Movió la cabeza lentamente.

- Ellos tienen que hacerlo. ¿Es que no conoce la antigua teoría

legal sobre el particular? Sus espadas de ceremonia simbolizan el deber que tienen para su señor de apoyarle y defenderle por las armas y con sus propias personas. Pero usted es una persona civil; por tradición debe presentarse ante el Emperador desarmado.

- No, Roger. ¡Oh, desde luego, haré lo que quiera, pero nos perdemos una magnífica oportunidad de elevarnos con la marca! Eso sería buen teatro, un excelente golpe de efecto.

- Temo que no le comprendo.

- Bien, mire, ¿cree que la noticia llegará a Marte si hoy llevo la varilla? Quiero decir, ¿hasta los nidos?

- ¿Eh? Supongo que sí.

- Desde luego. Creo que todos los nidos tienen receptores de estereovisión; por lo menos, observé muchos en el nido de Kkkah. Siguen las noticias del Imperio con la misma atención que los terrestres. ¿No es cierto?

- Sí. Por lo menos los mayores.

- Si llevo la varilla, ellos lo sabrán; si dejo de llevarla, también lo sabrán. Es algo importante para ellos; está estrechamente unido a su sentido de la etiqueta. Ningún marciano adulto se presentaría fuera de su nido sin llevar su varilla, y dentro de él en ocasiones importantes. Los marcianos se han presentado delante del Emperador en el pasado y llevaban sus varillas, ¿no es verdad? Me apostaría la vida a que es así.

- Sí, pero usted…

- Se olvida de que soy un marciano.

El rostro de Roger perdió toda expresión; yo continué:

- No sólo soy John Joseph Bonforte; también soy Kkkahjjjerrr, del nido de Kkkah. Si dejo de llevar mi varilla, cometeré una grave falta de etiqueta, y, francamente, no sé cuáles serán los resultados cuando se enteren de ello; no conozco lo bastante las costumbres marcianas. Ahora dé la vuelta al problema y mírelo desde otro punto de vista. Cuando atraviese aquel salón llevando esta varilla, seré un ciudadano marciano a punto de ser nombrado Primer Ministro de su Majestad

Imperial. ¿Qué efecto causará esto en los nidos?

- Creo que no había pensado en eso -respondió lentamente.

- Yo tampoco lo habría hecho si no hubiera tenido que decidir si llevaba o no la varilla marciana. Pero ¿no cree que Bonforte ya había pensado en esto… aun antes de que aceptara la invitación a ser adoptado en uno de los nidos? Roger, tenemos agarrado a un tigre por la cola; lo único que podemos hacer es subirnos y seguir encima de él. No podemos soltarlo.

Dak llegó en ese momento, confirmó mi opinión y pareció sorprendido que Clifton esperara algo diferente.

- Desde luego, establecemos un nuevo precedente, Roger… y tendremos que establecer muchos más antes de que terminemos con todo esto.

Pero cuando vio la forma en que yo llevaba la varilla, dejó escapar un aullido:

- ¡Caramba, hombre! ¿Es que quiere matar a alguien? ¿O quiere hacer un agujero en la pared?

- No apretaba el botón.

- ¡Demos gracias al Cielo por sus pequeños favores! Ni siquiera tiene puesto el seguro -me sacó la varilla de la mano con exquisito cuidado y dijo-: Hay que darle la vuelta a este anillo… y empujar esta pieza dentro de su ranura… entonces no es más que un bastón. ¡Uf!

- ¡Oh! Lo siento.

Me dejaron en el vestíbulo del palacio, entregándome en las manos del ayudante de campo del rey Willem, hindú de rostro impasible, llamado Pateel, con modales perfectos y el deslumbrante uniforme blanco de las Fuerzas Imperiales del Espacio. La inclinación que me dispensó debió de calcularla con una regla de cálculo; sugería que yo era una persona que estaba en camino de ser Ministro Supremo, pero aún no lo era; que era su superior, pero, sin embargo, un paisano… luego resta cinco grados por el hecho de que llevaba la charretera del Emperador en su hombro derecho.

Miró a la varilla marciana y dijo tranquilamente:

- Esto es una varilla marciana, ¿no es cierto? Muy interesante, señor. Supongo que querrá dejarla aquí. Estará segura.



Ilustración 10: ¿Porqué no deja su varilla?

- La llevaré conmigo -contesté.

- ¿Señor?

Sus cejas se levantaron y esperó a que yo rectificase mi evidente error.

Busqué entre las frases favoritas de Bonforte y escogí una que

usaba con frecuencia para amonestar a los entrometidos.

- Hijo, supongamos que usted se dedica a tejer su calceta y yo tejeré la mía.

Su rostro perdió toda expresión.

- Perfectamente, señor. ¿Si tiene la bondad de seguirme?

Hicimos una pausa ante la entrada a la Sala del Trono. En el otro extremo, sobre la plataforma, el trono aparecía vacío. A ambos lados, y a todo lo largo de la gran caverna, los nobles y dignatarios de la Corte estaban de pie, esperando. Supongo que Pateel hizo algún signo invisible para mí, porque el himno imperial empezó a hacer oír sus primeras notas y todos nos quedamos inmóviles; Pateel, en posición de firmes, como un robot, yo en un gesto ligeramente encorvado, adecuado a un caballero de mediana edad y muy fatigado, que debe soportar estas cosas porque es su deber, y toda la Corte como maniquíes de escaparate. Espero que nunca llegaremos a eliminar por completo la fastuosidad de la Corte; todos esos extras con vestidos de gala y llevando sus lanzas con gesto rígido, forman un espectáculo admirable.

Con las últimas notas del himno, el Emperador apareció detrás del trono y tomó asiento… Willem, Príncipe de Orange, Duque de Nassan, Gran Duque de Luxemburgo, Caballero Comendador del Sagrado Imperio Romano, Almirante General de las Fuerzas Imperiales, Consejero de los Nidos Marcianos, Protector de los Pobres y, por la Gracia de Dios, Rey de los Países Bajos y Emperador de los Planetas y de los Espacios Intermedios.

No pude ver su rostro claramente, pero el simbolismo me produjo una ferviente sensación de simpatía. Ya no me sentía enemigo de la idea de la realeza.

Mientras el rey Willem se sentaba, el himno terminó; hizo un gesto con la cabeza, aceptando el saludo de los presentes y una onda de ligera animación se extendió entre los cortesanos. Pateel se retiró de mi lado, y con la varilla bajo el brazo, empecé mi camino, cojeando un poco, a pesar de la falta de gravedad acostumbrada. Aquello me pareció semejante a mi marcha hacia el nido interior de Kkkah, excepto que no me sentía asustado; sólo excitado y lleno de animación. Los grupos de cortesanos fueron cerrando el camino detrás de mí; la música iba cambiando del *Kong Christian* a la *Marsellesa* y a

Barras y estrellas y todos los demás.

En la primera línea señalada me detuve e hice una reverencia, luego en la segunda parada, y después, por fin, una profunda inclinación en la tercera, ya delante de los escalones del trono. No me arrodillé; los nobles deben arrodillarse, pero los paisanos comparten la soberanía con el Soberano. A veces se ve este detalle incorrectamente, presentado en el escenario y en estereovisión, pero Roger me informó del procedimiento correcto.

- Ave, Imperator.

Si yo fuese un holandés, habría añadido *Rex*, pero yo era un americano. Cambiamos varias frases en un latín escolar; él preguntando qué quería, yo recordándole que me había enviado a buscar, etcétera. Luego cambió al angloamericano, que hablaba con un ligero acento oriental.

- Has servido bien a nuestro padre. Es ahora nuestro pensamiento que puedas servirnos a nosotros. ¿Qué tienes que decir?

- Los deseos de mi Soberano son órdenes para mí, Majestad.

- Acércate.

Quizá me excedí un poco en mi papel, pero los escalones hasta el trono son muy altos y la pierna me dolía en realidad… y un dolor psicosomático es tan malo como cualquier otro. Casi tropecé y Willem se levantó de su trono como un rayo y me cogió del brazo. Oí cómo toda la Corte contenía el aliento. Él me sonrió y me dijo en voz baja:

- Tranquilícese, amigo. Terminamos en seguida.

Me ayudó a llegar hasta el taburete situado delante del trono y me hizo sentar durante un incómodo momento antes de que él reasumiera su asiento en el trono. Luego tendió la mano y yo le entregué el pergamino. Lo desenrolló y pretendió estudiar la página en blanco.

Ahora se oía música de cámara y la Corte reanudó el espectáculo en el que parecían disfrutar, las damas riendo, los nobles caballeros pronunciando cortesías, los abanicos haciendo suaves movimientos. Nadie se apartaba mucho del lugar; nadie estaba completamente quieto. Pequeños pajes, parecidos a los querubines de Miguel Angel, se

movían entre la multitud, ofreciendo bandejas de dulces. Uno se arrodilló ante Willem, y él cogió uno sin apartar la vista de la lista inexistente. El niño me ofreció luego la bandeja y cogí uno de aquellos bombones, sin saber si debía hacerlo o no. Era uno de aquellos incomparables y deliciosos chocolates que sólo se fabrican en Holanda.

Observé que había cierto número de rostros que me eran conocidos. La mayor parte de la nobleza sin trabajo en la Tierra se encontraba allí, escondidos bajo sus títulos secundarios de duques o condes. Algunos decían que Willem los mantenía como pensionistas para dar brillo a su Corte; otros decían que quería mantenerlos a su vista y apartarlos de la política y otras diabluras. Quizá había algo de las dos razones. También estaba allí la nobleza de media docena de naciones; algunos de ellos trabajaban para ganarse la vida.

Empecé a tratar de distinguir los labios de los Habsburgos y la nariz de los Windsor.

Por fin Willem dejó a un lado el pergamino. La música y la conversación cesaron en el acto. En medio de un silencio absoluto dijo:

- Es una noble compañía la que me propones. Tenemos la intención de confirmar su nombramiento.

- Su Majestad es muy bondadosa.

- Reflexionaremos y ya te haré saber nuestra decisión -se inclinó hacia adelante y me dijo en voz baja-: No trate de bajar de espaldas esos malditos escalones. Quédese de pie. Voy a marcharme en seguida.

Susurré mi contestación:

- ¡Oh! Gracias, *Sire*.

Se puso en pie y yo me apresuré a imitarle, y en el acto desapareció en un revuelo de su traje imperial. Di media vuelta y pude observar algunas miradas sorprendidas. Pero la música volvió a sonar en el mismo instante y me dejaron salir de allí mientras los nobles y reales extras reanudaban su elegante conversación.

Pateel se puso a mi lado tan pronto como emergí por el gran pórtico de la Sala del Trono.

- Por aquí, señor.

El espectáculo había terminado; ahora venía la verdadera audiencia.

Me llevó a través de una pequeña puerta; luego, a lo largo de un corredor vacío, por otra pequeña puerta, y me introdujo en una oficina de aspecto corriente. La única cosa real que se veía era una placa grabada en la pared, con el escudo de armas de la Casa de Orange y su *motto* inmortal:

“¡Yo mantengo!”

Pude ver un gran escritorio lleno de papeles. En su centro, sujeto por un par de zapatos de niño, modelados en metal, estaba el original de la lista escrita a máquina que yo llevaba en el bolsillo. En un marco de cobre reluciente había una fotografía con un grupo de la difunta Emperatriz y de los niños. Un diván bastante usado estaba contra una de las paredes y más allá había un pequeño bar. En el despacho había un par de sillones, además de la silla giratoria detrás del escritorio. Los otros muebles podían haber sido los del despacho de un médico con mucha clientela, aunque no muy elegante.

Pateel me dejó solo, cerrando la puerta detrás de él. No tuve tiempo de pensar si debía sentarme o quedarme en pie, porque el Emperador entró rápidamente por la puerta opuesta.

- Hola, Joseph -me saludó-. Estaré con usted dentro de un momento.

Atravesó la habitación, seguido de cerca por dos sirvientes, que le estaban desvistiendo mientras iba caminando, y salió por una tercera puerta. Regresó casi en el acto, tirando de la cremallera de un overol blanco, mientras se acercaba.

- Usted ha llegado por el camino corto; yo tuve que venir por uno mucho más largo. Tengo que insistir con el arquitecto de Palacio que me construya un túnel desde la parte posterior del trono hasta aquí; ya veremos si no lo hago. He tenido que venir doblando tres esquinas de una plaza, o de lo contrario tendría que desfilar por los corredores públicos vestido como un caballo de circo -y añadió pensativo-: Nunca llevo nada debajo de estas ropas, excepto la ropa interior.

- Dudo que sean tan incómodas como esta chaqueta de mono que uso, Sire -contesté.

Se encogió de hombros.

- ¡Oh, bien! Los dos tenemos que aceptar los inconvenientes de nuestros respectivos empleos. ¿No quiere beber algo? -recogió la lista de los nombramientos de encima de la mesa y añadió-: Hágalo, y sírvame otro para mí.

- ¿Qué quiere tomar, Sire?

- ¿Eh? -levantó los ojos y me miró fijamente-. Como de costumbre. Whisky con hielo, desde luego.

No contesté y me dediqué a preparar las bebidas, añadiendo agua para la mía. De repente sentí miedo; si Bonforte sabía que el Emperador siempre bebía whisky solo con hielo, aquel dato debía estar en su ficha Farley. Pero allí no decía nada.

Willem aceptó la bebida sin comentario y murmuró:

- ¡Buen despegue! -y siguió mirando la lista; al cabo de unos momentos levantó la vista y preguntó-: ¿Qué me dice de estos muchachos, Joseph?

- ¡Sire! Se trata de un Gabinete provisional, desde luego.

Habíamos doblado las carteras en los casos en que era posible y Bonforte se encargaría de la Defensa y Hacienda, además de ser Primer Ministro. En tres casos dimos el cargo temporaimente a los subsecretarios de carrera… Investigación Científica, Administración Civil y Exterior. Los hombres que tendrían estos puestos en el Gobierno permanente eran necesarios ahora para la campaña electoral.

- Sí, sí. Se trata del equipo de reserva. Mmmm… ¿Qué hay de ese Braun?

Me sentí sorprendido en extremo. Tenía entendido que Willem pondría el visto bueno a las listas sin comentarios, pero no creía posible que quisiera hablar de otras cosas. No tenía miedo de hablar con él; un hombre puede adquirir una brillante reputación como conversador dejando, simplemente, que su interlocutor lleve el peso

de la conversación.

Lothar Braun era lo que vulgarmente se llama “un joven y prometedor estadista”. Lo que yo sabía de él procedía de su ficha Farley y de lo que me habían dicho Roger y Bill. Había iniciado su carrera política después que Bonforte dejó el poder y, por lo tanto, nunca había tenido ningún cargo de Gobierno; pero trabajó con brillantez en las reuniones del Partido y en la Asamblea Interplanetaria. Bill insistió en que Bonforte planeaba hacerle subir rápidamente y que debía probar sus alas en el Gobierno regente; lo había propuesto para Ministro de Comunicaciones Exteriores.

Roger Clifton había estado indeciso; antes de eso había anotado el nombre de Ángel Jesús de la Torre y Pérez, el subsecretario de carrera. Pero Bill había dicho que, si Braun resultaba un fracaso, ahora era la ocasión de ponerle a prueba sin que el daño fuese grande. Por fin, Clifton había accedido a la designación.

- ¿Braun? -contesté-. Es un joven de brillante carrera. Muy brillante.

Willem no hizo ningún comentario, pero volvió a mirar la lista. Traté de recordar exactamente lo que Bonforte había dicho de Braun en su ficha. Brillante… muy trabajador… una inteligencia analítica. ¿Había algo contra él? No… bien… quizá… un poco demasiado afable. Eso no es suficiente para condenar a un hombre. Pero Bonforte no había dicho nada de las virtudes positivas, tales como la lealtad y la honradez. Lo cual tampoco quería decir nada, ya que el archivo Farley no era una serie de estudios psicológicos; no era más que una colección de informaciones accidentales.

El Emperador puso la lista a un lado.

- Joseph, ¿piensa hacer entrar a los nidos marcianos en el Imperio cuanto antes?

- ¿Eh? Desde luego, no antes de la elección, Sire.

- Vamos, ya sabe que estoy hablando de después de las elecciones. ¿Y se ha olvidado de llamarme Willem? Es absurdo que un hombre que tiene seis años más que yo me llame Sire.

- Gracias, Willem.

- Los dos sabemos que se supone que no me fijo en la política. Pero también sabemos que esa idea es una tontería. Joseph, ha pasado muchos años de su vida creando una situación en la cual los nidos deseen entrar libremente en el Imperio -señaló mi varilla-. Creo que lo ha conseguido. Si gana esta elección, le será posible hacer que la Asamblea Interplanetaria me conceda el permiso para proclamar la incorporación de los marcianos. ¿Bien?

Reflexionó un momento.

- Willem, usted sabe que esto es exactamente lo que pensamos hacer. Debe de tener alguna razón para tocar este tema.

Agitó lentamente su vaso y me miró, consiguiendo parecerse a un tendero de Nueva Inglaterra a punto de despedir a un turista que acaba de hacer una compra.

- ¿Es que pide mi consejo? La Constitución exige que usted me aconseje a mí, y no al contrario.

- Sus consejos serán siempre bien recibidos, Willem. No puedo prometerle el seguirlos.

Se echó a reír.

- Usted nunca promete nada. Bien, supongamos que gana la elección y vuelve al poder... pero con una mayoría tan pequeña que pueda tener dificultades al tratar de conceder a los nidos la ciudadanía imperial. En tal caso, no le aconsejo que lo haga; es una cuestión de confianza. Si pierde, acepte la derrota temporalmente, y siga en el Gobierno hasta el fin de los cinco años.

- ¿Por qué, Willem?

- Porque usted y yo tenemos paciencia. Fíjese en esto -señaló el escudo de su casa-. "*¡Yo mantengo!*" No es un lema deslumbrador, pero el propósito de un Rey no es ser brillante; su objetivo debe ser conservar, aceptar la lucha, encajar los golpes. Ahora, hablando según la Ley, no debería importarme si usted sigue en el Gobierno o no. Pero sí me importa que el Imperio se mantenga unido. Creo que, si no consigue lo que quiere en la cuestión de los marcianos inmediatamente después de las elecciones, puede permitirse el lujo de esperar... porque su política va a ser popular. Ganará muchos votos en las elecciones secundarias y más tarde podrá venir a verme y decirme

que ya puedo añadir el de Emperador de Marte a mis otros títulos. De modo que no tenga prisa.

- Lo pensaré -dije cuidadosamente.

- Hágalo. ¿Qué piensa hacer con el sistema de colonias penitenciarias?

- Las aboliremos inmediatamente después de las elecciones y las suspenderé en el acto.

Podía contestar a aquella pregunta con firmeza. Bonforte odiaba el sistema de enviar a nuestros criminales a los presidios de Marte.

- Le atacarán duramente en ese punto.

- Que lo hagan. Déjeles. Eso nos hará ganar votos.

- Me siento satisfecho de saber que tiene la fuerza suficiente para mantener sus convicciones, Joseph. Nunca me ha gustado ver la bandera de Orange en una nave de penados. ¿Libertad de comercio?

- Después de la elección, sí.

- ¿Qué va a usar para mantener el presupuesto?

- Nosotros creemos que el comercio y la producción se elevarán tan rápidamente, que los otros impuestos nos compensarán de la pérdida de las aduanas.

- ¿Supongamos que no fuera así?

No tenía una contestación preparada para aquella pregunta… y la economía estatal era un misterio para mí. Sonreí.

- Willem, necesito tiempo para contestarle a eso. Pero todo el programa del Partido Expansionista se basa en la teoría de que la libertad de comercio, la libertad de comunicaciones, la ciudadanía universal, una divisa única y un mínimo de leyes imperiales y restricciones gubernamentales, son buenas, no sólo para los ciudadanos del Imperio, sino también para el mismo Imperio. Si necesitamos el dinero, lo encontraremos… pero no será dividiendo el Imperio en pequeñas satrapías.

Todo menos la primera frase era Bonforte puro, sólo que ligeramente adaptado.

- Ahorre los discursos para la campaña electoral -gruñó-. No era más que una pregunta -volvió a coger la lista-. ¿Está seguro que este Gabinete es exactamente lo que desea?

Estiró el brazo y me entregó la lista. Resultaba evidente que el Emperador me estaba diciendo tan claro como la Constitución se lo permitía, que, en su opinión, Braun no era una designación acertada. Pero, por los mejores carbones del Infierno, yo no debía atreverme a alterar la lista que Roger y Bill habían preparado.

Por otro lado, aquélla no era la lista de Bonforte; no era más que lo que ellos creían que Bonforte haría si estuviera en sus plenas facultades.

Deseé poder pedir unos minutos de permiso y preguntarle a Penny lo que ella pensaba de Braun.

Luego cogí una pluma del despacho de Willem, crucé el nombre de Braun y escribí el de La Torre en letra de imprenta; todavía no podía arriesgarme a imitar la escritura de Bonforte. El Emperador se limitó a decir:

- Me parece que formará un buen equipo. Buena suerte, Joseph. La necesita.

La audiencia oficial terminó en ese punto. Me sentía impaciente por salir de allí, pero no puede uno marcharse de la presencia de un Rey; ésta es una de las pocas prerrogativas que han retenido. Willem quería mostrarme su taller y sus nuevos trenes eléctricos de juguete. Supongo que él ha hecho más que ninguna otra persona para revivir esta antigua afición; personalmente no comprendo que sea una cosa adecuada para un hombre ya mayor. Pero procuré mostrarme cortés e interesado por su nueva locomotora, que arrastraría al *Royal Scotsman*.

- Si hubiese tenido suerte -me dijo, arrodillándose para mirar al interior de la máquina de juguete- habría sido un buen encargado de taller, creo… mecánico especialista. Pero la casualidad de mi nacimiento fijó mi destino por otros caminos.

- ¿Está seguro de que lo habría preferido, Willem?

- No lo sé. Este trabajo que tengo no es malo. La jornada es fácil y el sueldo bastante bueno… casi la plena seguridad de que no puedo perder el empleo… descontando la remota posibilidad de una revolución, y mi dinastía siempre ha tenido suerte en ese punto. Pero la mayor parte del trabajo es aburrido y cualquier actor de segunda fila podría hacerlo tan bien como yo -lanzó una rápida mirada-. Yo descargo a mis ministros de muchos de esos aburridos trabajos de colocar primeras piedras y asistir a los desfiles, ya sabe.

- Lo sé y se lo agradezco.

- Muy rara vez se me presenta la oportunidad de dar un pequeño empujón en la dirección acertada… lo que yo creo que es la dirección acertada. El reinar es una profesión muy rara, Joseph. Le recomiendo que no piense en ser Rey.

- Me temo que ya es un poco tarde, aunque quisiera.

Apretó algunos tornillos del juguete con un pequeño destornillador.

- Mi verdadera función es la de impedir que usted se vuelva loco.

- ¿Eh?

- Desde luego. La psicosis profesional es la enfermedad de los Jefes de Estado. Mis predecesores en el oficio de Rey, los que realmente gobernaban, eran casi todos un poco insanos. Y eche una mirada a sus Presidentes americanos; el empleo a menudo los mataba cuando estaban en lo mejor de sus vidas. Pero yo no tengo que preocuparme de los asuntos del Estado; tengo a un profesional como usted para que lo haga por mí. Y usted tampoco se ve sometido a esa tremenda presión; usted o el que tenga su empleo, siempre puede abandonar si las cosas se ponen demasiado difíciles… mientras que el viejo Emperador… casi siempre se le llama el “viejo Emperador”; ascendemos al trono a la edad en que los demás hombres se disponen a retirarse… el Emperador está siempre aquí, manteniendo la continuidad, protegiendo el símbolo del Estado, mientras que ustedes, los profesionales, se dedican a buscar una nueva fórmula -me hizo un guiño y añadió-: Mi empleo no será muy brillante, pero es útil.

Al cabo de unos minutos me permitió que dejase de admirar aquellos trenes infantiles y volvimos al despacho. Pensé que iba a despedirme. En efecto, me dijo:

- No debería retenerle por más tiempo. ¿Ha tenido un viaje pesado?

- No mucho. Lo pasé trabajando.

- Es natural. Y a propósito, ¿quién es usted?

Hay el golpecito del policía sobre el hombro del criminal, la sorpresa del último escalón que no existe, tenemos la sensación de caer de la cama, y también cuando el esposo regresa al hogar sin avisar… prefiero cualquier combinación de esas antes que esta simple pregunta. Envejecí en mi interior lo suficiente para justificar mi apariencia y mucho más.

- ¿Sire?

- Vamos, vamos -dijo con impaciencia-; creo que mi oficio debe tener algún privilegio. Simplemente, dígame la verdad. Durante la última hora he sabido que usted no era John Joseph Bonforte… aunque podría engañar a su propia madre; tiene hasta sus mismos gestos. Pero ¿quién es usted?

- Me llamo Lorenzo Smythe, Majestad -dije débilmente.

- ¡Anímese, hombre! Podría haber llamado a los guardias hace ya mucho rato, si hubiese querido. ¿Le enviaron para que me asesine?

- No, Sire. Soy… leal a su Majestad.

- Tiene una manera rara de demostrarlo. Bien; sírvase otro vaso, siéntese y cuéntemelo todo.

Se lo conté todo, hasta el último detalle. Necesité más de un vaso, y poco a poco me sentí mejor. Pareció furioso cuando le conté lo del secuestro, pero cuando le dije lo que habían hecho con el cerebro del pobre Bonforte, su rostro se ennegreció con una ira gigantesca.

Por fin dijo, con voz tranquila:

- Entonces, ¿sólo se trata de una cuestión de días hasta que se recupere totalmente?

- Eso es lo que el doctor Capek asegura.

- No dejen que vuelva al trabajo hasta que esté bien del todo. Es un hombre de gran valor para nosotros. Lo sabía, ¿no es cierto? Vale por seis hombres como usted o yo. De modo que siga con su papel y dele la oportunidad de recuperarse. El Imperio le necesita.

- Sí, Sire.

- Puede apear el Sire. Ya que representa a Bonforte, llámeme Willem, como él lo hace. ¿Sabía que fue por eso por lo que le descubrí?

- No, Sir… No, Willem.

- Él me ha llamado Willem durante veinte años. Pensé que era algo extraño que me llamase Sire en privado, sencillamente porque la visita era sobre asuntos de Estado. Sin embargo, no sospeché nada, de momento. Pero, aunque su caracterización es asombrosa, aquello me hizo pensar. Luego me convencí cuando fuimos a ver los trenes.

- ¿Qué quiere decir? ¿Cómo lo advirtió?

- Usted se mostró cortésmente interesado, hombre. Le he enseñado mis trenes muchas veces en el pasado… y siempre se vengaba diciéndome claramente lo que pensaba de un hombre que jugase con tales cosas. Era una pequeña comedia que siempre hacíamos. Los dos disfrutábamos con eso.

- ¡Oh, no lo sabía!

- ¿Cómo podía saberlo?

Estaba pensando que debí saberlo; aquel maldito archivo Farley debió advertirme con tiempo… No fue hasta después de la entrevista cuando me di cuenta de que el archivo no había fallado, en vista de la teoría en la que se basaba, es decir, que su objeto era permitir a un hombre famoso recordar detalles sobre los menos famosos. Pero eso era precisamente lo que el Emperador no era… quiero decir menos famoso. Naturalmente que Bonforte no necesitaba notas para recordar los detalles personales de Willem. Tampoco creería correcto anotar detalles íntimos del Soberano en una ficha que podía ser vista por sus empleados.

No había visto lo obvio… aunque tampoco veía la forma de

haberlo podido evitar, aun cuando me diese cuenta de que la ficha debía estar incompleta.

Pero el Emperador seguía hablando.

- Ha hecho un buen trabajo… y después de arriesgar su vida en un nido marciano, no me sorprende que estuviera dispuesto a enfrentarse conmigo. Dígame, ¿le he visto alguna vez en estereovisión o en alguna otra parte?

Le había dicho mi nombre legal, desde luego, cuando el Emperador me lo preguntó; ahora le di mi nombre profesional con cierta timidez. Me miró levantando las manos y se echó a reír. Me sentí algo molesto.

- ¡Ejem!, ¿ha oído hablar de mí?

- ¿Oír hablar de usted? Soy uno de sus admiradores -me miró más de cerca-. Pero todavía se parece a Joe Bonforte. No puedo creer que sea “el Gran Lorenzo”.

- Sin embargo lo soy.

- ¡Oh, lo creo, lo creo! ¿Se acuerda de aquella cinta en la que representa a un vagabundo? Primero trata de ordeñar a una vaca… sin éxito. Por fin termina comiéndose el plato del gato… pero hasta el gato lo echa de allí.

Admití que había hecho aquel papel.

- Casi he gastado a trozos el microfilm. Río y lloro casi al mismo tiempo.

- Ésa es la idea -vacilé, y luego le confesé que el tipo de bohemio Willie era copiado de un gran artista de otro siglo-. Pero prefiero los papeles dramáticos.

- ¿Como éste?

- Bien… no exactamente. En este papel, una sola representación es suficiente. No quisiera que durase una larga temporada en las carteleras.

- Lo creo. Bien, dígale a Roger Clifton… No, no le diga eso a

Clifton. No creo que ganemos nada por contarle a nadie nuestra conversación de última hora. Si se lo dice a Clifton, aunque le explique que no quiero que se preocupe, sólo servirá para ponerle nervioso. Y tiene mucho trabajo que hacer. De modo que será mejor que mantengamos el secreto, ¿eh?

- Como su Majestad prefiera.

- No siga con el tratamiento, por favor. Nos callaremos, porque es lo mejor para todos. Siento no poder hacer una visita al pobre Joe. No creo que pudiera ayudarle en nada… aunque antes creían que la mano de un Rey podía obrar milagros. De modo que no diremos nada de todo esto y haremos ver que nunca le he descubierto.

- Sí… Willem.

- Creo que ya debe marcharse. Le he retenido mucho tiempo.

- Como quiera.

- Haré que Pateel le acompañe… ¿o conoce el camino? ¡Ah, un momento! -buscó entre los papeles de su escritorio, murmurando-: Esa chica ya debe de haber arreglado los papeles otra vez. No… aquí está -sacó un pequeño libro-. Es posible que no volvamos a vernos… de modo que ¿no le importaría concederme su autógrafo antes de despedirnos?

9

Encontré a Roger y a Bill mordiéndose las uñas en el salón superior de Bonforte. En el mismo instante en que entré en la habitación, Corpsman se lanzó contra mí.

- ¿Dónde demonios ha estado?

- Con el Emperador -contesté fríamente.

- Ha tardado cinco o seis veces más de lo que debía.

No me molesté en contestarle. Desde la discusión sobre el asunto del discurso, Corpsman y yo habíamos trabajado juntos, pero no era más que un matrimonio de conveniencia, sin una pizca de amor. Cooperamos mutuamente, pero no llegamos a enterrar el hacha de guerra… a menos que fuese en mi espalda. No hice ningún esfuerzo para reconciliarnos y tampoco veía ninguna razón para hacerlo… en mi opinión, sus padres se habían conocido brevemente en un baile de carnaval.

No creo que sea una buena política el pelearse con los otros miembros de la compañía, pero la única forma en que Corpsman parecía dispuesto a aceptarme era como a un criado, con el sombrero en la mano y muy humildemente, señor. No estaba dispuesto a complacerle en aquel punto, ni siquiera para mantener la paz. Yo era un profesional, contratado para realizar un trabajo profesional, en extremo difícil, y a los profesionales no se les hace entrar por la escalera de servicio: se les trata con respeto.

De modo que ignoré su pregunta y le pregunté a Roger:

- ¿Dónde está Penny?

- Con él. También están allí Dak y el doctor, en este momento.

- ¿Está él aquí?

- Sí -Clifton vaciló-. Le hemos puesto en lo que se supone es el dormitorio de la esposa. Era el único sitio donde podemos mantener el secreto y seguir dándole los cuidados que necesita. Espero que no le importe.

- Nada de eso.

- No le causará ninguna molestia. Los dos dormitorios están unidos, como quizá ha visto, únicamente a través del tocador, y hemos cerrado esa puerta. Es a prueba de sonidos.

- Me parece un buen arreglo. ¿Cómo se encuentra?

Clifton frunció el ceño.

- Mejor, mucho mejor… en general. Está en posesión de sus facultades la mayor parte del tiempo -hizo una pausa-. Puede ir a verle, si gusta.

Yo hice una pausa aún más larga.

- ¿Cuándo cree el doctor Capek que estará en condiciones de presentarse en público?

- Es difícil de decir. No cree que tarde mucho.

- ¿Cuánto? ¿Tres o cuatro días? ¿Lo bastante pronto como para que podamos cancelar todos nuestros compromisos y hacerme desaparecer? Roger, no sé cómo explicarlo, pero, aunque me gustaría mucho visitarle y ofrecerle mis saludos, no creo que deba verle hasta después de que haya hecho mi última presentación en público. Puede hacer fracasar mi caracterización.

Yo había cometido el terrible error de ir al funeral de mi padre; durante muchos años después, cuando pensaba en él, le veía siempre en el ataúd. Sólo muy lentamente pude recuperar la verdadera imagen… el hombre viril y dominante que me había criado con mano firme y que me enseñó mi oficio. Tenía miedo de que me sucediera algo semejante con Bonforte; ahora yo estaba representando a un hombre sano, en la plenitud de sus fuerzas, en la forma en que le había visto en sus numerosos rollos de estereocine. Temía que si le

veía enfermo, aquel recuerdo haría confusa y vacilante mi falsa personalidad.

- No insisto -contestó Clifton-. Usted sabe lo que es mejor. Es posible que podamos evitar el que usted tenga que volver a aparecer en público, pero quiero mantenerle en reserva y dispuesto para presentarse, hasta que se haya recobrado por completo.

Casi se me escapó que también el Emperador quería que se hiciera de aquel modo. Pero me contuve... La impresión de que el Emperador descubriera mi papel me había hecho perder la serenidad. Pero aquella idea me hizo recordar un asunto que estaba sin terminar.

- Aquí está la lista aprobada para las agencias de noticias. Bill. Ya verá que se ha hecho un cambio... De La Torre por Braun.

- ¿Qué?

- Jesús De La Torre por Lothar Braun. Así lo quiere el Emperador.

Clifton pareció asombrado; Corpsman, asombrado y furioso.

- ¿Qué tiene que ver él con esto? No tiene ningún derecho a opinar.

Clifton dijo largamente:

- Bill tiene razón, Jefe. Como abogado especialista en Ley constitucional puedo asegurarle que la confirmación del Soberano es puramente nominal. No debió permitirle que hiciera ningún cambio.

Me sentí a punto de gritarles que se fueran al diablo, y sólo la superpuesta personalidad de Bonforte me salvó de ello. Había tenido un día agotador, y a pesar de una brillante actuación, el inevitable desastre me había alcanzado por fin. Quería decirle a Roger que si Willem no hubiera sido en realidad un gran hombre, un Rey en el verdadero sentido de la palabra, todos estaríamos perdidos... sencillamente porque no se me habían dado todas las respuestas necesarias. Pero en vez de ello contesté:

- Ya está hecho y así quedará.

Corpsman saltó:

- ¡Eso es lo que usted cree! He dado la lista a los periodistas hace dos horas. Ahora tendrá que ir allí y arreglar las cosas. Roger, será mejor que llames al Palacio en el acto y…

- ¡Quieto! -estallé.

Corpsman se calló. Luego continué en voz baja:

- Roger, desde un punto de vista legal es posible que tenga razón. No puedo decirlo. Pero sí puedo decir que el Emperador se creyó con derecho a objetar el nombramiento de Braun. Ahora, si uno de ustedes quiere ir a ver al Emperador a discutir con él, puede hacerlo. Pero yo no voy a ninguna parte. Voy a sacarme de encima esta anacrónica camisa de fuerza, quitarme los zapatos y beberme un whisky doble. Después me iré a la cama.

- Un momento, Jefe -objetó Clifton-. Tenemos una emisión de cinco minutos en la cadena de estereovisión para proclamar el nuevo Gabinete.

- Usted puede hacerlo. Usted es el viceprimer ministro en el nuevo Gobierno.

Clifton parpadeó:

- De acuerdo.

Corpsman insistió:

- ¿Qué hay de lo de Braun? Tenemos un compromiso con él.

Clifton le miró pensativo.

- No es ningún escrito que yo haya visto, Bill. Sencillamente le preguntamos si estaba dispuesto a aceptar el cargo, como a todos los demás. ¿Es eso lo que quieres decir?

- Desde luego. Pero es lo mismo que un compromiso.

- No hasta que se anuncie oficialmente, por lo menos.

- Pero la lista ya se ha hecho pública, ya lo he dicho. Hace dos horas.

- Mmmm… Bill, me temo que tendrás que volver a llamar a los muchachos y decirles que cometiste un error. O yo les llamaré y les diré que debido a un error se les ha entregado una lista preliminar antes de que el señor Bonforte la aprobase. Pero tenemos que corregirla antes de la emisión radiada.

- ¿Quieres decir que vas a permitir que él se salga con la suya?

Por él, creo que Bill se refería a mí en vez de a Willem, pero la contestación de Clifton asumía lo contrario.

- Sí, Bill. Éste no es el momento para entablar una discusión constitucional. El asunto no lo merece. De manera que, ¿quieres redactar la rectificación? ¿O lo hago yo?

La expresión de Corpsman me hizo recordar la de un gato que se somete a lo inevitable… por el mínimo margen. Su rostro se endureció, luego se encogió de hombros y contestó:

- Yo lo haré. Quiero asegurarme que se redacta en forma adecuada, de modo que podamos salvar todo lo posible de este lío.

- Gracias, Bill -contestó Roger suavemente.

Corpsman dio media vuelta para marcharse. Yo le llamé:

- ¡Bill! Ya que va a hablar con los periodistas, tengo otra noticia para ellos.

- ¿Qué quiere ahora?

- No mucho -la verdad es que de repente me sentí agotado y disgustado con mi papel y con las tensiones que creaba-. Sólo dígales que Bonforte se encuentra resfriado y su médico le ha ordenado un reposo en cama. Ya he aguantado demasiado.

- Creo que diré que es una pulmonía -masculló Corpsman.

- Lo que quiera.

Cuando hubo desaparecido, Roger se volvió hacia mí y dijo:

- No permita que estas cosas le alteren, Jefe. En nuestro negocio hay días mejores que otros.

- Roger, me pondré realmente enfermo. Puede decirlo en el estéreo de esta noche.

- ¿Entonces?

- Me voy a la cama y me quedaré allí. No hay ninguna razón que impida que Bonforte pueda tener un resfriado hasta que esté dispuesto a volver al trabajo en persona. Cada vez que aparezco en público aumenta la probabilidad de que alguien se dé cuenta de algo raro… y cada vez que me presento en mi papel de Bonforte ese envenenado Corpsman encuentra algo que criticar. Un artista no puede ofrecernos su mejor trabajo si tiene alguien a su alrededor molestándole continuamente. De modo que dejemos las cosas como están y que bajen ya el telón.

- Tómelo con calma, Jefe. Tendré a Corpsman apartado de ahora en adelante. Aquí no hay necesidad de que nos tropecemos a cada momento como en la nave.

- No, Roger, estoy decidido. ¡Oh!, no le dejaré plantado. Me quedaré aquí hasta que Bonforte pueda levantarse, en caso de que se presente alguna emergencia realmente importante -me acordaba de que el Emperador había dicho que siguiera con mi trabajo y había quedado convencido que yo lo haría-; pero creo que será mejor que me retire por unos cuantos días. Hasta ahora hemos tenido éxito, ¿no es cierto? ¡Oh!, claro que ellos lo saben… alguien lo sabe… que Bonforte no era el hombre que asistió a la ceremonia de adopción: pero no se atreverán a publicarlo a los cuatro vientos, ni tampoco pueden probarlo aunque quisieran. Las mismas personas pueden sospechar que fue un doble el que asistió a la audiencia real de hoy, pero no lo saben, no pueden estar seguros de ello… porque siempre cabe la posibilidad de que Bonforte se haya recobrado con bastante rapidez para acudir hoy en persona. ¿De acuerdo?

El rostro de Clifton adquirió una expresión extraña y vacilante.

- Me temo que deben estar seguros de que fue un doble, Jefe.

- ¿Eh?

- Hemos disfrazado un poco la verdad para impedir que se pusiera nervioso, Jefe. El doctor Capek estaba seguro desde el momento en que lo examinó por primera vez de que sólo un milagro podía hacer

que hoy pudiera presentarse a la audiencia. La gente que le administró la droga también tiene que saberlo.

Arrugó el ceño.

- ¿Entonces antes me engañaron cuando me dijeron que estaba mucho mejor? ¿Cómo se encuentra, Roger? Dígame la verdad.

- En esta ocasión le decía la verdad, Jefe. Por eso sugerí que fuese a verle… mientras que antes me sentía satisfecho con su repugnancia a visitarle -y añadió-: Quizá será mejor que ahora le vea y hable con él.

- Mmmm… no -mis razones para no verle aún tenían validez; si tenía que seguir con el papel no quería que mi subconsciente me jugase una mala pasada. El papel exigía un hombre sano-. Mire, Roger, lo que he dicho antes aún se aplica con más fuerza en vista de lo que acaba de contarme. Si ellos pueden estar razonablemente seguros de que hoy fue un doble el que se presentó ante el Emperador, entonces no podemos atrevernos a otra actuación. Hoy les cogimos por sorpresa… o quizá les fue imposible el desenmascararme, en vista de las circunstancias. Pero eso no será siempre. Pueden preparar alguna trampa, alguna prueba que me sea imposible evitar y entonces… ¡buuum! Ahí será donde estalle la bomba -reflexioné por un momento-. Será mejor que siga enfermo durante todo el tiempo necesario. Bill tenía razón; lo mejor es una pulmonía.

Tal es el poder de la autosugestión, que a la mañana siguiente me desperté con la nariz irritada y la garganta congestionada. El doctor Capek vino a verme y me recetó alguna medicina; a la hora de cenar me sentía mucho mejor, a pesar de lo cual el doctor publicó boletines sobre “la infección por virus del señor Bonforte”. Las ciudades herméticas y con aire acondicionado de la Luna, siendo lo que son, nadie se mostró muy deseoso de exponerse a una enfermedad propagada por el aire; nadie hizo ningún esfuerzo por atravesar la barrera de mis ayudantes. Durante cuatro días no hice más que descansar y leer los libros de la biblioteca de Bonforte, tanto sus propias obras como muchos de sus otros libros… Descubrí que la política y la economía pueden ser temas de lectura muy interesantes; nunca me habían atraído hasta aquel momento. El Emperador me envió flores del invernadero real… ¿o quizás no eran para mí?

No importa. Descansé y me complací en el lujo de volver a ser Lorenzo, o hasta el sencillo Lorenzo Smythe. Observé que volvía a

adoptar mi falsa personalidad de forma automática cada vez que entraba alguien, pero eso no podía evitarlo. En realidad no era necesario; no vi a nadie excepto a Penny y al doctor Capek, salvo una visita que me hizo Dak.

Pero hasta el nirvana puede llegar a cansar. Al cuarto día me sentía tan cansado de aquella habitación como si se tratase de la antesala de un empresario, y tenía la sensación de estar abandonado por todos. Nadie se preocupaba de mí; las visitas de Capek habían sido breves y estrictamente profesionales, y las de Penny fueron pocas y espaciadas. Había dejado de llamarme “señor Bonforte”.

Cuando Dak se presentó, me sentí encantado de verle.

- ¡Dak! ¿Qué hay de nuevo?

- Nada de particular. He estado tratando de reabastecer al *Tom Payne* con una mano mientras ayudo a Roger en su trabajo político con la otra. La organización de esta campaña va a darle úlceras -se sentó en la cama-. ¡Política, bah!

- ¡Hummm!... Dak, ¿cómo llegó a mezclarse con todo esto? A primera vista, creería que los pilotos deben de ser tan poco políticos como actores de teatro. Especialmente usted.

- Lo son y no lo son. La mayor parte de las veces les importa un comino quién manda en el Gobierno, mientras puedan seguir llevando esas chatarras por el cielo. Pero para que las naves vuelen necesitan carga, y la carga significa comercio, y el comercio provechoso quiere decir comercio libre, con derecho para ir a cualquier parte, sin áreas restringidas ni tonterías de aduanas. ¡Libertad! Y ahí tiene; ya estamos metidos en política. En cuanto a mí, yo vine aquí la primera vez para hacer presión en la aprobación de la Ley del “viaje continuo”, de manera que las mercancías en el comercio triangular no tuvieran que pagar aduanas dos veces. Fue uno de los proyectos de Bonforte, desde luego. Una cosa llevó a otra y aquí estoy, Capitán de su yate durante los últimos seis años y representando a mi Gremio desde las últimas elecciones generales -suspiró-. Ni yo mismo sé cómo sucedió.

- Supongo que estará deseoso de abandonar todo esto. ¿Piensa presentarse a la reelección?

Me miró sorprendido.

- Hermano, hasta que no haya estado metido en política no puede decir que haya vivido.

- Pero antes dijo que…

- Ya sé lo que dije. Es duro y a veces sucio y siempre un trabajo pesado y lleno de detalles aburridos. Pero es el único deporte para personas mayores. Todo lo demás es para chicos. Todos ellos -se puso en pie-. Tengo que marcharme.

- ¡Oh, quédese un rato!

- No puedo. La Asamblea Interplanetaria se reúne mañana y tengo que ayudar a Roger. No debí haber venido aquí a pasar este rato.

- ¿Es cierto? No lo sabía.

Conocía que la Asamblea, la Asamblea saliente, desde luego, debía reunirse por última vez para aceptar el Gobierno regente. Pero no había pensado en ello. Era una cuestión de rutina, tan sencilla como presentar la lista al Emperador.

- ¿Cree que él podrá presentarse?

- No. Pero no se preocupe por eso. Roger presentará sus excusas a la Asamblea por su ausencia… quiero decir la de él… y pedirá que se le conceda la representación *in absentis*, mediante el procedimiento de no ha lugar. Luego leerá el discurso del Ministro Supremo entrante… Bill está trabajando en eso en este momento. Después, con su propia personalidad, presentará una moción para que el Gobierno quede confirmado. Se le apoyará. No habrá debate. La moción quedará aprobada. Se levanta la sesión… y todo el mundo sale corriendo para sus casas y a empezar a prometer a los votantes dos mujeres para cada uno y cien imperiales cada lunes por la mañana. Un asunto de rutina -luego añadió-: ¡Oh, sí! Algún miembro del Partido de la Humanidad presentará una propuesta de simpatía y para que se le envíe una cesta de flores, lo cual será aprobado en medio de muchos aplausos hipócritas. Preferirían enviarla al funeral de Bonforte.

Hizo una mueca.

- ¿Es algo tan sencillo? ¿Qué sucederá si se niegan a aceptar la representación *in absentis*? Tenía entendido que la Asamblea no aceptaba los votos por delegación.

- Es cierto, en todos los asuntos corrientes. O no se cuenta o uno tiene que presentarse para votar. Pero esta vez se trata de parar la maquinaria parlamentaria. Si no permiten que aparezca por delegación mañana, tendrán que esperar por aquí hasta que se ponga bueno antes de que puedan levantar la sesión y dedicarse al asunto mucho más importante de hipnotizar a los votantes. En realidad la Asamblea se ha estado reuniendo cada día y levantando la sesión por falta de quórum, desde la dimisión de Quiroga. Esta Asamblea está más muerta que el fantasma de Hamlet, pero tenemos que enterrarla de acuerdo con la Constitución.

- De acuerdo… pero supongamos que algún idiota se opone.

- Nadie lo hará. ¡Oh! podría forzar una crisis de Gobierno. Pero no sucederá.

Ninguno de los dos dijo nada más. Dak no hizo ningún movimiento para marcharse.

- Dak, ¿las cosas serían más sencillas si yo me presentase y pronunciase ese discurso?

- ¡Caramba! Creía que ya habíamos discutido ese punto. Usted mismo ha decidido que no debíamos arriesgarnos a otra actuación a menos que se declarase fuego en la casa. En general, estoy de acuerdo con usted. Ya sabe aquello del cántaro y la fuente.

- Sí. Pero eso no será más que un paseo, ¿no es así? ¿Con los movimientos tan concretos como en el teatro? ¿Hay alguna posibilidad de que alguien se presente con alguna sorpresa que no sepa cómo contestar?

- Pues, no. De ordinario se esperaría que hablase con los chicos de la prensa, después de la reunión, pero su reciente enfermedad nos servirá de excusa. Podemos hacerle pasar por un túnel reservado y evitar el encontrarnos con los periodistas -sonrió e hizo un gesto-. Bien, siempre existe la posibilidad de que algún loco en las galerías del público haya conseguido entrar una pistola… Bonforte siempre se refería a ese lugar como la galería de tiro al blanco, después de que le hirieron la pierna desde allí.

La pierna empezó a dolerme de repente.

- ¿Es que trata de asustarme?

- No.

- Pues tiene un modo raro de darme ánimos. ¿Quiere que haga ese trabajo mañana? ¿O no?

- Naturalmente que quiero. ¿Por qué demonios piensa que he venido aquí en un día tan ajetreado como hoy? ¿Para charlar un rato?

El Presidente *pro tempore* golpeó con su martillo, el Capellán pronunció una oración que evitaba cuidadosamente cualquier diferencia entre una y otra religión… y todo el Mundo calló. Los escaños estaban medio vacíos pero la galería estaba atestada de turistas.

Escuchamos la llamada ceremonial amplificada por los altavoces; el Sargento de Armas corrió con su maza hasta la puerta. Tres veces el Emperador exigió que se le franquease la entrada y tres veces se le negó. Luego solicitó que se le concediera este privilegio y le fue concedido por aclamación. Nos pusimos en pie mientras Willem ocupaba su asiento detrás y un poco más arriba del Presidente. Llevaba el uniforme de Almirante General y no le acompañaba su séquito, excepto el Presidente y el Sargento de Armas.

Entonces coloqué mi varilla marciana debajo del brazo y me puse en pie en mi asiento del primer banco, dirigiéndome al Presidente de la Asamblea como si el Soberano no estuviese presente. Pronuncié mi discurso, que no era el mismo que Corpsman había escrito; aquél había ido a la papelera tan pronto como le puse la vista encima. Bill había preparado un discurso con vistas a la campaña electoral; y aquél no era el momento ni el lugar para ello.

El mío era mucho más corto, imparcial y escogido de las obras de Bonforte, era en realidad una paráfrasis del discurso que pronunció Bonforte en otra ocasión en que formó Gobierno regente. Me mostré partidario decidido de buenas carreteras y buenos puentes y deseé que todos se amasen los unos a los otros del mismo modo que nosotros, los buenos demócratas, amamos a nuestro soberano y él nos quiere a nosotros. Era un poema en verso de unas quinientas palabras, y si me aparté del discurso original de Bonforte, es que me equivoqué al recitar mi papel.

Tuvieron que imponer orden en la sala.

Roger se levantó y presentó una moción para que se confirmaran los nombres que yo había mencionado en mi discurso… Fue apoyado sin objeciones y el secretario sacó una bola blanca. Mientras atravesaba el pasillo central, seguido por un miembro de mi partido y otro de la oposición, pude ver como muchos de los asistentes miraban sus relojes como si se preguntasen si tendrían tiempo de alcanzar el cohete de enlace del mediodía.

Juré lealtad a mi Soberano, sujeto a las limitaciones constitucionales, jurando defender y continuar los derechos y privilegios de la Asamblea Interplanetaria, proteger las libertades de los ciudadanos del Imperio en cualquier lugar en que se hallasen… e incidentalmente cumplir con mis deberes como Ministro Supremo de Su Majestad. El Capellán se equivocó una vez al leer el juramento, pero yo le corregí.

Pensé que lo estaba haciendo en forma excelente para ser una función de despedida… cuando me di cuenta de que estaba llorando de tal forma que casi no veía nada. Cuando terminé, Willem me dijo en voz baja:

- Un buen discurso, Joseph.

No sé si se refería a mí o a su viejo amigo… pero no me importó. No quise ocultar mis lágrimas; dejé que corriesen por mis mejillas mientras me volvía a la Asamblea. Esperé que Willem se marchase y luego levanté la sesión.

La Compañía de Transportes Diana Ltd. puso en servicio cuatro cohetes de enlace aquella tarde. New Batavia quedó desierta… es decir, desierta excepto por la Corte y un millón más o menos de carniceros, panaderos, fabricantes de cirios y empleados del Estado… y además un Gobierno provisional.

Como ya estaba repuesto de mi resfriado, después de aparecer públicamente ante la Asamblea Interplanetaria, ya no parecía lógico que siguiera escondiéndome. Como Ministro Supremo no era posible, sin causar muchos comentarios el que no se me viese nunca; como jefe nominal de un partido político a punto de entrar en una campaña electoral, me veía obligado a recibir a muchas personas… por lo menos a bastantes. De modo que hice lo que tenía que hacer y todos los días recibía un informe de los progresos de Bonforte hacia su recuperación. Sus progresos eran alentadores, aunque lentos. Capek

me informó que ya era posible, si resultaba absolutamente necesario, el que se presentara en público en cualquier momento… pero aconsejó que no se hiciera; había perdido casi diez kilos y su coordinación era pobre.

Roger hizo todo lo posible para protegernos a los dos. El señor Bonforte sabía que estábamos usando un doble en su lugar, y después de un acceso de indignación había comprendido la necesidad de hacerlo y lo había aprobado. Roger llevaba la campaña, consultándole sólo en cuestiones de alta política y luego pasándome las soluciones a mí para publicarlas cuando era necesario.

Pero la protección que se me concedía era grande; era tan difícil verme como a un importante agente teatral. Mi oficina estaba situada dentro de la montaña, detrás de los departamentos del jefe de la oposición (no nos habíamos trasladado a las habitaciones más lujosas del Ministro Supremo; aunque era legal el hacerlo, no era lo acostumbrado durante un Gobierno regente), y podía llegar allí directamente desde mis salones inferiores, pero para que un hombre pudiera verme tenía que pasar por lo menos por cinco puntos de control… excepto los visitantes distinguidos que eran conducidos directamente por un túnel especial hasta el despacho de Penny y desde allí al mío.

Aquella organización significaba que tenía tiempo de estudiar la ficha Farley de cualquiera que viniese a verme antes de que llegase a mi presencia. Inclusive podía tenerla a la vista mientras le recibía, gracias a que mi mesa de despacho tenía una pantalla oculta que el visitante no podía ver y que podía ser eliminada en el acto si resultaba ser uno de aquellos a los que les gustaba caminar mientras hablaba. La pantalla tenía otros usos prácticos; Roger podía conceder al visitante el tratamiento distinguido, conduciéndole directamente a mi despacho y luego dejándonos solos… pero pasando por la oficina de Penny para transmitirme una nota por la pantalla; observaciones o comentarios tales como: “Déle un beso y no le prometa nada” o “Todo lo que quiere es que su esposa sea presentada en la Corte” o hasta “Tenga cuidado con éste. Representa un distrito “difícil” y es más listo de lo que parece. Pásemelo a mí y yo me arreglaré con él”.

Nunca llegué a saber quién dirigía el Gobierno. Probablemente los subsecretarios de carrera. Todas las mañanas encontraba una pila de papeles en mi mesa; yo los firmaba con la gruesa escritura de Bonforte y luego Penny se los llevaba. Nunca tuve tiempo para leerlos. El inmenso volumen de la maquinaria imperial me asombraba. Una vez,

tuvimos que asistir a una reunión fuera de nuestras oficinas, y Penny me llevó por un atajo a través de los Archivos; kilómetros y kilómetros de interminables estanterías, cada una de ellas abarrotada de cajas de microfilms y todas provistas de cintas transportadoras que se deslizaban delante de las estanterías de modo que el empleado no tuviera que pasar todo el día para ir a buscar una carpeta.

Sin embargo, Penny me dijo que sólo me había mostrado una sección de los Archivos. Sólo el índice, me explicó, ocupaba una caverna del tamaño de la Asamblea Interplanetaria. Me hizo sentirme satisfecho que la Administración Civil no fuera mi profesión sino un pasatiempo pasajero, como si dijéramos.

El recibir a los visitantes importantes era una tarea inevitable y en general inútil, ya que Roger, o Bonforte a través de Roger, eran quienes tomaban las decisiones. Mi función más importante era la de pronunciar discursos. Se había extendido un discreto rumor de que mi médico personal temía que la infección hubiese afectado temporalmente a mi corazón y que me había aconsejado que me quedase en la baja gravedad de la Luna durante toda la campaña electoral. No me atrevía a llevar mi caracterización por una gira por las principales ciudades de la Tierra y mucho menos hacer el viaje a Venus; el archivo Farley seria inútil si intentaba entrar en contacto con grandes multitudes, sin mencionar los riesgos desconocidos que entrañaban los posibles ataques de las bandas de Activistas… lo que yo podía decir con una dosis mínima de neodexocaína en los lóbulos frontales ninguno de nosotros quería ni imaginarlo.

Quiroga hacía propaganda en todos los continentes de la Tierra, haciendo que las emisiones de estereovisión le presentasen siempre en mítines frente a grandes multitudes. Pero aquello no parecía preocupar a Roger Clifton. Se encogió de hombros cuando lo supo y contestó: “Déjenle que haga lo que quiera. No se pueden conseguir más votos por acudir personalmente a los mítines del partido. Todo lo que se logra es agotar al orador. A esos mítines sólo van los incondicionales”.

Esperé que supiera de lo que estaba hablando. La campaña era muy breve, sólo seis semanas desde la dimisión de Quiroga hasta el día de las elecciones que él mismo había señalado antes de dimitir, y yo tenía que hablar casi cada día, bien en una gran emisión radiada en cadena con todas las emisoras en las que compartía el tiempo con equidad con el Partido de la Humanidad, o bien en discursos que luego eran enviados por avión especial y proyectados en reuniones

políticas.

Habíamos organizado un sistema de trabajo; se me enviaba el borrador del discurso, quizá preparado por Bill, aunque ahora no le veía nunca y yo lo adaptaba al estilo de Bonforte. Roger se llevaba el borrador corregido y generalmente lo devolvía aprobado, y de vez en cuando había correcciones con la letra de Bonforte, ahora tan temblorosa que casi era ilegible.

Nunca me permití modificar las frases que él había corregido, aunque a menudo lo hice con el resto… Cuando uno se lanza en el calor de un discurso, con frecuencia se encuentra una forma mejor y más enérgica de expresar las ideas. Empecé a darme cuenta de la naturaleza de sus correcciones; casi siempre eran supresiones de circunloquios… más duro, ¡que lo tomen o lo dejen!

Después de cierto tiempo las correcciones fueron menos. Yo me estaba compenetrando con su pensamiento.

Seguía sin haberle visto. Comprendía que no podría encarnar con eficacia su personalidad si le miraba en su lecho de enfermo. Pero yo no era el único de sus íntimos que no le visitaba; Capek se lo había prohibido a Penny… por el bien de ella. Yo no me enteré hasta mucho después. Me daba cuenta de que Penny se volvía irritable, distraída y temperamental después que llegamos a New Batavia. Tenía unas ojeras enormes… de todo lo cual yo me daba cuenta, pero lo atribuía a la tensión de la campaña, combinada con la preocupación sobre la salud de Bonforte.

Sólo tenía razón en parte. Capek comprendió la verdad y se decidió a actuar. La colocó bajo una ligera hipnosis y le hizo varias preguntas… y luego le prohibió por completo que volviera a ver a Bonforte hasta que yo hubiera terminado mi trabajo y desaparecido de la escena por entero.

La pobre muchacha se estaba volviendo loca al visitar diariamente a un enfermo del que estaba enamorada sin esperanza y luego pasando a trabajar junto a un hombre que parecía, hablaba y actuaba exactamente igual que el otro, pero que estaba sano. Probablemente empezaba a odiarme.



Ilustración 11: Soñando con Bonforte

El buen doctor Capek llegó hasta el fondo de sus dificultades y le dio unas cuantas sugestiones poshipnóticas que la ayudaron y calmaron por completo, y desde luego, después de aquello no volvió a la habitación del enfermo. A mí no me dijeron nada; no era algo que pudiera importarme. Pero Penny se recobró completamente y de nuevo se mostró con su verdadero carácter adorable y con una asombrosa eficiencia en el trabajo.

Aquello significaba mucho para mí. Seamos sinceros; si no hubiera sido por Penny, por lo menos en dos ocasiones me habría marchado lleno de disgusto por aquella lucha de ratas callejeras.

Una de las reuniones del partido era imposible evitarla: se trataba de la Comisión Organizadora de la Campaña Electoral. Dado que el Partido Expansionista era minoritario, ya que sólo era la fracción mayor de una coalición de distintos partidos unidos únicamente por la personalidad y dirección de John Joseph Bonforte, yo no tenía otro remedio que colocarme en su lugar y verter aceite sobre las aguas agitadas por aquellas *primas donnas*. Se me preparó para esa ocasión con extremado cuidado, y Roger se sentaría a mi lado para ayudarme en el caso de que yo fallase en algo. Pero era un trabajo que no podía delegarse en ninguna otra persona.

Unas dos semanas antes del día de las elecciones teníamos que celebrar una reunión en la cual se repartirían los distritos “incondicionales”. Nuestra organización política siempre disponía de treinta a cuarenta distritos que podían utilizarse para hacer a alguien elegible para un cargo de Gobierno, o para conseguir el nombramiento de Representante para un secretario político indispensable; por ejemplo, una persona con el cargo de Penny era mucho más útil si tenía categoría oficial, con derecho a moverse o a hablar en la Asamblea, o de asistir a las reuniones más importantes del partido, o bien por otras razones políticas. El mismo Bonforte era elegido en uno de esos distritos “incondicionales”, ahorrándole así la necesidad de hacer su propia campaña electoral. Clifton tenía otro. Dak también lo habría tenido si no fuese por el hecho de que contaba con el apoyo unánime del Gremio de Pilotos. Roger hasta llegó a decirme en una ocasión que si alguna vez quería dedicarme a la política, sólo tenía que decir una palabra y mi nombre iría en la próxima lista.

Algunos de estos puestos siempre se reservaban para gente adicta al Partido, dispuesta a dimitir cuando fuese necesario, y dar estado oficial de Representante a otra persona, o por cualquier otra razón.

Pero todo aquello creaba intereses personales y, siendo lo que era la coalición, resultaba necesario que Bonforte en persona decidiera la parte que le correspondía a cada uno y que presentase la lista final a la Comisión Organizadora. Era un trabajo de última hora, que se hacía casi en el mismo instante en que se preparaban las listas de candidatos.

Cuando Dak y Roger entraron en mi despacho, yo estaba trabajando en un discurso y le había dicho a Penny que no dejase pasar a nadie a menos que llevara la camisa incendiada. La noche anterior, Quiroga había pronunciado un discurso absurdo en Sidney, Australia, y era tal la naturaleza de sus manifestaciones, que no me sería difícil hacer que se tragase sus palabras. Estaba intentando redactar el discurso sin ayuda de nadie, y tenía muchas esperanzas de que resultaría aprobado por los demás.

Cuando entraron, me recliné en la silla y les dije:

- Oigan esto -y les leí un par de los párrafos principales-. ¿Qué les parece?

- Con eso podremos arrancarle la piel y clavarla en la puerta -admitió Roger-. Aquí tiene la lista de los "incondicionales", Jefe. ¿Quiere repasarla? Tenemos que asistir a la reunión dentro de veinte minutos.

- ¡Oh, esa maldita reunión! No veo la necesidad de que yo repase la lista. ¿Hay algo de particular que quieran explicarme?

Sin embargo, cogí la lista de las manos de Roger y le di una ojeada. Los conocía a todos por sus fichas y a unos cuantos por haberme visitado; conocía la razón por la cual cada uno de ellos tenía que ser elegido.

Luego un nombre me saltó ante los ojos: Corpsman, William J.

Traté de dominar lo que creía que era una irritación justificada y dije en voz baja:

- Veo que Bill está en la lista, Roger.

- ¡Oh, sí! Quería hablarle de eso. Mire, Jefe, como todos sabemos, han habido ciertas discusiones entre usted y Bill. No es que le eche la culpa a usted, ha sido Bill el causante. Pero siempre existen dos lados en una discusión. Lo que quizá usted no sabe es que Bill tiene un tremendo complejo de inferioridad; eso le hace muy suspicaz. Ahora lo arreglaremos.

- ¿Bien?

- Sí. Es lo que él siempre ha deseado. Mire, todos nosotros tenemos categoría oficial, somos miembros de la Asamblea, quiero decir. Hablo de los que trabajamos cerca de… ¡uh! de usted. Bill se resiente. Le he oído decir, después de unas cuantas copas, que él no es más que un empleado. Está amargado por eso. No le importa, ¿no es cierto? El Partido puede hacerlo y creemos que vale la pena, a cambio de eliminar fracciones en nuestro Cuartel General.

Yo había conseguido dominarme por completo.

- Todo esto no me atañe a mí. ¿Por qué tiene que importarme, si eso es lo que Bonforte quiere?

Capté una mirada entre Dak y Roger. Añadí:

- ¿Es eso lo que Bonforte quiere? ¿No es así, Dak?

Dak respondió bruscamente:

- Díselo, Roger.

Roger dijo lentamente:

- Dak y yo lo hemos arreglado entre los dos. Creemos que es lo mejor.

- ¿Entonces Bonforte no ha aprobado la designación? Se lo habrán consultado, desde luego.

- No. No lo hemos hecho.

- ¿Por qué no?

- Jefe, éste no es un asunto para molestar a Bonforte. Está enfermo y muy cansado. No quiero preocuparle con nada que no sea una decisión política importante… y esto no lo es. Se trata de un distrito que tenemos ganado sea quien sea el que se presente a la elección.

- Entonces, ¿por qué me lo preguntan a mí?

- Bien; creímos que debería saberlo… y la razón del porqué lo hacemos. Creemos que debería aprobarlo.

- ¿Yo? Me piden que tome una decisión como si yo fuese Bonforte. Yo no soy Bonforte -golpeé la mesa con un gesto nervioso acostumbrado en él-. O bien esta decisión debe tomarla Bonforte y entonces tienen que consultarle a él, o no lo es y entonces no tienen por qué consultarme a mí.

Roger mordió la punta de su cigarro y luego dijo:

- De acuerdo. Hágase cuenta de que no le he dicho nada.

- ¡No!

- ¿Qué quiere decir?

- Quiero decir ¡no! Ya me lo han preguntado; por lo tanto, es que no están seguros de ello. De modo que si esperan que yo presente esta lista a la Comisión como si yo fuese Bonforte, entonces entren ahí dentro y se lo preguntan a él.

Los dos se sentaron y se quedaron silenciosos por un momento. Por fin Dak suspiró y dijo:

- Dile todo lo demás, Roger. O se lo diré yo.

Esperé. Clifton se quitó el cigarro de la boca y dijo:

- Jefe, Bonforte ha tenido un ataque hace cuatro días. No se encuentra en condiciones de ser molestado.

Me quedé inmóvil y empecé a contar hasta cien. Cuando me hube repuesto de la sorpresa, pregunté:

- ¿Cómo está su mente?

- Su mente parece bastante despejada, pero se encuentra terriblemente fatigado. Aquella semana que pasó prisionero fue una tortura mayor de lo que pensamos. El ataque lo ha tenido inconsciente durante veinticuatro horas. Ahora se ha repuesto, pero el lado izquierdo de su cara está paralizado y todo su costado izquierdo completamente inmóvil.

- ¡Uh!… ¿Qué es lo que dice el doctor Capek?

- Cree que cuando el coágulo se disuelva, la parálisis desaparecerá. Aunque tendrá que llevar una vida reposada. Pero Jefe, en estos momentos está enfermo. Tenemos que seguir adelante durante el resto de la campaña sin contar con su ayuda.

Sentí la misma impresión que cuando había perdido a mi padre. Nunca había visto a Bonforte y no tenía otra ayuda de él que unas cuantas correcciones en un papel hechas con una mano temblorosa. Pero aquello me servía de sostén moral. El simple hecho de que se encontrara en aquella habitación cercana había hecho que todo fuese posible.

Respiré profundamente, como un boxeador antes de entrar en combate, y dije:

- De acuerdo, Roger. Tendremos que hacerlo solos.

- En efecto, Jefe -se puso en pie-. Tenemos que marcharnos a la reunión. ¿Qué hay de eso?

Hizo un gesto hacia la lista de “incondicionales”.

- ¡Oh!

Traté de pensar con rapidez.

Era posible que Bonforte quisiera recompensar a Bill con el privilegio de poder llamarse Muy Honorable, para hacerle feliz. Bonforte no era tacaño con esas cosas; no era del tipo que ata la boca de los caballos que muelen el grano. En uno de sus ensayos políticos había dicho:

“Yo no soy un intelectual. Si poseo algún talento especial es el de escoger colaboradores de gran capacidad y dejarles trabajar

tranquilos.”

- ¿Cuánto tiempo ha trabajado Bill con él? -pregunté de repente.

- ¿Eh? Cosa de cuatro años. Un poco más.

No había duda de que a Bonforte le gustaba su trabajo.

- En ese tiempo, ¿ha habido unas elecciones generales, no es cierto? ¿Por qué no le hizo Representante en aquella ocasión?

- Pues, no lo sé. Nunca se presentó la ocasión.

- ¿Cuándo hizo nombrar a Penny?

- Hace tres años. En una elección secundaria.

- Ahí tiene su respuesta, Roger.

- No le comprendo.

- Bonforte podía haber hecho nombrar Representante a Bill en cualquier momento. No quiso hacerlo. Quite su nombre y pongan en su lugar a uno de los que están dispuestos a dimitir cuando queramos. Si luego… si es que se siente dispuesto a ello.

Clifton no hizo comentarios. Simplemente recogió la lista y dijo:

- De acuerdo, Jefe.

Aquella misma noche Bill presentó su dimisión. Supongo que Roger se vería obligado a decirle que su propuesta no había sido aceptada. Pero cuando Roger me comunicó la noticia me sentí realmente enfermo, comprendiendo que mi intransigente actitud nos había colocado a todos en una situación peligrosa y así se lo dije. Clifton denegó con la cabeza.

- ¡Pero él lo sabe todo! Fue idea suya desde el principio. Fíjese en la cantidad de basura que puede llevar al campo contrario.

- Olvídese de eso, Jefe. Bill puede estar despechado… yo no puedo perdonar a un hombre que nos abandona en medio de una campaña electoral; simplemente es algo que no debe hacerse nunca. Pero no es un traidor. En su profesión no se revelan los secretos del

cliente, aunque lleguen a pelearse.

- Espero que no se equivoque.

- Ya lo verá. No se preocupe más. No piense más que en el trabajo.

A medida que fueron pasando los días llegué a la conclusión de que Roger conocía a Bill mejor que yo. No supimos nada de él mientras la campaña continuaba su curso, cada vez más dura, pero sin el menor indicio de que nuestro gigantesco engaño estuviera comprometido. Empecé a sentirme más tranquilo y me dediqué a la tarea de producir los mejores discursos estilo Bonforte que me era posible… a veces con la ayuda de Roger; otras veces sencillamente con su aprobación. Bonforte iba mejorando continuamente, pero Capek insistía en que debía mantener reposo absoluto.

Roger tuvo que ir a la Tierra durante la última semana; hay ciertas clases de compromisos que no pueden hacerse por correspondencia. Después de todo, los jefes locales tienen más importancia que los oradores elocuentes. Pero teníamos que seguir produciendo discursos y asistiendo a las reuniones de prensa; yo seguí con el trabajo, ayudado por Dak y Penny… Desde luego ahora yo estaba mucho mejor preparado; la mayor parte de las preguntas podía contestarlas sin detenerme a pensar.

El día que Roger tenía que regresar, teníamos programada la acostumbrada conferencia de prensa que celebramos dos veces por semana. Yo tenía la esperanza de que Roger llegaría a tiempo para asistir a la reunión, pero no había ninguna razón para que no pudiera hacerlo yo solo. Penny entró delante de mí, llevando la cartera de documentos; pude oír como ahogaba una exclamación.

Entonces vi que Bill estaba sentado al otro extremo de la mesa.

Pero lancé una mirada alrededor de la sala como de costumbre y dije:

- Buenos días, caballeros.

- Buenos días, señor Ministro -contestó la mayoría.





Ilustración 12: La prensa trabajando

Luego añadí:

- Buenos días, Bill. No sabía que iba a encontrarle aquí. ¿A quién representa?

Todos guardaron silencio para escuchar su respuesta. Cada uno de los demás periodistas sabía que Bill nos había abandonado o había sido despedido. Bill sonrió y dijo:

- Buenos días, señor Bonforte. Trabajo para el Sindicato de Prensa Krein.

Me di cuenta de que íbamos a tener dificultades y traté de no darle la satisfacción de que el temor se asomase a mis ojos.

- Una buena compañía. Espero que le paguen todo lo que usted vale. Y ahora al trabajo… las preguntas escritas primero. ¿Las tiene aquí, Penny?

Leí rápidamente las preguntas escritas, dando las contestaciones para las que había tenido tiempo de prepararme, luego me incliné en la silla como de costumbre y dije:

- Nos queda tiempo para charlar un poco, caballeros. ¿Alguna otra pregunta?

Hubo varias. Me vi obligado a contestar "Sin comentario" sólo una vez… una respuesta que Bonforte prefería hacer en vez de dar una

explicación ambigua. Por fin miré el reloj y dije:

- Creo que eso es todo por hoy, señores.

Y empecé a levantarme.

- ¡Smythe! -gritó Bill.

Seguí levantándome, sin mirarle.

- ¡Me refiero a ti, falso Bonforte-Smythe! -continuó furioso, gritando aún más.

Aquella vez le miré con asombro... creo que con la expresión adecuada a un alto personaje que se ve obligado a enfrentarse con una grosería en circunstancias improbables. Bill me estaba señalando con el dedo y tenía el rostro congestionado.

- ¡Impostor! ¡Actor de segunda clase! ¡Fraude!

El corresponsal del *Times* de Londres que se encontraba a mi derecha me dijo en voz baja:

- ¿Quiere que llame a los guardias, señor?

- No -contesté-. Creo que es inofensivo.

Bill se echó a reír.

- De manera que soy inofensivo, ¿eh? Ya lo veremos.

- Creo que debería hacerlo, señor -insistió el hombre del *Times*.

- No -luego añadí severamente-: Ya basta, Bill. Será mejor que salga de aquí.

- ¡Eso es lo que quieres tú!



Ilustración 13: Confrontación con Bill Corpsman

Y a continuación empezó a relatar rápidamente la historia básica. No hizo ninguna mención del secuestro y no habló de la parte que él había desempeñado en el engaño, pero sugirió que nos había dejado antes de tomar parte en semejante estafa. La suplantación la atribuyó, correctamente, a una enfermedad de Bonforte… pero dejando entender que nosotros le habíamos drogado.

Le escuché con paciencia. La mayor parte de los periodistas primero le escucharon con sorpresa, con la expresión del que se ve expuesto sin desearlo a una desagradable discusión familiar. Luego algunos de ellos empezaron a tomar notas en sus cuadernos o a dictar en los microregistros.

Cuando acabó le pregunté:

- ¿Has terminado, Bill?

- ¿Es suficiente, no crees?

- Más que suficiente. Lo siento, Bill. Eso es todo, señores. Tengo que volver a mi trabajo.

- Un momento, señor Ministro -exclamó alguien-. ¿No quiere refutar estas acusaciones?

Otro añadió:

- ¿No va a perseguirle judicialmente?

Contesté primero a la última pregunta:

- No. No le denunciaré. No se denuncia a un loco.

- ¿Loco yo? -gritó Bill.

- Tranquilícese, Bill. En cuanto a refutar los cargos, no creo que sea necesario. Sin embargo, veo que alguno de ustedes ha estado tomando notas. Aunque dudo que ninguno de sus editores quiera publicar esta historia, si es que lo hacen, la anécdota que voy a contarles puede añadir un poco de interés. ¿Han oído hablar del profesor que pasó cuarenta años de su vida tratando de probar que la Odisea no fue escrita por Homero… sino por otro griego que llevaba el mismo nombre?

Conseguí solamente algunas risas de cortesía. Sonreí y empecé a dar media vuelta. Bill se me acercó corriendo y me cogió por el brazo.

- ¡No podrás salir de esto con un chiste!

El corresponsal del *Times*… el señor Ackroyd, creo que se llamaba, le apartó de mi lado.

Dije:

- Gracias, señor -luego añadí dirigiéndome a Corpsman-: ¿Qué es lo que quiere conseguir, Bill? He tratado de evitar que le arresten.

- ¡Llama a los policías si te atreves, impostor! ¡Veremos quién de los dos se queda en la cárcel! ¡Espera hasta que te tomen las huellas dactilares!

Suspiré y traté de quitarle importancia a sus palabras.

- Esto ya pasa de ser una broma, señores. Creo que será mejor que terminemos de una vez. Penny, querida, ¿quiere hacer que alguien nos traiga un equipo para tomar mis huellas?

Sabía que estaba perdido… pero, ¡maldita sea!, si uno se encuentra en un naufragio, lo menos que debe hacer es portarse dignamente mientras la nave se hunde. Hasta el villano de la obra tiene derecho a salir a recoger los aplausos.

Bill no quiso esperar. Agarró el vaso de agua que yo tenía delante de mí en la mesa. Yo lo había tocado varias veces.

- Ya le he dicho en varias ocasiones, Bill, que debe moderar su lenguaje en presencia de una dama. Pero puede guardarse el vaso.

- ¡Puedes estar seguro de que lo guardaré bien!

- Bien. Ahora salga de aquí. De lo contrario, me veré obligado a llamar a la policía.

Bill salió de la sala sin pronunciar otra palabra. Nadie dijo nada por unos instantes. Por fin yo hablé:

- ¿Puedo facilitarles mis huellas dactilares a alguno de ustedes?

Ackroyd contestó en el acto:

- ¡Oh, estoy seguro de que no las necesitamos, señor Ministro!

- ¡Por favor! Si es que realmente este incidente llega a publicarse, necesitan ustedes toda la información posible -insistí porque estaba de acuerdo con mi personaje… y en segundo y tercer lugar… porque no es posible estar un poco en estado o ligeramente desenmascarado… y tampoco quería que mis amigos entre los periodistas fuesen adelantados por Bill. Era lo último que podía hacer por ellos.

No hubo necesidad de enviar a buscar un equipo especial. Penny llevaba hojas de papel carbón y alguien llevaba uno de esos cuadernos con hojas de plástico. Hicimos unas impresiones excelentes. Luego les dije buenos días y salí de allí.

Llegamos hasta la oficina de Penny; una vez dentro, ella cayó al suelo desmayada. La llevé hasta mi despacho, la coloqué en el diván y luego me senté en mi mesa. Durante unos cuantos minutos no hice más que temblar de pies a cabeza.

Ninguno de los dos sirvió para gran cosa durante el resto de aquel

día. Seguimos adelante con el trabajo como si no hubiera sucedido nada excepto que Penny canceló todas las visitas, usando cualquier excusa. Yo tenía que pronunciar un discurso aquella noche y pensé seriamente en anular aquel compromiso. Pero escuché las noticias de la radio durante todo el día y no pude oír ni una sola palabra del incidente de aquella mañana. Comprendí que estaban comparando las huellas dactilares antes de arriesgarse a publicar semejante noticia… Después de todo, yo era el Ministro Supremo de Su Majestad. Necesitaban estar seguros. De modo que al fin decidí pronunciar mi discurso, ya que lo tenía escrito y la emisora había programado mi aparición en las pantallas de estéreo para toda la Tierra. Ni siquiera me fue posible consultar a Dak; se encontraba en Tycho City.

Fue el mejor discurso de mi vida. Puse el mismo entusiasmo que un cómico usa para tranquilizar al público mientras el teatro está ardiendo. Después que la línea fue cortada hundí el rostro entre mis manos y me eché a llorar, mientras Penny trataba de tranquilizarme. No habíamos hablado del asunto en todo el día.

Roger aterrizó a las veinte horas, hora de Greenwich, casi mientras yo terminaba, y vino a verme en el acto. Con voz apagada le conté lo sucedido. Me escuchó en silencio, mordiendo su cigarro, que se había apagado, el rostro impasible.

Al final dije casi suplicante:

- Tenía que darles las huellas dactilares, Roger. Lo comprende, ¿no es cierto? Negarme a ello no habría estado de acuerdo con la persona que represento.

Roger contestó:

- No se preocupe.

- ¿Qué?

- He dicho: No se preocupe. Cuando llegue la confirmación de esas huellas de la Oficina de Identificación en La Haya, usted va a recibir una pequeña pero agradable sorpresa… y nuestro ex amigo Bill una mucho mayor, pero nada agradable. Si es que ya ha cobrado el dinero de su traición por adelantado, espero que se lo arranquen de la piel. Probablemente lo harán.

No podía dejar de entender lo que quería decir.

- ¡Oh! Pero, Roger… no se detendrán ahí. Hay muchos otros sitios. Seguridad Social… los Bancos… ¡Oh!, infinidad de ellos.

- ¿Es que cree que no lo tuvimos en cuenta? Jefe, sabía que esto podía suceder, un día u otro. Desde el momento en que Dak nos dio instrucciones para completar el plan Mardi Gras, empezamos a trabajar para cubrimos ante todas las contingencias. En todas partes. Pero no creí necesario que Bill lo supiera -aspiró en su cigarro apagado, se lo quitó de la boca y lo miró pensativo-. ¡Pobre Bill!

Penny suspiró suavemente y volvió a desmayarse.

10

Por fin conseguimos llegar al día de las elecciones. No volví a saber nada de Bill; las listas de pasajeros mostraron que se marchó a la Tierra dos días después de su fiasco. Si alguna agencia de prensa publicó algo yo no me enteré y Quiroga nunca llegó a mencionarlo en sus discursos.

Bonforte continuó mejorando hasta que nos sentimos seguros de que podría reasumir su trabajo después de las elecciones. Su parálisis continuaba en parte, pero ya lo teníamos todo previsto: se marcharía de vacaciones una vez terminadas las elecciones, una costumbre que casi todos los políticos siguen. La vacación sería en el *Tom Payne*, a salvo de miradas indiscretas. En algún momento, en el curso del viaje, yo sería trasladado a la Tierra bajo otro nombre… y el Jefe sufriría un leve ataque, producido por el cansancio de la campaña.

Roger tendría más trabajo con las huellas dactilares, pero podía esperar un año más para hacerlo.

El día de las elecciones yo me sentía tan contento como un perrito en un armario lleno de zapatos. Mi trabajo había terminado, aunque aún me quedaba algo por hacer. Ya tenía grabados dos discursos de cinco minutos para la emisión en cadena de todas las emisoras planetarias, uno aceptando generosamente la victoria, el otro reconociendo noblemente la derrota; eran mis últimos discursos. Cuando terminé el último, abracé a Penny y la besé. No pareció importarle mucho.

Lo que me quedaba por hacer era una actuación personal. Bonforte quería verme… en su papel… antes de que yo me marchase. No tenía ningún inconveniente. Ahora que la tensión me había abandonado, no me asustaba el verle, el actuar para él sería como un intermedio de comedia, excepto que trataría de hacerlo lo mejor que supiera. Pero ¿qué estoy diciendo? El hacerlo lo mejor que uno sabe es

la esencia del teatro.

Toda la familia se reuniría en el salón superior… porque Bonforte no había visto el cielo en las últimas semanas y sentía deseos de contemplarlo… y en aquel mismo lugar escucharíamos los resultados de la elección y brindaríamos por nuestra victoria, o trataríamos de ahogar nuestras penas prometiendo hacerlo mejor la próxima vez. Bórrenme de la última parte; yo había pasado por mi primera y última campaña política y no quería saber nada más de todo aquello. Ni siquiera estaba seguro de desear volver al teatro. Actuar todos los minutos durante seis semanas hacen quinientas representaciones ordinarias. Eso es una larga temporada.

Lo trajeron por el ascensor particular con una silla de ruedas. Yo estaba en la otra habitación y dejé que le colocasen en un diván antes de entrar; un hombre tiene derecho a no proclamar su debilidad delante de extraños. Además, yo quería hacer una entrada teatral.

Me llevé una verdadera sorpresa. ¡Se parecía en extremo a mi padre! ¡Oh!, no era más que un parecido de familia; él y yo nos parecíamos tanto que uno de los dos teníamos que tener el aspecto de mi padre, pero el parecido era evidente… y la edad era la misma, porque Bonforte parecía viejo. No había creído que hubiera envejecido de aquel modo. Estaba muy delgado y tenía todo el cabello blanco.

Tomé nota mentalmente de que, durante las próximas vacaciones en el espacio, debía ayudarle a prepararse para la transición: su reaparición. No tenía duda de que Capek podía devolverle el peso perdido; de lo contrario siempre hay medios para que un hombre parezca más grueso sin que sea demasiado obvio. Yo mismo le teñiría el cabello. La noticia del ataque que había sufrido explicaría las inevitables discrepancias. Después de todo él había cambiado sólo en unas cuantas semanas; lo que necesitábamos era no llamar la atención hacia una supuesta suplantación.

Pero todos estos detalles prácticos se desarrollaban por sí solos en un rincón de mi mente; mientras tanto todo yo me sentía lleno de emoción. Aunque se le veía enfermo, aquel hombre irradiaba una fuerza a la vez espiritual y viril. Sentí la misma impresión experimentada la primera vez que contemplé la estatua de Abraham Lincoln. También me acordé de otra estatua al verle allí tendido con las piernas y su costado paralizado cubierto por una ligera manta: el herido León de Lucerna. Poseía la misma fuerza y dignidad impresionantes, aunque estaba indefenso: ¡La Guardia muere, pero no

se rinde!

Me miró cuando entré, y sonrió con aquella amistosa y tolerante sonrisa que yo había aprendido a imitar perfectamente e hizo un gesto con su mano sana para que me acercase. Le sonreí con su misma sonrisa y me acerqué a su lado. Nos estrechamos las manos y observé que su apretón era firme y fuerte. Luego me dijo:

- Estoy muy satisfecho de conocerle por fin.

Sus palabras fueron ligeramente confusas, y entonces pude ver la flojedad en el otro lado de su cara.

- Es un honor y una satisfacción para mí el conocerle, señor.

Me miró con una sonrisa y dijo:

- Creo poder decir que usted me conoce bien.

Me miré a mí mismo.

- Lo he hecho lo mejor posible, señor.

- ¡Lo mejor posible! Ha conseguido un éxito. Es una sensación extraña el contemplarse a sí mismo en otra persona.

Comprendí con una repentina y dolorosa simpatía que él no se daba perfecta cuenta de su aspecto actual… Mi persona era la suya… y cualquier cambio que hubiera sufrido en su propio aspecto era simplemente consecuencia de la enfermedad, algo temporal, a lo que no debía darse importancia. Bonforte siguió hablando.

- ¿Le importaría caminar un poco, señor? Quiero contemplarme… quiero decir a usted… nosotros. Deseo verme por una vez como los demás me ven a mí.

Me enderecé, caminé por la habitación y hablé a Penny (la pobre muchacha nos miraba a los dos con una expresión confusa, como si estuviese deslumbrada), cogí un papel de encima de la mesa, me rasqué el cuello y me froté la barbilla, me quité la varilla marciana de debajo del brazo y jugueteé con ella por unos instantes.

Él me contemplaba encantado. De manera que añadí un número extra. Me puse en medio de la sala y pronuncié uno de sus mejores

discursos, no palabra por palabra, sino dejándome llevar por la emoción tal como él lo habría hecho… Y terminé con sus mismas palabras:

"¡Ningún esclavo puede ser liberado, a menos que él mismo lo haga! ¡Tampoco se puede esclavizar a un hombre libre; todo lo que se puede hacer es matarle!"

Siguió un maravilloso silencio, y luego una explosión de aplausos. Hasta el mismo Bonforte golpeaba el diván con su mano sana y gritaba:

- ¡Bravo! ¡Bravo!

Fueron los únicos aplausos que escuché en aquellas largas semanas de actuación. Me parecieron suficientes.

Hizo que acercase una silla y me sentase a su lado. Observé que miraba a la varilla marciana y se la entregué.



Ilustración 14: Lorenzo se encuentra con Bonforte

- El seguro está puesto, señor.

- Sé cómo debe usarse.

La miró durante largo rato y luego me la devolvió. Había pensado que quizá se la quedaría. Ya que no lo hizo decidí que se la entregaría a Dak para que se la diese a su legítimo dueño. Bonforte me preguntó por mi trabajo anterior y me dijo que no recordaba haberme visto nunca en el teatro, pero que había visto a mi padre en el papel de *Cyrano de Bergerac*. Hacía grandes esfuerzos por controlar los músculos de su boca y sus palabras eran claras pero lentas.

Luego me preguntó qué es lo que pensaba hacer en el futuro. Le dije que aún no tenía planes definidos. Asintió y dijo:

- Ya veremos. Hay un lugar para usted aquí. Tendremos mucho trabajo.

No habló de mis honorarios, lo cual me hizo sentirme orgulloso.

Los resultados empezaban a llegar y Bonforte dedicó su atención a la pantalla de la estereovisión. Los resultados parciales habían estado llegando, desde luego, durante las últimas cuarenta y ocho horas, ya que los mundos exteriores y los grupos electorales sin distrito asignado votan antes que la Tierra e inclusive en la Tierra un día de elección dura más de treinta horas, girando con el globo. Pero ahora empezaban a llegar los resultados de las grandes masas humanas de la Tierra. Habíamos trabajado el día anterior con los resultados de los planetas y Roger me había explicado que éstos no significaban nada; los Expansionistas tenían asegurados los Mundos exteriores. Lo que pensaban los miles de millones de seres en la Tierra que nunca habían estado en el espacio y nunca lo estarían, eso era lo importante.

Pero nos eran necesarios todos los votos del exterior que pudiéramos conseguir. El Partido Agrario en Ganimedes había ganado en cinco de los seis distritos, formaban parte de nuestra coalición y el Partido Expansionista como tal no había presentado sus propios candidatos. La situación en Venus era mucho más difícil, con los venusianos divididos en docenas de facciones políticas por cuestiones de teología que resultaban imposibles de comprender para un humano. Sin embargo, teníamos confianza en el voto nativo, bien directamente o por medio de alianzas posteriores, y teníamos a nuestro lado prácticamente a todos los humanos en Venus. La Ley

imperial de que los nativos debían elegir seres humanos para representarles en la Asamblea Interplanetaria era algo que Bonforte había jurado destruir; aquello nos haría ganar muchos votos en Venus, pero no sabía cuántos nos haría perder en la Tierra.

Ya que los nidos sólo enviaban observadores a la Asamblea, el único voto que nos preocupaba era el de los humanos residentes en Marte. Nosotros contábamos con el apoyo popular; nuestros enemigos disfrutaban del favor oficial. Pero con una elección honrada no había duda de que saldríamos vencedores.

Dak estaba ocupado con una regla de cálculo al lado de Roger; éste tenía una gran hoja de papel llena de fórmulas complicadas con las que seguía el progreso de la elección. Una docena o más de los gigantescos cerebros electrónicos en distintos mundos del Sistema estaban realizando el mismo trabajo, pero Roger prefería seguir sus propios cálculos. Me dijo una vez que podía atravesar un distrito, "oliendo" el aire y acertar el resultado con un dos por ciento de error. Creo que podía hacerlo.

El doctor Capek estaba cómodamente sentado en un sillón, tan tranquilo como un gato. Penny se movía sin cesar por la habitación colocando torcidas las cosas que estaban derechas y al revés. Nos servía bebidas sin que se lo pidiéramos y nunca pareció mirar directamente al rostro de Bonforte ni al mío.

Nunca había asistido a una reunión política en una noche de elecciones; no se parecen a nada en el Mundo. Hay una agradable y caliente sensación de cansancio. En realidad no importa mucho lo que el pueblo pueda decidir; uno ha hecho cuanto podía, se encuentra junto a sus amigos y camaradas y durante aquellos instantes no se experimenta preocupación ni tensión a pesar de la constante excitación, como el toque final en una tarta de cumpleaños

, de los resultados que llegan continuamente.

Creo que nunca pasé mejores momentos en mi vida.

Roger levantó la vista, me miró y luego se dirigió a Bonforte:

- El continente está dividido. Las Américas están probando el agua con un pie antes de decidirse a colocarse a nuestro lado. La única pregunta es ¿cuándo se lanzarán de cabeza?

- ¿No puede hacer una estimación, Roger?

- Todavía no ¡oh! Contamos con el voto popular, pero en la Asamblea la cosa puede decidirse por cuestión de media docena de puestos -se puso en pie-. Creo que voy a marcharme a ver cómo van las cosas por la ciudad.

En realidad, yo era el que debía ir, como Bonforte. El Jefe del Partido debe aparecer en la Central del Partido durante la noche de las elecciones. Pero yo nunca había estado en la Central, ya que se trataba de un lugar donde mi suplantación podía fácilmente ser descubierta. Mi "enfermedad" me había excusado de ello durante la campaña; aquella noche ya no valía el posible riesgo, de manera que Roger iría en mi lugar para estrechar la mano de los presentes y dejar que las cansadas muchachas que habían realizado el duro e interminable trabajo de papeleo le echasen los brazos al cuello llorando de emoción.

- Volveré dentro de una hora.

Inclusive nuestra pequeña reunión debía de haberse realizado en las oficinas inferiores, incluyendo todo el personal al servicio de Bonforte, especialmente Jimmy Washington. Pero aquello no era posible, a menos que dejásemos al enfermo solo y sin compañía en aquella noche. Ellos celebraban también su propia reunión, desde luego. Me puse en pie.

- Roger, yo iré con usted para decirles buenas noches al harén de Jimmy.

- ¿Eh? No es preciso que lo haga, ya sabe.

- Pero sería correcto, ¿no le parece? Y en realidad no hay ningún peligro en ello -me volví hacia Bonforte-. ¿Qué le parece?

- Se lo agradezco mucho.

Bajamos por el ascensor particular y atravesamos las silenciosas habitaciones particulares, luego mi propio despacho y el de Penny. Detrás de su puesta parecía un manicomio. Un receptor de estéreo, colocado en medio de la oficina, gritaba a todo volumen, el suelo estaba sembrado de papeles y todo el Mundo bebía o fumaba o las dos cosas a la vez. Hasta el propio Jimmy Washington tenía un vaso en la

mano mientras escuchaba los resultados. No había bebido nada; era un hombre que no bebía ni fumaba. Sin duda alguien le había dado aquel vaso y lo seguía manteniendo en la mano. Jimmy tenía un exacto sentido de la etiqueta en cada caso.

Me acerqué a todos los grupos, con Roger a mi lado y di las gracias a Jimmy con toda sinceridad y me excusé debido a sentirme cansado.

- Me voy arriba para tender los huesos en la cama, Jimmy. ¿Querrá despedirme de todos?

- Sí, señor. Necesita cuidarse, señor Ministro.

Yo regresé al ascensor mientras Roger salía a los túneles públicos.

Penny se llevó un dedo a los labios cuando entré en el salón superior. Bonforte parecía haberse quedado dormido y el receptor murmuraba en voz baja algo incomprensible. Dak seguía sentado delante del aparato, llenando la hoja de números mientras esperaba el regreso de Roger. Capek no se había movido de su asiento. Me hizo un saludo con la cabeza y alzó su vaso.

Dejé que Penny me preparase un whisky con agua y luego salí al balcón, protegido por la burbuja de plástico. Era de noche, tanto según el reloj como por las estrellas, y la Tierra lucía llena, deslumbrante, en medio de un manto de terciopelo cuajado de brillantes puntos de luz. Busqué a Norteamérica con la mirada y traté de localizar el pequeño punto que había abandonado hacía unas cuantas semanas y me sentí lleno de una extraña emoción.

Después de unos minutos, volví a entrar; la noche en la Luna es algo impresionante. Roger regresó al cabo de un rato y se sentó delante de sus números sin pronunciar palabra. Me fijé en que Bonforte se había despertado.

Ahora llegaban los resultados de los puntos críticos y todo el Mundo se calló, dejando que Roger con su lápiz y Dak con su regla de cálculo pudiesen trabajar con calma. Por fin, después de una espera interminable Roger echó su silla para atrás y dijo:

- Ya está, Jefe -dijo sin mirar a nadie-. Hemos ganado. Tenemos una mayoría de no menos de siete puestos, probables diecinueve, posibles más de treinta.

Después de una pausa Bonforte dijo en voz baja:

- ¿Estás seguro?

- Positivo. Penny, ponga otra estación y veamos lo que dicen.

Me acerqué a Bonforte y me senté a su lado; no podía hablar. Él estiró el brazo y me golpeó la mano de un modo paternal y los dos miramos hacia la pantalla. La primera estación que conectó Penny decía:

"… duda sobre ello, amigos. Ocho de los cerebros robóticos dicen que sí, Curiac anuncia que quizá. El Partido Expansionista ha ganado una decisiva…"

Penny cambió de estación.

"… confirma su puesto temporal por otros cinco años. No ha sido posible conseguir una declaración del señor Quiroga, pero su director de la campaña electoral en New Chicago admite que la situación actual no puede ser…"

Roger se levantó y se acercó al teléfono; Penny cortó el sonido hasta que no se oyó nada. El locutor siguió moviendo los labios en silencio; no hacía más que repetir con palabras distintas lo que ya conocíamos.

Roger regresó; Penny volvió a elevar el volumen. El locutor continuó por un instante, luego se detuvo, leyó algo que le dieron y se volvió a la pantalla con una amplia sonrisa.

- ¡Amigos y conciudadanos, ahora escucharán las manifestaciones del Ministro Supremo!

La pantalla cambió a mi discurso de victoria.

Me quedé sentado disfrutando de aquel momento, con mis emociones tan confusas como se quiera, pero todas agradables, dolorosamente agradables. Había hecho un buen trabajo en aquel discurso y yo lo sabía; aparecía cansado, sudoroso y tranquilo, pero triunfante. Parecía algo improvisado.

Acababa de llegar a la frase: "Marchemos ahora juntos hacia

adelante, con libertad para todos…", cuando escuché un ruido a mi lado.

- ¡Señor Bonforte! -exclamé-. ¡Doctor! ¡Doctor! ¡Venga en seguida!

El señor Bonforte hacía gestos confusos con su mano derecha y parecía ansioso por decirme algo. Pero no le fue posible. Su pobre boca no le obedecía y su poderosa e indomable voluntad no pudo hacer que la débil carne le obedeciera.

Le levanté en mis brazos… le hicimos la respiración artificial y luego llegó el fin rápidamente.

Se llevaron el cuerpo abajo con el ascensor, Dak y Roger juntos; yo no podía prestarles ninguna ayuda. Roger volvió a subir y me pasó el brazo por los hombros; luego se apartó a un lado. Penny había seguido a los otros abajo. Yo salí al balcón. Necesitaba aire fresco; aunque allí había el mismo aire acondicionado que en el salón, parecía más fresco.

Lo habían matado. Sus enemigos lo habían asesinado con tanta certeza como si le hubieran clavado un cuchillo en la espalda. A pesar de todo lo que habíamos hecho, los riesgos que habíamos corrido juntos, al final habían acabado con él. ¡Un asesinato!

Me sentí morir en mi interior, insensible por la emoción. Me había visto morir a mí mismo, había vuelto a presenciar la muerte de mi padre. Comprendía ahora por qué casi nunca pueden salvar a uno de un par de gemelos siameses. Me sentía vacío.

No sé por cuanto tiempo permanecí allí. Al cabo de una eternidad escuché la voz de Roger a mis espaldas:

- ¿Jefe?

Me volví.

- Roger -dije con dolor-, no me llame así. Se lo ruego.

- Jefe -insistió-, ¿sabe lo que tiene que hacer ahora? ¿Lo sabe?

Me sentía mareado y su rostro era casi invisible. No sabía de lo que me hablaba… No quería saber de lo que me estaba hablando.

- ¿Qué quiere decir?

- Jefe… un hombre puede morir… pero su trabajo continúa. No puede abandonarnos ahora.

Me ardía la cabeza y mi visión estaba fuera de foco. Roger parecía acercarse y alejarse en ondas sucesivas mientras su voz seguía hablando.

- ¡Le han robado la oportunidad de terminar su obra! Usted tiene que terminarla por él.

Moví la cabeza e hice un gran esfuerzo para recobrar la serenidad antes de contestar:

- Roger, no sabe lo que está diciendo. ¡Es algo imposible… ridículo! Yo no soy un estadista. ¡No soy más que un pobre actor! Puedo pintarme el rostro y hacer que la gente ría. No sirvo para otra cosa.

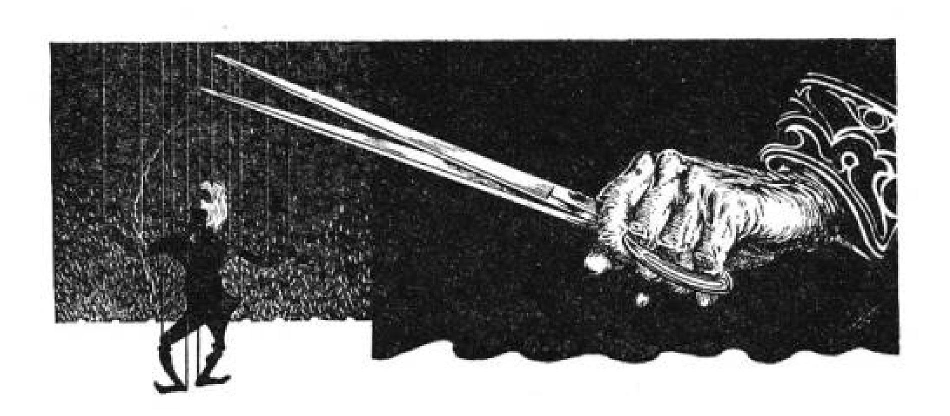


Ilustración 15: Soy un pobre actor

Ante mi propio horror oí como decía estas palabras con la voz de Bonforte.

Roger me miró.

- Creo que hasta ahora lo ha hecho muy bien.

Traté de cambiar el tono de mi voz, traté de ganar el dominio de la situación.

- Roger, está usted confuso por el dolor. Cuando se haya calmado se dará cuenta de lo ridículo de su proposición. Tiene razón; el espectáculo debe continuar. Pero no de esta forma. Lo más acertado… lo único que debemos hacer es que usted mismo se haga cargo de todo. Hemos ganado la elección… tenemos una mayoría; usted puede asumir el cargo y continuar con los planes de Bonforte.

Me miró un rato y movió la cabeza con tristeza.

- Lo haría si fuese posible. Lo admito. Pero yo no puedo hacerlo. Jefe, ¿se acuerda de esas malditas reuniones con las Comisiones Organizadoras? Usted los mantuvo unidos. Toda la coalición se ha mantenido gracias a la fuerza personal y a la dirección de un solo hombre. Si usted no continúa, todo lo que él deseaba, para lo que trabajó… y murió… se caerá a pedazos.

No tenía ningún argumento para contestarle; era posible que tuviera razón… Yo había visto funcionar la maquinaria oculta de la política durante el mes y medio pasado.

- Roger, aunque eso que dice sea verdad, la solución que ofrece es imposible. Hemos conseguido mantener este engaño, sólo permitiendo que yo aparezca en público en condiciones cuidadosamente preparadas… y hemos escapado al fracaso sólo gracias a la suerte. Pero hacerlo semana tras semana, mes tras mes, es posible que año tras año, si es que le he entendido bien… No, no es posible. No puede hacerse. ¡Yo no puedo hacerlo!

- ¡Usted puede! -se inclinó hacia mí y dijo con firmeza-: Lo hemos discutido muchas veces y conocemos los peligros tan bien como usted. Empezaremos con dos semanas en el espacio… ¡Un mes si quiere! Podrá estudiar durante todo ese tiempo… sus libros, sus diarios de la niñez, sus álbumes de recortes de diarios, podrá saberlos de memoria. Y todos nosotros le ayudaremos.

No contesté. Roger continuó:

- Mire, Jefe, ya ha aprendido que una personalidad política no está formada por un solo hombre; se compone de un equipo… un equipo unido por un propósito común y un ideal conjunto. Hemos perdido al capitán de nuestro equipo y necesitamos otro. Pero el

equipo sigue en pie.

Capek estaba en el balcón; no le había visto levantarse. Me volví hacia él.

- ¿Usted está de acuerdo con esto?

- Sí.

- Tiene el deber de hacerlo -continuó Clifton.

Capek dijo lentamente:

- Yo no diría tanto. Tengo la esperanza de que lo hará. Pero ¡maldición!, no podemos convertirnos en su propia conciencia. Yo creo en la libre determinación, aunque esto me parezca frívolo en un médico -se dirigió a Clifton-: Más vale que le dejes solo, Roger. Ahora ya lo sabe. Tiene que llegar a la decisión por sí mismo.

Pero, aunque los dos se marcharon, todavía no me vi solo. Dak salió del ascensor. Para mi eterna gratitud no me llamó "Jefe".

- ¡Hola, Dak!

- ¡Hola! -permaneció silencioso por unos instantes, fumando y mirando las estrellas; luego se volvió hacia mí-. Hijo, los dos hemos pasado juntos por momentos difíciles. Ahora le conozco bien, y estoy a su lado con una pistola, con mi dinero, o con los puños, y nunca le preguntaré por qué. Si quiere retirarse, nunca le acusaré de ello ni dejaré de apreciarle. Ha hecho cuanto ha podido.

- ¡Oh, gracias, Dak!

- Un momento más y me marcho. Quiero que recuerde esto: si decide que no puede hacerlo, esa basura que le pudrió el cerebro habrá ganado al fin. A pesar de todo, habrán salido vencedores.

Sin pronunciar una palabra más se marchó del salón.

Sentí que mi mente se rompía a pedazos... Luego empecé a sentir lástima de mí mismo. ¡No era justo! ¡Yo tenía mi propia vida! Estaba en la plenitud de mis facultades, con mis mejores triunfos profesionales aún delante de mí. No era justo esperar que yo me enterrase, quizá para muchos años, en el anónimo de la personalidad

de otra persona… mientras el público me olvidaba, los empresarios y los agentes me olvidaban también… probablemente creyendo que estaba muerto.

No era justo. Era pedirle demasiado a un hombre.

Poco después me serené y durante unos minutos no pude pensar en nada. La madre Tierra seguía serena, hermosa e inmutable en el cielo; me pregunté si seguirían las fiestas de la noche de elecciones. Pude ver Marte, Venus y Júpiter, colgados como premios en el Zodíaco. Desde luego, Ganímedes no era visible ni tampoco la lejana colonia de Plutón.

"Mundos de Esperanza", les había llamado Bonforte.

Pero ahora estaba muerto. Había partido de nuestro lado. Le habían robado la vida en plena madurez. Estaba muerto.

Y ahora querían que yo le hiciese resucitar, que volviera a vivir.

¿Era capaz de hacerlo? ¿Me sería posible elevarme hasta sus nobles ideas? ¿Qué es lo que él quisiera que hiciese? Si estuviese en mi lugar, ¿qué habría hecho Bonforte? Muchas veces durante la campaña me había hecho la misma pregunta. ¿Qué habría hecho Bonforte?

Alguien se movió a mis espaldas; me volví y vi a Penny. La miré y pregunté:

- ¿Le han enviado ellos? ¿Ha venido aquí para convencerme?

- No.

No dijo nada más y no pareció esperar que yo contestase. Ninguno de los dos nos miramos. El silencio se hizo interminable. Por fin pregunté:

- Penny, si trato de hacerlo… ¿me ayudarás?

Ella se volvió de repente hacia mí.

- Sí. ¡Oh, sí! ¡Yo te ayudaré!

- Entonces lo probaremos -dije humildemente.

Escribí las páginas anteriores hace más de veinticinco años para tratar de aliviar mi propia confusión. Traté de decir la verdad sin esconder nada porque estas líneas no están destinadas a que las lea nadie excepto yo y mi médico. el doctor Capek. Es extraño, después de un cuarto de siglo, el volver a leer las absurdas y emocionadas palabras de aquel joven. Le recuerdo muy bien, aunque me cuesta convencerme de que yo era él. Mi esposa Penelope dice que ella le recuerda mejor que yo… y que nunca amó a nadie más. Así el tiempo nos cambia a todos.

Ahora puedo recordar los primeros tiempos de la vida de Bonforte mucho mejor de lo que recuerdo de mi vida actual en la persona de aquel patético Lorenzo Smythe, o… como él gustaba de llamarse… "El Gran Lorenzo". ¿Es que estoy loco por ello? ¿Esquizofrénico, quizá? Si es así, es una locura necesaria para el papel que he tenido que representar a fin de que Bonforte volviera a vivir y para ello aquel mediocre actor tenía que ser suprimido completamente.

Loco o no, tengo conciencia de que una vez existió y de que yo era él. Nunca tuve mucho éxito como actor, realmente… aunque creo que a veces poseía la verdadera locura del artista. Hizo su reverencia final perfectamente en carácter; tengo un amarillento recorte de periódico en alguna parte en el que dice que fue encontrado muerto en una habitación de un hotel barato de Jersey City a causa de una dosis excesiva de píldoras somníferas… posiblemente ingeridas en un acceso de abatimiento, porque su agente teatral hizo unas declaraciones en las que manifestó que no había trabajado en ningún teatro durante los últimos meses. Personalmente, creo que no debían haber mencionado el detalle de que estaba sin trabajo; si bien era cierto, por lo menos era poco caritativo. La fecha del periódico prueba, incidentalmente, que no pudo hallarse en New Batavia o en ninguna otra parte, durante las elecciones del 15.

Creo que debería quemar este trozo de papel.

Pero no hay ningún ser vivo en la actualidad que conozca la verdad excepto Dak y Penelope… sin contar los hombres que asesinaron el cuerpo de Bonforte.

He estado dentro y fuera del poder por tres veces y quizá ésta sea la última. Me derrotaron la primera vez cuando por fin hicimos entrar a los no-humanos… venusianos, marcianos y a los de Júpiter… en la Asamblea Interplanetaria. Pero esos pueblos siguen en la Asamblea y

yo he vuelto a gobernar. El pueblo admite cierta cantidad de reformas y luego quiere descansar. Pero las reformas perduran. El pueblo no desea el cambio en realidad, ningún cambio… y la xenofobia está profundamente oculta en sus almas. Pero progresamos, cumpliendo con nuestro deber… si es que queremos alcanzar las estrellas.

Una y otra vez me he preguntado: ¿qué habría hecho Bonforte en mi lugar? No estoy del todo seguro de que mis contestaciones hayan sido siempre acertadas (aunque sí de que soy la persona que mejor conoce su obra en todo el Sistema). Pero he tratado de mantener su espíritu durante toda la representación. Hace mucho tiempo alguien dijo… ¿Voltaire…?:

"Si Satán tuviera que reemplazar a Dios encontraría necesario el asumir los atributos de la divinidad".

Nunca he lamentado mi perdida profesión. En cierto modo no la he perdido del todo; Willem tenía razón. Existen otras alabanzas que los simples aplausos y siempre tenemos el dulce calor de un trabajo bien hecho. He tratado, supongo, de crear la perfecta obra de arte. Quizá no he conseguido el éxito por entero… pero creo que mi padre lo calificaría de "una buena actuación".

No, no lamento nada, aunque entonces era más feliz… por lo menos dormía mejor. Pero hay una solemne satisfacción en hacer lo mejor que sabemos por el bien de ocho mil millones de personas.

Quizá sus vidas no tienen importancia cósmica, pero tienen sentimientos. Sus penas son las mías.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

11/02/2009